intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de:

Camilo Castello Branco – Tomás Bailey Aldrich – Alicia Foyatier
María Alicia Domínguez – A. Herzen – Francina Siquier
M. Linares Rivas – Sally Salminen – R. Bruno – Xavier Herbet

$32.-

SUMARIO

La VIUDA del AHORCADO

Por CAMILO CASTELLO BRANCO

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

Camilo Castello Branco, figura cumbre de la literatura portuguesa, de quien nuestros lectores ya conocen su obra **Amor de Perdición**, publicó entre 1875 y 1877, sus **Novelas del Miño**, a las cuales pertenece **La viuda del ahorcado**. Las llamó así porque se desarrollan en las ciudades y pueblos de la región norte de Portugal, junto al río Miño, cerca de la frontera española. **La viuda del ahorcado** pertenece a esas obras en que Camilo, como se le llama familiarmente a este autor en su patria, mezcla el elemento histórico con el novelesco, en él casi siempre de carácter romántico. Y, como la acción se divide entre España y Portugal, en la zona fronteriza de las dos naciones, también interviene en esta novela el elemento histórico español, del reinado de Fernando VII.

Intervalo Álbum 52 - año 1962

La ciudad de Guimaraes es famosa por sus plateros cinceladores, que desde remotos tiempos formaron escuela artística. Nosotros, sin embargo, hablaremos de un solo platero, nacido allí en 1802 y que se llamaba Guillermo Nogueira. No se hizo célebre por el arte. El corazón abrasó los capullos de su ingenio cuando iban a abrirse en flores.



No se daba asueto en el trabajo ni en el estudio, ensayando la imitación de lo antiguo. Visitaba la Colegiata, gracias a la protección de un pariente, canónigo, para contemplar las joyas artísticas que encerraba. Una vez encontró allí a un acaudalado curtidor de pieles, que mostraba aquellos tesoros de Nuestra Señora da Oliveira a unos parientes del Alto Miño y explicaba imaginariamente las cosas.



Guillermo Nogueira, sin contradecir la cultura arqueológica del curtidor, explicó también la procedencia de aquellas piezas de museo que extasiaban a los visitantes. Una persona del grupo oía las explicaciones del platero con la mayor atención. Era Teresa, hija del curtidor Joaquín Pereira. Esta muchacha, hija única, muy bonita, caminaba para los veinte y tenía el corazón inocente de los diez. Mientras oía las explicaciones del artista, se maravillaba ella misma de la condescendencia con que le escuchaba, y más aún del placer con que lo veía.



Guillermo tenía un aspecto simpáticamente enfermizo. Habíase criado en el aire impuro del taller. El hábito del trabajo le quitaba el goce de las horas de reposo. Recogíase en sí, con sus meditaciones, para sentirse vivir en las quimeras del ideal en el arte.





Los visitantes del tesoro de Nuestra Señora da Oliveira se retiraron, y Guillermo, a poco de esto, había trasladado de su alma al papel dos retratos fieles del rostro de Teresa. Sentíase menos solo. Aquella imagen lo acompañaba como la estrella que va con nosotros en la soledad a altas horas de la noche. ¿Y ella?



Ella dijo a su madre que, si su padre le hablaba otra vez de casarla con el tío Manuel, de Oporto, como era su propósito, estaba resuelta a meterse monja. —No te casarás con él, no, Teresa —le aseguró la madre—. No te faltarán maridos para escoger; la cuestión está en que escojas con acierto y juicio. Lo que no quiere tu padre es que te cases con un muchacho pobre. Y le proponía posibles aspirantes a su mano, que ella rechazaba sistemáticamente.



Entonces, ¿quién sería el hombre con el que te casarías si te dejasen?

¡Es un secreto que ha de ir conmigo a la sepultura! Tanto da quererlo o no, porque es pobre, y entonces no sirve decir quién es. Pero con otro no me caso.



Estas palabras, resueltas, suponían amor fuerte, y el descaro con que las profirió revelaba y prometía un ánimo enérgico y dispuesto a luchar. La esposa de Joaquín Pereira no podía acordarse de Guillermo, porque no lo conocía, pues ella no había estado en la Colegiata cuando él les explicó las joyas del tesoro. Ni Teresa le había hablado de él.

De este modo, como deseara encargar que le hicieran dos candelabros de una plata vieja que tenía, y el canónigo Araujo le recomendara a su pariente Guillermo, ella no tuvo inconveniente en ir a verlo, a lo que su hija coadyuvó hábilmente. Y, arrebujándose con las honestas mantillas, la madre y la hija se encaminaron a la casa del platero. Teresa, al aproximarse a ella, se sintió muy emocionada y como arrepentida del intento. Pero era tarde ya para volverse atrás.



Entró la señora Feliciana, que así se llamaba la madre de Teresa, en el portal, y con el desembarazo propio de la esposa de Joaquín Pereira al llamar a la puerta de un humilde oficial de platero, dio tres palmadas como si las diese en el portón de una quinta. -Levante el picaporte y entre quien sea — dijo Guillermo.



Ella entró delante de la hija. El artista se hallaba en aquel momento frente a un caballete, con las espaldas vueltas a la puerta. Cuando oyó una voz de mujer que decía «con permiso», se volvió.

Al mismo tiempo que él veía a Teresa, miraba Feliciana la pintura y exclamaba: —¡Ay, el retrato de mi hija!



Teresa dirigió los ojos al lienzo, y el pintor, con la paleta en el dedo pulgar y los ojos embelesados en el original, parecía estar calladamente extasiado ante la imagen que tenía en el alma. Había en aquella sorpresa las delicias de un sueño.



La señora Feliciana, única persona del grupo que parecía bien despierta y con algún espíritu, preguntó de repente a Guillermo cuatro cosas: primera, ¿cómo había hecho el retrato de su hija sin verla?; segunda, ¿quién se lo había encargado?; tercera, si lo había hecho para venderlo; cuarta, ¿cuánto quería por él?



—La retraté, porque los pintores suelen reproducir, cuando pintan las imágenes de los altares, las facciones más bellas que vieron y no olvidaron — balbució Guillermo, y Teresa, bajando los ojos, retorcía la punta del pañuelo. En lo referente a vendérselo, le prometió que, en cuanto lo hubiese terminado, tendría mucho gusto en enviarle el retrato de su hija, mas sin cobrarle nada por él.



Su generosidad conmovió a doña Feliciana, que no alcanzaba a comprender cómo nadie podía hacer una cosa sin pensar en cobrar algo por ella. Esto y las razones artísticas que le dio el platero parecieron tranquilizarla, y, sin ningún reparo, le entregó la plata vieja que llevaba para que le hiciese con ella un par de candelabros bonitos para su oratorio.



Al despedirse dióse un caso de una inocencia pastoril digna de las doncellitas de Gessner. Teresa, dejando que su madre pasase delante, tomó una florecilla de un ramillete que había en una jarra del Japón en una mesa contigua a la puerta y, al mismo tiempo, completó el éxtasis de Guillermo con una sonrisa bonita y traviesa, como la del cupido de Correggio.



Este caso de la flor, en aquel tiempo y en Guimaraes, habría sido considerarado como «una orgía» si se hubiese sabido en la plaza del Toural. La joven motejada de semejante relajación habría sido raptada y llevada a un asilo de convertidas, que en aquel tiempo eran los monasterios. Pues bien: ¡la magnitud del crimen nos da la medida de aquel amor!

El padre de Teresa no aceptó las cosas con la misma inocencia que su mujer. Se revolvió indignado contra ella, por no haber advertido en todo aquello, que el oficial platero andaba haciéndole el amor a su hija. En cuanto al retrato, si lo veía llegar con él, se lo daría por la cabeza.



Teresa no se dejó amedrentar por los reniegos y amenazas de su padre, y al otro día enviaba a Guillermo, con una criada de la casa que se puso de su parte, una carta en la que le decía: «Deje estar ahí mi retrato para no olvidarse de mí. Deseo mucho tener el suyo para verlo a todas horas y morir con él junto a mi corazón.»

«El domingo espero verlo en la misa de los carmelitas. Yo voy al altar de San Francisco. De ésta que sólo con la muerte dejará de amarlo, T.»



Guillermo recibía por primera vez una carta de amor, y deletreaba aquellos caracteres con la reverente adoración de Moisés cuando leía las tablas de la Ley. Le respondió por la misma criada. Aquellas cartas fueron el comienzo de una correspondencia casi diaria entre los dos enamorados, y al cabo de tres semanas Teresa le escribía muy afligida que su padre insistía en casarla con el tío Manuel.



Guillermo confió al canónigo, su pariente y amigo único, la historia de su corazón, desde que empezó a retratar de memoria a la peregrina moza. El padre Norberto de Araujo había asistido a la milagrosa aparición de Teresa en el lienzo, y decía que el amor hacía cosas sublimes y cosas infames. Entre las sublimes incluía aquel retrato.





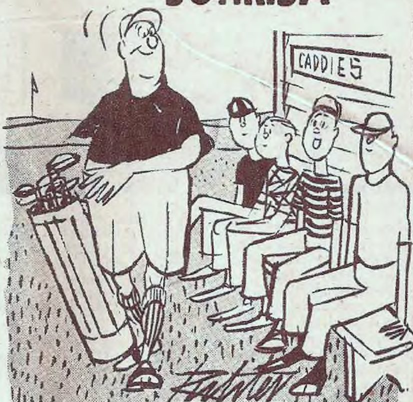
Conocedor de las cartas de Teresa y, confiando en las intenciones honradas de su sobrino, decidió apadrinar aquellos amores. Fue a ver al curtidor, con el propósito de pedirle a su hija para Guillermo. Pero don Joaquín Pereira lo recibió como un energúmeno, ni más ni menos que si hubiese ido a proponerle una infamia.

El canónigo, que salió de aquella entrevista ofendido en su persona y en su dignidad, dijo a Guillermo: —Si ese salvaje me hubiese respondido que no en términos hábiles, yo respetaría su derecho y te diría que lo respetases también; pero, desde el momento en que nos insultó a ambos, he jurado que has de casarte con Teresa si ella sostiene su palabra. Así que decídete.





AQUI UNA SONRISA



—Lléveme a mí, señor. Soy mentiroso de nacimiento.

Y continuó:—Tú tienes un pariente en Zarza, en España. Es mi hermano Pedro, que vive allí holgadamente. Os vais de aquí ya casados. Confío en un sacerdote que os casará clandestinamente. Después pasáis la raya y seguís para la Extremadura española. Allí, con los medios que yo te dé y con la habilidad que tú tienes puedes vivir confortablemente con tu oficio, hasta que tu suegro se reconcilie con vosotros.



—Pues sea así — dijo Guillermo Nogueira, sin aquella vehemencia de los corazones exaltados. Miró alrededor con un semblante mortificado. Parecía estar sintiendo ya «saudades» del taller, de los utensilios que le servían en sus horas serenas de trabajo. Miró los cuadros y se detuvo a contemplar el retrato de Teresa.



Necesitaba animarse y convencerse de que aquella hermosa criatura merecía que él se privase de su tranquilidad, libre de grandes ambiciones de artista, y se arriesgase a las inquietudes y al destierro. No era falta de amor ese antagonismo que ponía su alma en dolorosa perplejidad. Era el hábito de la soledad, era la fantasía, la formidable, la peor rival de las más adoradas mujeres.

En estas circunstancias, Teresa hizo saber a su enamorado que el padre se disponía a llevarla a Oporto, para meterla en un convento o casarla con el monstruo del viejo. Y que ella estaba dispuesta a no secundar sus planes. El le escribió: «Teresa: Cuenta con mi amor y con mi vida. Si fueres desgraciada por mi causa, moriré.»



—Si ella se escapa —decía el canónigo a Guillermo—, no os marcharéis antes de que sea tu esposa. Todas las pasiones de origen noble pueden purificarse por actos religiosos. Grite el mundo, pero purifíquese la pasión. Dios está en la conciencia. Yo figuro en esta escena y por tanto quiero salir de ella según mi carácter sacerdotal. Primero voy a prevenir a mi hermana de que Teresa irá a su casa.



Extrañado por la frialdad del sobrino, que parecía acobardado ante la idea de huir con Teresa, el canónigo Norberto de Araujo insistió en la hipótesis de que Joaquín Pereira perdonaría a la hija apenas su pasión se santificase con el sacramento, y que, de allí a pocos meses o tal vez días, volvería a Guimaraes con su esposa, rico y feliz.

En la energía de las decisiones, Teresa se mostraba hija, por índole y por sangre, de Joaquín Pereira. Huyó de la casa burlando la vigilancia del padre y desafiando el castigo.



Secundó en un todo los planes del canónigo, y, tras no pocas peripecias para librarse de la justicia, movilizada por el irascible curtidor, los casó en secreto el párroco de Ronfe. Después de lo cual, los fugitivos se pusieron en marcha.



Su itinerario fue trazado por el canónigo del siguiente modo: Dio al sobrino una carta para un amigo suyo, canónigo también, el cual residía en Oporto. Llegados y hospedados en su casa, esperarían allí a don Norberto de Araujo, que iría a proveerlos de dinero, de pasaportes y de un guía fiel que los condujese a la Extremadura española.



El viaje hasta ésta era en aquel tiempo un agradable paseo de doce días en litera. Dos esposos, frente a frente en aquel columpio pintarrajeado, si tenían buen estómago que resistiese el balanceo y el mareo, iban felices. La última posada en que pernoctaron nuestros novios fue en Zibreira, en la raya de España. Al otro día, recorrida legua y media, llegaron a destino.



Pedro de Araujo, hermano del canónigo, había huído de Guimaraes en 1810 a causa de un homicidio; se había establecido en Zarza y, desde allí, comerciaba con Portugal en varios artículos. Estaba rico, viejo y soltero. Recibió a los sobrinos con alegre rostro y agradeció a los cielos aquella inopinada familia que iba a endulzarle los malos humores de la vejez valetudinaria.



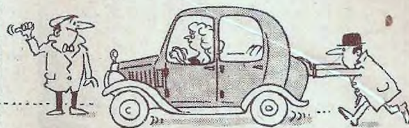
Guillermo Nogueira, apenas encontró una habitación bien iluminada y en condiciones que invitaba a la labor del buril y del pincel, reanudó las inspiraciones interrumpidas de su arte predilecto: grababa reminiscencias de su tierra; era para él un delicioso suspirar «saudades», esculpir las ruinas, dar relieve a las leyendas de la gótica Guimaraes.

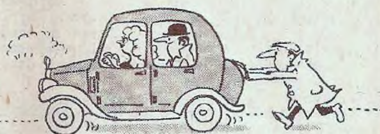




Teresa se cansaba de verlo trabajar, porque ni lo entendía ni lo admiraba. En general, y por condescendencia, lo encontraba todo «bonito»; pero le pedía que fuese a pasear con ella y que no estuviese cavilando siempre aquellas cosas.—¡Cavilando! —murmuraba el artista con secreta amargura.

BUEN HUMOR







—Recuerda nuestro pacto, querido. No debemos comer más que doscientas calorías durante cada propaganda.

Y a veces pasaba por su espíritu la desconfianza de que su esposa era una organización ruda, con la hermosura casual, que no pasa de una expresión feliz de la materia, ajena del todo a las cualidades del espíritu. Esto le desagradaba y abría en su corazón brecha por donde la «saudade» se iba en busca de su libertad y pobreza independiente de artista obscuro.



En cartas frecuentes relataba el canónigo Araujo lo que oía contar de Joaquín Pereira. Se decía que el curtidor, perdida la esperanza de capturar al raptor de la hija, había enfermado. Que, porque la mujer no lo secundaba en el propósito de desheredar a Teresa, disputaban los dos cónyuges tan duramente que llegaban a pegarse. Por fin, doña Feliciana se separó de él y fue a vivir con su hermana Rosa, y el marido, habiéndose ido a Oporto a vivir con su hermano Manuel, se entregó a la bebida.



Todo esto sucedió en el lapso de un año, al fin del cual Pedro de Araujo, cuando la vida le era más preciosa en el seno de la familia, expiró, legando una gran cuantía a su sobrino Guillermo.

La opinión de Teresa, cuando vio el cofre de las onzas heredadas, era que se fuesen a vivir a la ciudad de Alcántara, donde había tertulias, teatros y suntuosas fiestas de iglesia. Quería divertirse entre lo sagrado y lo profano. Guillermo no condescendió. Encontrábase bien allí, precisamente porque aquella comarca se asemejaba a Guimaraes.



Teresa se aburría al lado del marido, abría la boca, hacía la cruz; pero no evitaba con este símbolo cristiano que el demonio del tedio le entrase en el espíritu. No conocían a nadie con intimidad. Guillermo esquivaba las visitas que lo obligaban a levantar mano de sus ocupaciones.



Una vez le dijo ella que había adquirido una amiga y le pidió que la recibiesen en casa. Guillermo se encogió de hombros. ¿Era digna de su amistad? El no conocía a nadie... Pero cuando supo que se trataba de la hija del señor Rojo de Valderas, el alcalde, se alarmó. Había oído hablar mal de aquel hombre.



Son calumnias. Inés es un ángel, ya lo verás.

Pero me han dicho que ninguna señora se visita con la hija del alcalde.



Ya lo sé. No quieres que tenga una amiga.
Enséñame entonces a grabar y a pintar, porque necesito emplear el tiempo



Tu madre, Teresita, no graba ni pinta. Una mujer de su casa tiene siempre qué hacer.



He aquí otra manifestación muy humana de nuestro artista, extasiado en visualidades etéreas. Quería que su mujer se ocupase en el arreglo de la ropa, en la despensa. en la economía, en el gallinero... Teresa lo encontraba entonces inferior a su poética estatura; le parecía trivial, disminuído; nunca, sin embargo, lo comparó con otro hombre.

Lo que se decía del alcalde autorizaba la repugnancia del platero. Rojo de Valderas había capitaneado, desde 1820 a 1823, una cuadrilla de bandoleros en Castilla la Vieja. Había reunido con audaces empresas un buen caudal. Y cuando le convino asegurar lo adquirido, arrimándose al apoyo de la política, marchó a Madrid a tiempo que Fernando VII se proclamaba rey absoluto.



Valderas iba temeroso de que lo rechazasen. Sin embargo, cuando vio alrededor del Rey caracteres de su temple, recobró alientos y levantó su voz patriota con la firmeza de los grandes romanos invocados en la hora del peligro. Los facinerosos que blandían su espada alrededor del trono acogiéronlo gallardamente y le dieron la alcaidía de Zarza, tierra muy apartada del teatro de sus conocidas proezas.

Empleó su dinero en fincas rústicas, para descansar de una vez y gozar sosegadamente una vejez honrada. Quería ser tolerante para ganar amigos que lo protegiesen si las instituciones liberales volvían.

Y hacía las cosas más contrarias a su índole para asegurar el futuro patrimonio de su hija, que era para él un castigo providencial, pues aquel sentidísimo amor de padre le costaba muchas bajezas y amarguras.



No obstante, la voz pública de Zarza decía muy por lo bajo lo que había sido su alcalde. En Badajoz había hombres que lo habían visto cara a cara con salteadores en Castilla la Vieja. Las personas honradas rehuían su intimidad, y ninguna señora cambiaba un saludo afectuoso con la hija del salteador.





Teresa se compadeció del aislamiento de Inés. Parecíale injusto el desprecio con que se trataba a la hija, inocente de los delitos del padre. No simpatizaba con él, y una vez dijo a su marido: — El alcalde me da horror; pero, aun así, no creo que haya sido tan malvado como dicen, porque tiene a su hija un amor inmenso.

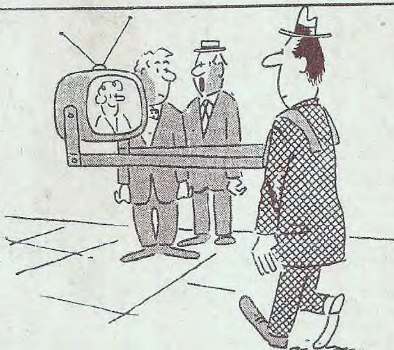
SONRISAS



—¿Hay alguien conocido en el menú de esta noche?



—Pero, querida, ¿cómo te las arreglas para mantenerla tan limpia y brillante?



—Después que todo el mundo comenzó a usar las radios de transistores en la calle, esto se veía venir, ¿no es cierto?



Con todo, Guillermo transigió. Desde 1826 hasta marzo de 1828, Inés de Valderas frecuentó su casa con asiduidad. El platero no se arrepintió de haber condescendido. La hija del alcalde procedía honradamente, y en sus intimidades con Teresa se lamentaba de que la pasión política, y principalmente el amor al trono, hubiesen arrastrado a su pobre padre a excesos que le ensombrecían la reputación.



El lector está cansado de leer en libros nacionales y extranjeros aquel funesto caso de los estudiantes de Coimbra, que el 18 de marzo de 1828, en el lugar de Cartaxinho, mataron a dos profesores e hirieron a otras personas del cabildo que iban a Lisboa a felicitar a don Miguel, que reinó en Portugal como monarca absoluto desde 1828 a 1834.



Uno de los tres o cuatro estudiantes que pudieron librarse de la horca se llamaba Antonio María das Neves Carneiro, alumno de segundo año de la Facultad de Matemáticas. Este joven era uno de los estudiantes mejor conceptuados por su inteligencia y de los más avanzados del partido liberal.



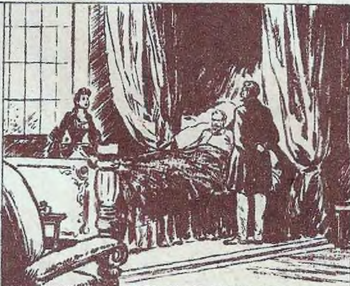
Cuando nueve de los trece estudiantes que intervinieron en aquel atentado fueron ahorcados, a las cuatro de la tarde, en el muelle del Tajo, el 20 de junio, Antonio María das Neves Carneiro digería sosegadamente su comida en Zarza, en la sala del alcalde Rojo de Valderas, con su padre, un médico notable, que le había acompañado en su huída a la Extremadura española.



Antonio María era un joven esbelto, de complexión delicada. Tenía el gesto soberano y el lenguaje conciso y rápido del hombre que se cree o que finge creerse el héroe de una hazaña que frustró la tiranía, pero que queda en medio de la sociedad como fundamento del edificio del porvenir.



¿Cómo fué que este apóstol de la libertad encontró un cubierto en la mesa del alcalde de Fernando VII? Cuando los Neves Carneiro, padre e hijo, entraron en Zarza, el alcalde estaba enfermo y desesperaba de su curación. El médico se presentó como tal a la hija de Rojo, fué recibido con lágrimas de alegría, vio al enfermo y... lo salvó.



La curación del alcalde creó la reputación del médico. La clínica le daba lo bastante para las necesidades de la vida. El hijo pensaba en recomenzar su carrera en la Universidad de Salamanca. Mientras tanto, las esperanzas de un movimiento militar lo retuvieron allí, a legua y media de la frontera, para presentarse, en caso de triunfo, entre los adalides de la regeneración de Portugal.

Interrumpiéronse por entonces las frecuentes visitas de Inés a Teresa. No le sobraba a la española el tiempo. Antonio María era como de la familia. El alcalde no comía sin su médico salvador al lado, y la hija correspondía a la falta de apetito del padre si el hijo del médico no estaba a la mesa.



Un día, Inés no concurrió a la comida. El padre corrió sobresaltado a la alcoba de la hija y llevó consigo al médico. Encontráronla con los ojos en blanco, los dientes rechinantes, y los dedos retorcidos; era un ataque de histerismo. Una hora antes Antonio María le había dicho que la mujer más hermosa de Zarza era la portuguesa casada con el platero.



Volvió del ataque la celosa joven odiando a Teresa. Esta se extrañaba de la ausencia de Inés. Ignoraba que el hijo del médico le había robado el corazón de la amiga; no obstante, amarguras de otro género la distraían de esa soportable falta.



El artista se consumía en una lenta fiebre. Desde niño había manifestado síntomas de vida corta, presagiada por los médicos por la configuración del tronco y la pobreza de la sangre. El trabajo asiduo del buril y de la paleta contribuyeron a estropearle los órganos de la respiración y a oprimirle los pulmones, por estar siempre inclinado sobre los instrumentos de grabar.



Guillermo consultó al médico, obligado por su esposa, no sin que antes le dijera a ella: —Si he de morir de la enfermedad que mató a mi madre, es inútil engañarme con las ilusiones de la medicina y con las drogas de la farmacia; sin embargo, si quieres tú engañarte, querida mía, consúltese al doctor milagroso. Se refería al padre de Antonio María.



El médico examinó al enfermo y le aconsejó el clima de la isla de Madera. Guillermo se sonrió y dijo a su esposa: — La única madera aprovechable a los enfermos de mi clase son las cuatro tablas con que se hace la caja. Teresa se echó a llorar en sus brazos, porque había leído en los ojos del médico la sentencia de muerte.



En el invierno de 1829, Guillermo Nogueira empeoró y sintió ardientes deseos de ir a morir a Guimaraes. El tío canónigo le decía que fuese, porque Joaquín Pereira había fallecido en Oporto de una congestión cerebral. La viuda escribió también a Teresa, rogándole que fuesen a hacerle compañía, que los recibiría como a hijos, y que no se preocupasen de riquezas porque ella tenía de sobra para los tres.

Teresa preparaba alegremente el equipaje, cuando el médico le manifestó que Guillermo no llegaría vivo a Guimaraes.
—Engañe a su marido algunos días más —le dijo—, porque yo apenas si le concedo tres de vida.



Era el tercer día pronosticado por das Neves.
Ella lo llevó a un sofá. Vino el médico y le dio una poción reanimadora. Frente a este sofá estaba el primer retrato que él hizo de Teresa. Mirábalo con la fijeza de la mirada que siente nublársele la luz, y susurraba con voz entrecortada: — Mira, Teresa, me nació el corazón cuando hacía ese retrato, y siempre pensé que moriría viéndolo... Y así ocurrió.



Visitóla Inés cuando el cadáver de Guillermo estaba aún caliente, y sintió que se le quitaba un peso de encima apenas Teresa le dijo que tenía intención de ir a hacer compañía a su madre. La hija del alcalde pensaba que la presencia de aquella mujer fascinadora sería siempre una amenaza para su felicidad, pues Antonio María das Neves, con motivo de la enfermedad del platero, tenía siempre una alusión que hacer a propósito de la hermosura de su compatriota.



El primer impedimentó para la salida de Teresa fue la enfermedad. El doctor la encontró febril y le prohibió levantarse de la cama. Ella se mostró alegre, porque deseaba morirse: lo decía extendiendo los brazos con pasión hacia el retrato de Guillermo.

Después la fiebre bajó; quedó pálida, débil, y se sentaba a llorar a cada instante, porque veía al esposo en todo lo que le sugería un recuerdo.



Pasada esta crisis, otro motivo estorbó su marcha: era la platería, cuyo valor merecía atención. Vinieron a proponerle la compra algunos plateros de Alcántara; pero la transacción era morosa. Quiso la viuda delegar poderes en el doctor, que cuidaba paternalmente de su salud y de sus intereses, pero él se disculpó por su ignorancia en tales negocios.



En este intervalo, Antonio María acompañó una vez a su padre, para ayudarlo en la relación de los artículos vendibles. Teresa había visto a este hombre un día y había dicho a su marido: —¡Qué pena si lo prendieran! ¡Qué mozo tan bien formado! La visita inesperada del estudiante la perturbó. Le parecía que mirarlo con la sencilla atención de la cortesía era manchar la honestidad del luto.



Los concurrentes a la venta de la platería, sabiendo que la viuda no tenía protectores entendidos en el negocio y que deseaba marcharse, se unieron para comprársela casi de balde. El médico aconsejó a la viuda que no sacrificase algunos miles de cruzados sin absoluta necesidad. Podía decir a su madre que fuese con ella a vivir a Zarza, en tanto liquidaba sin apremio lo que le había dejado su marido. Además, mientras él estuviese desterrado, podría contar con su ayuda y considerarlo como un padre.

Estas palabras del viejo impresionaron a Teresa tan agradablemente, que la movieron a quedarse. El estudiante se encontraba presente, y agradeció esta determinación con una sonrisa expresiva. Ella comprendió el significado de aquel gesto y se ruborizó.



Después, estando acostada y meditando en el misterio de la sonrisa y de la mirada amorosa, sus ojos encontraron los del retrato del difunto clavados en ella, y escondió el rostro en la sábana. Tuvo miedo, vergüenza y remordimiento. Al día siguiente cambió de cuarto, de mobiliario y de cosas que pudieran asustarla.



Teresa no volvió a ocuparse en la venta de la platería que había dejado su marido. A su vez, el estudiante iba contadas veces a la casa del alcalde, y en esas contadas visitas revelaba a su padre el sacrificio que hacía. Su dependencia de Rojo de Valderas lo tenía lleno de recelos.

Teresa amábalo ardientemente. Aquel joven era lo que debía haber sido el artista de Guimaraes para que las dos almas se identificasen. Antonio María era temerario en las aspiraciones y envidiaba la muerte de unos héroes revolucionarios cuya historia contaba a la viuda entusiasta.



Era un hombre antípoda del difunto Guillermo. No tenía cavilaciones, arrobamientos ni éxtasis por el azul de los cielos. Su amor se manifestaba en convulsiones asustadoras, y a veces se arrodillaba a los pies de Teresa con la humildad de un niño, y no se atrevía a besarle la orilla del vestido. La llamaba su redentora, porque ya no pensaba en estrangular a los tiranos de la patria, desde que todo su porvenir estaba en el amor o en el desprecio de la única dominadora de su orgullo.





Rojo de Valderas estaba, no obstante, sobradamente enterado. Sabía que el estudiante visitaba todos los días a la viuda; que Teresa andaba alegre y que había aliviado un tanto el luto al final del segundo mes, descotando el vestido y cubriendo o descubriendo los hombros con gasas negras. Inés no necesitaba que le dijesen nada: su amor, purificado por el fuego de la pasión y de los celos, lo adivinaba todo.

Por fin dijo al padre que la llevase a Madrid algún tiempo, porque le hacía falta distraerse. El alcalde se conformó alegremente con el deseo: quería quitarla de Zarza sin hablar del motivo; pero en un ímpetu de rencor, fijándose en el abatimiento de Inés, exclamó: — ¡Serás vengada!



El médico encontró un día cerrada la puerta del alcalde. Le dijeron que Rojo de Valderas había ido a acompañar a la joven a Madrid. El viejo se estremeció y suplicó al hijo: — ¡Estamos perdidos, Antonio! El alcalde se desembarazó de la hija que le ataba las manos porque te amaba. Huyamos de España si quieres vivir. Antonio María dijo: — ¡Yo no huyo! Si es necesario dejar a Teresa para vivir, prefiero la muerte.



Teresa recibió una carta anónima en español al día siguiente de la marcha de Inés. Una persona que apenas la conocía —decía la carta— le vaticinaba la muerte de su marido a manos del verdugo si ella se casaba con él. Y agregaba: «Si usted lo ama, como él era amado por otra, haga en beneficio suyo lo que la otra hizo: huya de Zarza a Portugal...» Habríase denunciado el corazón de Inés si la letra, mal disfrazada, no la hubiese denunciado.



Teresa bebió una gran copa de amargura. Tuvo horrendos presentimientos. Pensó en huir para salvarlo. Y tal vez habría huído si el amor no le hubiese pintado a la artificiosa Inés tendiéndole una insidia encubierta en generosidad. ¿Qué significaba su marcha? ¿Una renuncia noble en favor de la vida del hombre a quien ambas amaban, o una traición?



Al mismo tiempo que Teresa se hacía estas reflexiones, entraba el médico, pálido, asustado, diciendo que consideraba a su hijo perdido si no huía inmediatamente á Francia. Contó sus preocupaciones, vio la carta anónima que las confirmaba, e imploró de Teresa que apartase de ella al desdichado joven que estaba sentenciado a la horca. Teresa, enjugándose las lágrimas, dijo que se irían todos a Francia.



¿De veras? ¿Se vendrá usted con nosotros, Teresa?

Hace tres meses que soy viuda; esperaba que pasara un año para casarme con su hijo; así se lo prometí; me casaré en seguida, y nos iremos.



Todos aconsejaban al portugués la fuga. Mientras tanto, un noble, hermano del arcediano de Jerez de los Caballeros, residente en Badajoz, le ofreció el apoyo del potentado eclesiástico, en la certeza de que la justicia de aquella ciudad no prendería al expatriado por respeto a su hermano.

Teresa y Antonio se casaron en Badajoz en diciembre de 1829. El arcediano de Jerez de los Caballeros, buen católico y entrañable partidario de Fernando VII, tenía escrúpulos de proteger a un escapado de la horca; sin embargo, se compadeció del padre y accedió a los ruegos de su hermano.





Los novios alteraron su plan de salida inmediata para Francia; primero, porque se interpusieron dilaciones en la venta de la platería; después, por la dificultad de obtener pasaporte con las legalidades minuciosamente exigidas.

Mientras tanto, volvía de Madrid Inés de Valderas, a quien se había aconsejado que buscase la salud en los aires de Zarza, y en enero de 1830 expiraba en brazos de su padre, cuando trataba de destruir un pequeño mazo de cartas que se le cayeron de las manos moribundas. Entonces comenzó la venganza del alcalde.



Este conocía la fuerza del brazo poderoso que defendía al hijo del médico. La bandera protectora de Antonio María era la ciencia del facultativo. El arcediano se había salvado del tercer ataque apoplético gracias a los desvelos del médico portugués. Redobló, pues, su celo por la seguridad de los emigrados.





Rojo, conversando con el hermano del arcediano, no mostraba intención malévola; por el contrario, insinuaba piadosamente que su Inés era la santa del cielo que más protegía a su ingrato matador.

QUE RISA



—Y deje de llamar a mis clientas "Cenicienta".

Cuando el hidalgo escribió a su hermano, le refería lo que pasaba con el alcalde, y era de opinión que el hombre, quebrantado por la pérdida de la hija y por los achaques de la vejez, no trataba de vengarse, y hasta pensaba en vender los bienes y en retirarse a un monasterio, como quien ya nada tiene que ver con el mundo y sí muchos pecados que castigar en los riñones con el cilicio.



El arcediano y el médico desconfiaban de tales conjeturas: pero Antonio María, embrutecido por aquella demencia que acomete a los destinados por Dios a la perdición, según dicen los Libros Santos, era un imprudente que se pavoneaba sin recato con su esposa, y parecía hacer gala del favor y de la impunidad.



Como tuviese necesidad de recibir dinero en Alcántara, fue allí con su esposa, gentil amazona, cuyos cabellos sueltos impregnaban a las brisas con su perfume.



Cuando el médico dijo al arcediano que la pareja iba camino de Alcántara, éste se entristeció y exclamó: — He sabido hoy que entre el gobierno portugués y el nuestro andan en tratos secretos acerca de su hijo. Vaya de prisa, sígalos, y haga que salgan de Alcántara antes de que el alcalde de Zarza sepa que están allí.



A su llegada a Alcántara, el médico fue detenido y llevado a la cárcel, donde se encontraba ya su hijo. Los alojaron en el mismo cuarto. Teresa acompañaba a su marido, pero estaba libre. El viejo abrazó al hijo dando gritos desgarradores. El estudiante abrazaba al padre, pero no quitaba los ojos de su mujer.



¡Teresa! ¡Teresa! Empiezo desde hoy mismo a pedirte perdón, porque soy causa de tu desgracia.

No pierdas la esperanza... Me voy en seguida a Badajoz... Ha de valernos el arcediano... ¡Yo te salvaré, Antonio!...



Y lo abrazaba con frenética pasión. Sintió contra su seno la dureza del puño de bronce de un puñal que llevaba Antonio. Se lo pidió, diciéndole que temía que con él se matara. Se lo entregó el estudiante. — Llévatelo — exclamó con indiferencia—; todo lo que te quede de mí será este puñal... Ella miraba el acero con serena majestad.



El alcalde venció por fin. El infame me espiaba los pasos... Me envía al patíbulo.



Teresa fue rápidamente a la puerta de la celda, como recelosa de que la oyesen; volvió después hacia el marido y el suegro; iba a expresar una idea que le relucía en los ojos brillantísimos, y se detuvo susurrando: — Es pronto...



¿Qué? ...

Nada... No me preguntes nada... Déjame conservar por ahora un poco de serenidad; si no, se me escapa la esperanza, y yo, que soy necesaria a tu vida, puedo morir primero.



He aquí el diamante bruto de Guimaraes tallado por Antonio. El primer marido había iluminado su espíritu con la suave luz de las estrellas; el segundo se lo llenó de los fulgores intensos del relámpago. Ahí estaba mirando el puñal con los mismos ojos con que nueve años antes había mirado la flor cogida de la jarra de Guillermo Nogueira. Entonces sus ojos tenían la ternura de una pastora de la Arcadia de Poussin; ahora le llameaban, como los de Carlota Corday.



Marchó a Badajoz y pidió al arcediano que salvara a su marido y a su suegro. Echóse a sus pies, abrazóle las rodillas, le besó las manos. El anciano marchó a Madrid, mas lo único que consiguió fué retener la orden que mandaba conducir a la frontera a los presos, hasta ver si se revocaba la resolución del gobierno.



Pero el día 5 de junio de 1830, después de mes y medio de prisión en Alcántara, recibieron los dos portugueses orden de estar dispuestos para marchar a su destino, y el 20 del mes siguiente entraban en el Limoeiro, la cárcel lisbonesa.



Se procesó al médico, padre del estudiante. En cuanto al hijo, ya estaba procesado; quedaba solamente añadir a la sentencia la declaración de algunos testigos que había quedado secreta en los autos. Un año pasó en estos trámites. El doctor Antonio das Neves Carneiro fue condenado a destierro en las provincias del Sur del reino. Su crimen era haber acompañado a España a su hijo. Tuvieron con él la piedad de retirarlo del Limoeiro antes de que el hijo saliese con la túnica de los ajusticiados.



Teresa, después de haber agotado todos los recursos para ver si lograba el indulto de su marido, se marchó de Lisboa un día antes de que se cumpliese la sentencia que lo condenaba a morir en la horca, levantada en el muelle del Tajo, igual que los otros estudiantes que participaron en los asesinatos de Cartaxinho.



Alquiló un caballo para una larga jornada, y partió en la noche de aquel día, que había sido calurosísimo. La brisa del mar arrugaba levemente la superficie del Tajo, plateado por la luna. Aquella mujer pasaba con su desesperación por la hermosura de esa noche de julio como los ángeles réprobos de Milton, despeñados del cielo por entre las rutilantes constelaciones del espacio.



Rojo seguía ejerciendo sus funciones ejecutivas en Zarza con su acostumbrada rectitud. Parece que no pensaba en claustros, ni en convertir sus haberes en títulos pagaderos en la eternidad. Dijéronle sus alguaciles que Teresa, la viuda del ahorcado, había entrado en Zarza en la madrugada del día 14 de julio, al mismo tiempo que el correo le llevaba la noticia del suplicio del estudiante; agregaron que se había encerrado en la casa de su antigua residencia, y le preguntaron si debían prenderla o vigilarla.—Ni la prendan ni la vigilen — respondió el alcalde.



A la media noche de ese mismo día, cuando Rojo de Valderas regresaba de un largo paseo, entrevió pegado a su casa un bulto en la sombra de la marquesina. No se detuvo en conjeturas ni en precauciones.



Prosiguió su camino con el descuido de quien no divisaba cosa sospechosa y, cuando estaba a tres pasos del portón, vio salir el bulto de la sombra y correr contra él con el brazo erguido. El acero de un puñal brilló en el aire, y se quedó trémulo un instante, mientras el agresor profería estas palabras: — ¡Es la viuda de tu víctima la que te mata, infame!



El brazo bajó y encontró entre el acero y el pecho una garra que le oprimía la muñeca. La heroica viuda tenía ante sí al más valiente caudillo de las hordas de Castilla la Vieja.

No pensó de antemano que Holofernes dormía y que Marat estaba en el baño cuando fueron asesinados.



En aquel momento, la ronda que vigilaba los alrededores de la casa del alcalde vio un bulto de mujer debatiéndose en las garras inflexibles de otro bulto. Corrió hacia el grupo.—Conduzcan a esta mujer a mi casa y traigan ese puñal que está en el suelo — dijo el alcalde.

Luego abrió la puerta y entró en el portal, alumbrado por una lámpara colgada del techo. Al descansillo de la escalera se asomó un criado con un velón. —A la sala de audiencia — dijo Rojo.



Uno de los esbirros traía el puñal. El alcalde se lo hizo dejar en la mesa, les ordenó que esperasen afuera y cerró la puerta de la sala. Después aproximó una silla a la mesa, y dijo a Tesa:—Haga el favor de sentarse.



Ella se movía como un autómata: aniquilada, abatida, sin reacción. Una vez que se hubo sentado, el alcalde abrió un cajón, sacó un paquete de cartas, desató el lazo de cinta negra que las sujetaba, sacó dos o tres, que abrió, y dijo: —Doña Teresa, usted recibió cartas de mi hija Inés; debe acordarse de su letra. Vea.



—Estas cartas — continuó — fueron escritas a su marido de usted cuando él abandonó a mi hija; después, estas cartas volvieron a la mano de mi hija cuando, según costumbre, cambiaron de una parte y de otra la correspondencia, como...

...«desenlace final de las relaciones. Haga el favor de leer, doña Teresa, lo que su amiga, mi pobre hija, escribía al caballero a quien usted amaba.»



Teresa leyó la primera carta que el alcalde le ofreció. Parecía conmovida y espantada. —Ahora ésta — dijo el alcalde, ofreciéndole la segunda; pero ella se negó a



leerla respondiendo: — Ya lo he comprendido todo.

—No ha comprendido todo; lea usted — insistió él Teresa leyó hasta la mitad, y dejó la carta sobre la mesa, susurrando entre sollozos: —¡Qué desgracia, Dios mío! El padre de Inés le habló entonces pausadamente, con dolorosa serenidad.



—Acaba de ver, doña Teresa, que yo no vengué a mi hija, ofendida solamente en su corazón; vengué también a mi hija traicionada, deshonrada y abandonada como cualquiera de esas ínfimas mujeres que se encuentran en la miseria. ¡Y no sólo deshonrada y traicionada, señora!



Tras una pausa agregó: —Hay algo más atroz en esa segunda carta que usted ha visto. Inés, la perdida, para matar a un hijo que había de pregonar su deshonra, se mató a sí misma. Imagínese usted, si puede, las torturas de mi desgraciada hija, y acuérdese de las alegrías con que su marido celebraba en Badajoz sus nupcias, mientras mi hija agonizaba.



El alcalde se levantó, cogió el puñal, acercóse a Teresa y ofrecióselo diciendo: —Ahora, aquí tiene el puñal y aquí tiene el pecho que no pudo herir hace poco. ¡Vénguese! Termine la obra de su marido. Mate al padre de la mujer a quien él deshonró y mató.



Teresa, con el rostro entre las manos, respiraba difícilmente, ahogada en lágrimas, y decía sollozando: —¡Cómo me he perdido! ¡Dios mío! ¡Cómo me he perdido! Rojo de Valderas continuó: —Mire, señora: si este puñal suyo me hubiese entrado en el corazón, yo habría muerto negando la justicia de Dios. No es creíble que la Providencia consintiese la gran iniquidad de que yo fuera asesinado por la viuda de un hombre que me quitó de los brazos la hija única y me arrojó a la sepultura.



Rojo abrió la puerta, y antes de llamar a los alguaciles le dijo: —Y puesto que Dios no quiso que yo fuese muerto a manos de usted, vaya con Dios, que yo por mí le perdono la tentativa, y hasta no sé si le perdonaría la muerte, porque los dolores de mi vida son más intensos que la instantánea agonía de una puñalada.



Pasó al descansillo de la escalera, llamó a los alguaciles y les dijo: —Vayan con esta señora a su casa y reciban sus órdenes. Tienen que acompañarla hasta la frontera, y desde allí seguirán con ella hasta donde desee que la acompañen. Después la condujo hasta el portal y le dijo conmovido: —¡Adiós! En este mismo sitio la vi muchas veces abrazar a mi hija... ¡Adiós!



La viuda de Antonio María das Neves, seductor de Inés de Valderas, al regresar a Portugal, iba compenetrada de la certeza de morir. Había trazado el plan de su agonía encerrándose en el cuarto donde había nacido, esquivando las miradas afrentosas de toda la gente y acabando de este modo.



No sucedió así. Es verdad que se encerró, pero no se murió. Es en la soledad donde convalecen muchas veces las almas enfermas.

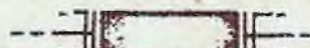
Las «saudades» del segundo marido no podían ser más dolorosas que lo que suelen ser las «saudades» de los maridos honrados. El tiempo comenzó a suministrarle sus antídotos, y el corazón, por tanto, se sentía cada vez más liberado, el apetito reaparecía y las primaveras de los años siguientes le abrieron en el alma nuevas auroras y renovados florecimientos.



Por muerte de su madre, que todavía duró doce años, Teresa heredó lo necesario y lo superfluo para un acomodado pasar. Hacia los cuarenta años se hizo más fervorosa en la religión de Jesucristo. Era muy caritativa. No rezaba mucho, pero buscaba las miserias que se avergüenzan, y sucedía que salía de casa para ir a la iglesia, y se olvidaba de la iglesia si pasaba junto a una casa de pobres donde hubiese hambre de pan y de palabras confortadoras.



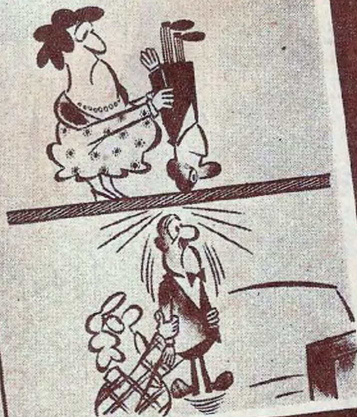
En 1873, una vez que iba yo de San Antonio das Taipas a Guimaraes, en una mañana de junio, entré en el cementerio con un amigo. Estaba el sepulturero allanando con un azadón una sepultura.—¿A quién han enterrado ahí? — preguntó mi amigo.—A doña Teresa, la de la calle de los Hornos. —¡Ah, ya sé! — dijo mi compañero—. Era la viuda del ahorcado. —¿La viuda del ahorcado? —pregunté yo—. ¿Qué es eso? —Ya se lo contaré. Y me refirió esta historia.





GOTITAS DE ALEGRIA





EL ROMANCE DE UNA REINA

Por FRANCINA SIQUIER

Podría este relato tener como protagonistas una Nación: ESPAÑA, y una reina: ISABEL LA CATOLICA, e intentar un pálido esbozo de la forma como una mujer dio vida a un reino, imprimiéndole con ternura femenina y varonil firmeza, las cualidades que poseía. Veríamos actuar a Isabel de Castilla en el esplendor de su ingenio político, pero omitiríamos una etapa importantísima de su existencia...

DIBUJOS DE JORGE PEREZ CASTILLO


















Lujo, festines, intrigas... Muy ajena a ello sentíase Isabel, dolida por el papel que hacían representar a su hermano menor y por la separación del mayor al que respetaba por rey.
Lo sé, mi señora, lo sé...


Había tristeza en la voz de la dama, porque también ella estaba a la fuerza allí, e Isabel, apenada, trató de bromear.
Ved a doña Leonor. No podrá negarnos que es feliz.
No es difícil saber el motivo.


Os suplico...
¿Acaso se apartan de vos las miradas de don Manuel de Sancho?


La tez de doña Leonor se tornó rosada y a sus ojos asomó la turbación que aún la hacía aparecer más bonita.


Apenas conozco a don Manuel y puedo aseguraros...
Es un muy apuesto y noble caballero. No debéis tomar en serio nuestras bromas ni avergonzaros de un sentimiento que quizá ha nacido ya...


...a despecho del poco trato que habéis tenido. Así dicen que es el amor... Y en él sueña cada muchacha.


¡Cuánta verdad en las palabras de la Infanta! Porque don Manuel sabía ya que nunca habría de olvidar a aquella dulce doña Leonor con la cual cambiara triviales frases y tímidas miradas. De pronto, una orden del Arzobispo Alonso Carrillo le obligó a levantarse.


—Tras comer las truchas y beber medio vaso de vino, ha quedado aletargado.
Ordenad que se avise al médico, don Alonso. Su Alteza no está bien...


No se permitió a doña Isabel y a sus damas acercarse al joven rey.
(¡Dios mío, haced que nada le ocurra! ¡Salvadle de caer víctima de esas aves de rapiña!)


Horas negras de dolor fueron las de esa noche y en el amanecer siguiente, el arzobispo Carrillo salió a la antecámara donde todos oraban.
El que nombramos rey ha muerto sin despertar de su sueño. Paz a su alma.


Permitiósele entonces a doña Isabel besar la frente de aquel niño, que por vez primera sonreía. Y el dolor arraigado en su alma estalló en hondos sollozos, más quienes lo presenciaron, creyeron ver en ello signo de debilidad, por lo cual...


...imaginaron que la muchacha de 16 años sería metal maleable en sus manos poderosas. Horas más tarde...
Deseo retirarme con mis damas al Convento de Santa Ana.

Vuestros deseos son órdenes. Comprendemos que quereis el aislamento para vuestro dolor. Más adelante...
Vamos al monasterio de San Francisco a enterrar a don Alonso. Luego, sabreis de nosotros, doña Isabel.

Fueron breves y rápidos los preparativos de las comitivas que seguirían caminos opuestos. Una nota apresurada, reunió a un hombre y una mujer.
Temía que no viniérais...

Que me juzgárais atrevido en demasía. Pero no podía alejarme de vos, sin pediros dos cosas.
No me juzgueis demasiado imprudente tampoco por haber venido. Decidme qué deseais.

Lo primero, que cuideis a vuestra señora, porque se acercan acontecimientos graves. No puedo deciros más.
Así lo haré. ¿Y lo segundo?

Que me dediqueis alguno de vuestros pensamientos, porque vos llenais todos los míos, doña Leonor.

Dominando su rudeza de soldado, besó la blanca y delicada mano que tembló entre las suyas.
¿Puedo esperar, eso de vos?
¿No es respuesta el haber venido?

Pronto supo la verdad la Infanta Isabel del arzobispo Carrillo y del marqués de Villena, que dos días después aparecieron con todo su séquito en el convento.

Vengo a pediros algo para la paz y seguridad de Castilla.

¿Qué puedo hacer yo para lograr eso?
Que como sucesora de don Alonso, acepteis la corona de Castilla.

La propuesta era halagüeña. Isabel contaría con el apoyo de cuantos estaban dispuestos a seguir luchando contra Enrique IV y reinaría a los 16 años.

En tanto viva el rey don Enrique, mi hermano, no seré yo reina.

Había sido una respuesta pronta, enérgica, dictada por su espíritu recto.
Pero trataré de que mi señor y hermano gobierne pacíficamente. Estoy pronta a ir a verle y suplicarle perdón para todos.


Debeis reflexionar, Alteza. Os concedemos dos días y pensad que estamos dispuestos a la lucha.
No quiero ver amenaza en vuestras palabras, marqués.


Siguieron horas de tensión y angustia, mientras doña Isabel rezaba, pidiendo fuerzas a Dios.
Alguien me avisó que vendrían momentos graves, para que os cuidara...

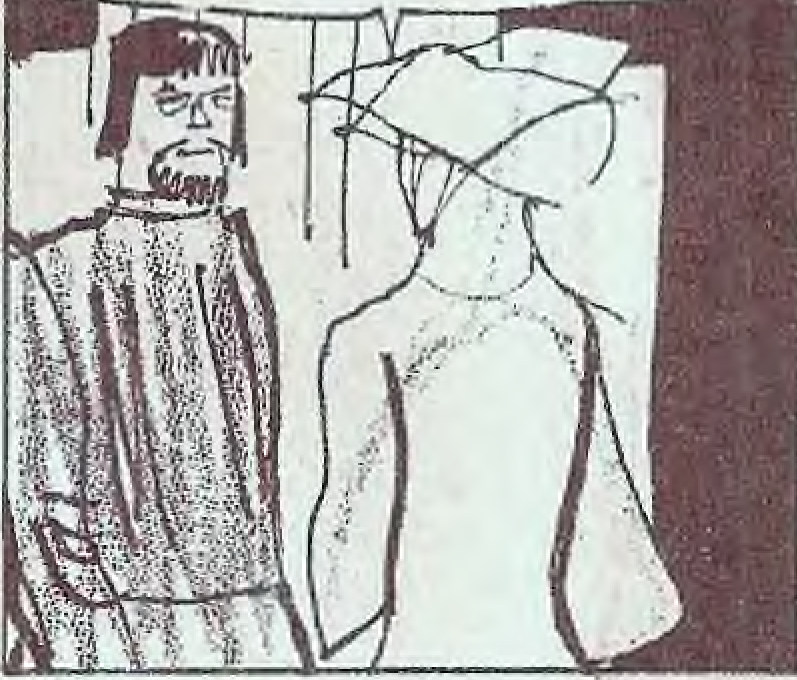

Decidle a esas personas de mi agradecimiento. Y yo aprecio vuestra compañía en circunstancias tan críticas.


El arzobispo en persona volvió a reiterar la oferta.
Villas y ciudades os han jurado ya por reina, señora...
Yo no puedo usurpar los derechos de mi hermano, Monseñor.


El semblante del arzobispo se demudó. No podía consentir que siguiera gobernando Enrique IV, sojuzgado por el otro favorito, Beltrán de la Cueva, y menos...


...que la princesa Juana, heredera el trono, ya que se la llamaba la BELTRANEJA, por creer el pueblo que era hija de la reina doña Juana, esposa de Enrique, y del favorito Beltrán.


Ante la negativa rotunda de la princesa, se fraguó otro plan. Y una carta enviada por medio del arzobispo de Sevilla, Alonso Fonseca, y su mayordomo, Alonso Cabrera, esposo de la dama doña Beatriz...
Debo partir de nuevo, con un mensaje secreto.


Ya sabeis, esposo mío, que nada os pregunto jamás, pero la inquietud me consume. ¿Es algo malo para mi señora?


Dudó unos instantes Alonso Cabrera, más luego...
No. Se propone la paz a Enrique IV siempre que, desherendando a la Beltraneja, reconozca como heredera de la corona a doña Isabel.


Hacer heredera a su hermana. Esta condición, daría la paz a Castilla y los nobles sublevados retornarían a ser sus vasallos. Y volvería a su lado...


...el marqués de Villena, de cuya ausencia no se había consolado. Esa idea le hizo sonreír, perdiendo su faz el especto feroz.


La respuesta era esperada ansiosamente.
Creo que debemos premiar la lealtad de nuestra hermana Isabel, desdeñando la corona que se le ofrecía.


Y en la mañana luminosa de aquel 19 de setiembre, en la venta de los TOROS DE GUISANDO, elegida por ser a medio camino de donde estaba el rey y...


...la princesa, tuvo lugar el acto que había de cambiar la historia de España. Isabel de Castilla, no perdió su serenidad ante tanto honor y despliegue de lujo.


El rey la santiguó, como padre, porque ella no lo tenía y él era el primogénito. No había permitido que se arrodillara y la estrechó en sus brazos. Esta escena conmovedora, tenía ya profundo significado político.
Me place veros, hermana...


Vestida con brial de terciopelo negro, sobre faldas de brocado azul, tocas blancas, sombrero negro guarnecido de brocato y pedrería, Isabel estaba hermosa y tenía porte de reina.
Tiempo ha que anhelaba este momento, señor...


Luego, ya sobre el estrado de la gran sala, se produjo lo que habría de llamarse andando el tiempo "La jura de los Toros de Guisando".
Juro que la legítima sucesión de estos reinos ha de pertenecer a mi hermana, la Infanta Isabel, que no contraerá enlace sin mi licencia.


Nadie podía imaginar que estaba el destino trazando los caminos para ser recorridos por quienes habrían de crear la colosal España del siglo XVI.


No obstante, don Manuel de Sancho, fue el primero en hincar su rodilla en tierra y besar la blanca mano de aquella Infanta, casi una niña, aureolada de luz...


...intuyendo cuanto más tarde registraría la historia. Luego se acercó a doña Leonor, que otorgóle cálida acogida con una radiante sonrisa.
Dia glorioso es éste. Y de gran dicha para mí, que puedo estar de nuevo junto a vos.


Habeis estado varios días ausente...
El marqués de Villena me encargó varias gestiones. Más puedo aseguraros que no os he olvidado un instante.


Quisiera creeros...
Creedlo, doña Leonor. Os amo como no amé a mujer alguna y por ello os digo que me haríais feliz si aceptarais casaros conmigo.


La pregunta impetuosa había sido hecha. El caballero esperaba pálido de angustia y la joven vacilaba en contestar, aunque su corazón sabía ya la verdad.
Os ruego que me concedais unas horas. Quisiera hablar de ello con doña Isabel...


Terminada la fiesta, tras haber orado largamente la Infanta, una de sus damas se atrevió a interrumpir su silencio, con el que daba sosiego a su mente. Con indulgencia, escuchó el incoherente relato y luego una sonrisa iluminó su rostro.


Amais pues a don Manuel, no cabe duda. Y es de creer que él también os ama.
¡Qué mayor felicidad podría pretender!


En cambio yo, como toda muchacha, sueño con el amor, pero como futura reina, no sé si podré obtenerlo.


—Mi enlace, que ha de contar con el beneplácito del rey, ya se proyecta.
Tres son los candidatos, a quienes no conozco siquiera.


El rey don Alonso de Portugal, viudo y ya anciano; el duque de Berry, hermano del rey de Francia y don Fernando, hijo de Juan de Aragón.


No pueden obligaros a aceptar...
Pero yo he jurado no casarme contra la voluntad de mi hermano.


Y a partir de aquel día, fueron más numerosas las intrigas de los cortesanos, de todos los nobles ambiciosos, apoyando por separado los distintos candidatos, en miras a su lucro personal, más que a la felicidad de la Infanta.


—Don Alonso de Portugal convendría, igual que el duque de Berry. Francia y Portugal son naciones lindantes...
¿Por qué no buscar la unión de España eligiendo a don Fernando?


Como siempre, el marqués ocultó hipócritamente su desaprobación.
Es primo de Isabel y no veo la conveniencia de casarlos.


Decid mejor que esa unión implicaría devolver vuestros bienes confiscados a caballeros aragoneses.


Se miraron fijamente, y a partir de ese instante, fueron enemigos. Eran poderosos y la voluntad del rey estaba en sus manos. ¿Qué podía importar. la de doña Isabel?


Vacíos estaban los días de la Infanta, así como los de doña Leonor, que dejara partir a don Manuel, a una nueva misión, sin dar su respuesta.
No esteis triste, pues a su regreso podréis casaros.


Calló la joven su intención de sacrificar su dicha inmediata, para no abandonar a su señora en aquellos momentos de inquietud.
Pensar en boda me aterra, porque desaría amar a mi marido, como Dios manda.


Una idea nació de pronto en su mente.
Llamad a mi capellán don Alonso de Coca pues he de encomendarle una misión.

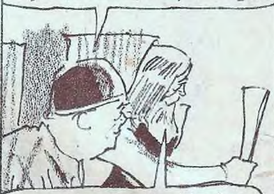

No se supo lo hablado en esa entrevista y por ello nadie dio importancia al viaje de peregrinación que acto seguido emprendiera el sacerdote, aunque...


...en él pensara a diario doña Isabel, que a la sazón, por haber acompañado al rey a Ocaña, donde celebraba Cortes, residía en la villa de Yepes...


...perteneciente al Arzobispo, cuyo amigo, el almirante de Castilla, era abuelo de don Fernando, por ser padre de Juana Enríquez, reina de Aragón.


Así, Monseñor preparaba el terreno, contra los planes del marqués...
Quizá os canse que os hable cada día de mi nieto...


Al contrario, almirante. Os escucho con gusto.
Muchas son sus proezas, porque es joven, impetuoso, gran jinete y buen guerrero.


No olvidéis su formación cristiana, de la que celosamente ha cuidado vuestra hija doña Juana y el rey de Aragón.
Así es, Monseñor. Permitime hoy traer este lienzo, por el cual podréis tener una idea de él.


Rostro de trazos viriles, frente despejada, rubios cabellos y ojos azules que podrían ser dulces o salvajes. Doña Isabel enrojeció, sin osar preguntarse el por qué de su emoción...


...intuyendo quizá que había comenzado a amar inconscientemente al apuesto don Fernando...


Y días más tarde, la pregunta hábilmente preparada...
¿Por qué no aceptais por esposo a don Fernando de Aragón, ante testigos?


Porque necesito la licencia de mi hermano. Y antes de pedirla, quiero esperar...

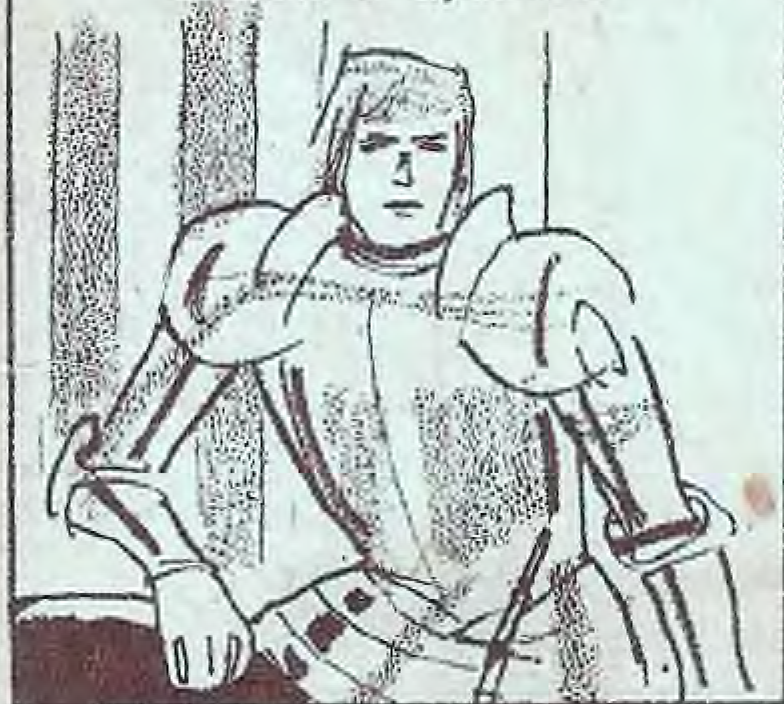

¿Qué aguardaba la Infanta? La inquietud del Arzobispo aumentó esa noche ante las palabras de un furtivo visitante.
Traté de no ser visto, pero estoy seguro que Villena tiene el camino cubierto de espías.


—La respuesta urge.
Lo sé. El éxito depende de la rapidez, pero ella no ha cedido aún. Os ruego que descanséis y me hagais el honor de compartir mi cena.

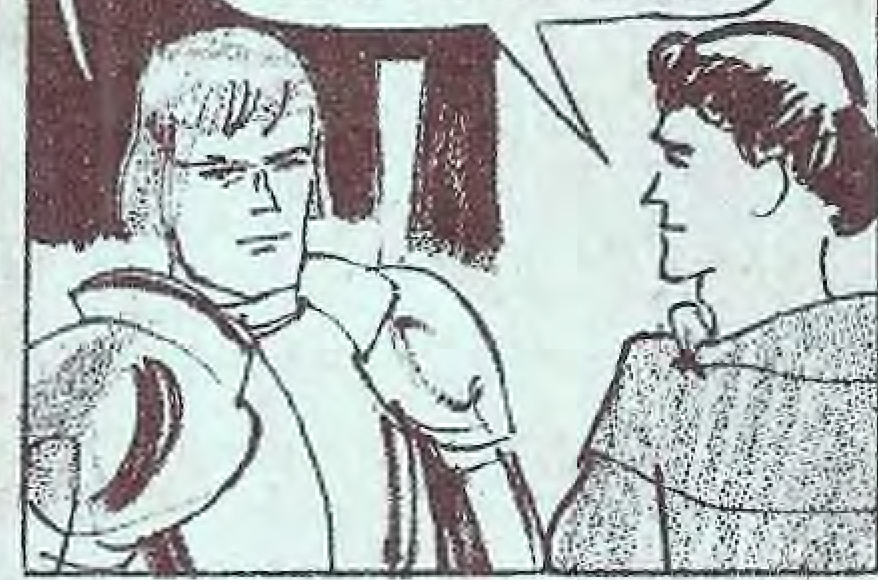

¿Quién era aquél personaje. al cual el Arzobispo trataba con tanto respeto? Quizá lo sabía el hombre que, amparado en las sombra, espiaba su salida...


Contuvo su indignación el marqués de Villena al ser informado...
Don Alonso Carrillo ha empezado sus tratativas con Aragón. Debo pues actuar rápidamente.


En efecto, el rey Juan II de Aragón, había enviado al Condestable de Navarra a requerimiento del Arzobispo, para tratar de las bodas reales, entre Isabel y Fernando...


...que en el ardor de sus diez y ocho años, soñaba ya con aquella muchacha destinada a ser su esposa, si Dios le ayudaba.


Por ello, mientras participaba en las justas, el príncipe pensaba en la Infanta de Castillo, lo cual siempre adivinaba Mosen Pero Vaca, su confidente y amigo...
No soñeis demasiado en lo que quizá no se realice...


¡Haré cualquier cosa por conseguir a esa princesa que tanta nobleza y valor ha demostrado!
También harán cualquier cosa por impedirlo quienes no desean este enlace. No lo olvidéis.


Se estrechaba el cerco en torno a doña Isabel. Y por fin, una mañana...
¡Cuánto ansiaba vuestro regreso, para saber el resultado de la importante misión encomendada a vuestra sagacidad! Hablad, por favor...


Habló el capellán de lo visto y observado en Portugal, Aragón y Francia. Que la prudente Infanta lo había enviado para saber cómo eran en verdad los tres aspirantes a su mano.
Entonces...


Temía y ansiaba a la vez la respuesta.
Don Fernando posee mayores cualidades. Y no hay duda que sería el vuestro un matrimonio bendecido por Dios.


Esa noche, doña Isabel oró con más fervor que nunca porque no se había equivocado al elegir en su corazón al príncipe aragonés. Más al siguiente día...


Llegarán los embajadores de don Alonso de Portugal, al que deseo toméis por esposo.


No podeís obligarme. Quiero a don Fernando...
No interesa esa unión ahora. Y debéis obedecerme, o de lo contrario os encerraré en un convento.


Su aspecto era más feroz que nunca y no atendió las súplicas de la hermana, porque el astuto marqués le había obligado a imponer a la Infanta ese matrimonio.


Su habilidad era grande en manejar negocios de Estado, pero dio un paso en falso al permitir que don Manuel de Sancho, quedara guardando a doña Isabel, ya que el noble caballero...


...pese a estar dolido por el silencio de doña Leonor, estaba dispuesto a hacer por ésta cuanto le pidiera, y así...


Sé que sevís al marqués de Villena, pero como noble, sois libre y si os placiera pasar al bando de mi señora...


Temo no comprenderos...
Ella necesita de ayuda y yo sé que puede confiarse en vos. Las amenazas del rey pueden cumplirse, por ello...


...el arzobispo ideó que don Alonso Palencia, hombre astuto, y Gutierrez de Cárdenas, maestresala de doña Isabel, vayan a Aragón...


...a buscar a don Fernando, para que ya aquí puedan casarse en secreto. Se necesita un hombre que no tema arriesgar su vida por la princesa...


...y espere en la frontera de Aragón con las lanzas que enviará el arzobispo para escoltar a don Fernando. Sé que vos podéis ser ese hombre.


Agradezco vuestra confianza en mi valor. Siempre fui fiel vasallo de doña Isabel y servía al marqués sin compromiso, por ello...


...puedo dejarle para ayudar a mi señora. Más ni una palabra habeis dicho demostrando que os importa mis sentimientos hacia vos.


Sois injusto. Confío que Dios aparte el peligro de vuestro camino, para que mi señora y también yo, podamos ser dichosas.


Cumplida la misión, importa poco mi vida, ya que vos no habeis querido unirla a la mía.
¡Oh! No hablemos de ello, don Manuel.


Días más tarde, se alejaba don Manuel, dispuesto a ayudar a la Infanta, más angustiado el corazón al pensar que doña Leonor no le quería y...


...la joven lo dejó partir así, porque aún no podía pensar en sí misma. De pronto, pensó que podría no verle nunca más...


Llegaron los embajadores de Portugal y despidiólos doña Isabel con evasivas. Enterado de ello Villena, hostigó al rey. Ambos se hallaban luchando en Andalucía...
Concertad la unión con Francia, y si también se niega...


No se atreverá. Y menos a casarse con don Fernando.
No sabía el rey del valor de su hermana y la intrepidez del príncipe aragonés.


—Presto estoy a acompañaros para casarme con doña Isabel. ¿Dónde está ella ahora?
Visitando en Madrigal a su madre, para pedirle consejo...


Cuando Mosen Pero Vaca, supo que quien mandaría las lanzas era don Manuel de Sancho, que había servido con Villena, desconfió...
Nadie debe saber el camino que seguiréis ni como iréis. Y se hará correr la voz de que partís hacia el Norte donde está vuestro padre.


—Diremos también que me enviáis a Castilla como embajador, con ricos presentes, que serán vuestro equipaje y vos iréis disfrazado.
Genial idea la vuestra. Cerca de la frontera, yo me adelantaré para reunir a los hombres del arzobispo Carrillo.


Y un fresco amanecer partió una extraña comitiva. Iba al frente Mosen Pero Vaca con los tres castellanos y en cierto lugar se unió a ellos don Fernando disfrazado de mozo de espuela y que por lo mismo, se unió a los otros que no pudieron ni sospechar su verdadera identidad...


La peligrosa aventura enardecía al valiente príncipe, pero causaba desazón a doña Isabel, presta a partir hacia Valladolid, lugar de reunión.


Gracias, madre mía, por vuestros consejos.


Adios, hija mía. Minha Rainhazinha. ¡Malhaya el rey que tiene favoritos! Recuerda siempre eso...
¡Pobre madre mía!


Consejo de una reina encerrada por trastornada, que tanto sufriera por haber tenido su esposo por favorito a don Alvaro de Luna y que hizo que el reino de Isabel se viera libre de ellos.

Valladolid. Días de espera angustiosa, para la Infanta y su dama más joven.

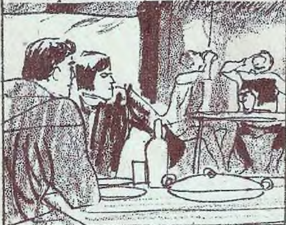


Todo parecía dormir en la aldehuela, más en la venta se les sirvió comida que don Fernando consumió en plato de estaño junto a los otros mozos.





Desazonado estaban los caballeros, pudiendo apenas probar bocado, al ver comer al futuro rey de Aragón con aquellos mozos de espuela...



...cual si uno de ellos fuera y no los consolaba saber que todo ello se había planeado para evitar posibles atentados.



Reanudóse el viaje acordando que se adelantara don Manuel para ir al encuentro de los guerreros, lo cual no complació a Mosen Pero Vaca que seguía teniéndole cierta prevención.



Por fin el Burgo de Osma estuvo a la vista y un capitán se acercó a la comitiva, el cual, tras decir el santo y seña los saludó.





Frunció el ceño el desconfiado aragonés. Bien podría don Manuel haber ido a avisarles y preparar una emboscada, más no había tiempo de averiguarlo.



Medianoche del 14 de Octubre en Valladolid. Dormía la ciudad bajo un cielo nublado, y al amparo de las sombras cinco encapuchados se acercaron a la casa de don Juan Vibero.



Abrióse un postigo y penetraron en un patio donde salió a recibirlos el arzobispo con seis pajes que daban a la escena un inquietante aspecto.



Bajáronse las caperuzas que cubrían los rostros...







Espera angustiosa, especialmente para doña Isabel y su joven dama. La princesa, no había querido arreglarse demasiado y sobre su vestido negro sólo llevaba el collar de diamantes que por el Condestable le enviara don Fernando.



A esa misma hora, Villena rasgaba la nota recibida y su palidez hablaba de su ira contenida.



Nada sabía el marqués, empero, de la cita concertada en casa de Juan Vibero, ni podía imaginarse que don Fernando entraba en ese instante en Valladolid.



El centinela aguardaba. Y al ver que dos hombres se acercaban a la puerta, los insultó desde el adarve. Le habían ordenado abrir sólo a don Manuel de Sancho y su escolta.





Luego, al ver que no se retiraban, arrojó una enorme piedra sobre ellos. Don Manuel empujó al príncipe y lo cubrió con su cuerpo.



Incidente fue aquél que pudo haber cambiado el destino de una nación. Incidente que queda registrado en la historia como lección para pensar que un simple hecho imprevisto puede desbaratar los planes mejor elaborados y terminar con los hombres más poderosos.



Daba señales de angustia e impaciencia doña Isabel, cuando por fin abrióse la puerta de la sala, y el príncipe Fernando, con el arzobispo y sus acompañantes se presentó ante ella.



El impetuoso guerrero perdió parte de su aplomo al ver a la que sería su esposa. Allí estaban, frente a frente, un hombre y una mujer, mirándose a los ojos.



¿Qué ocurrió entonces? Enrojecieron ambos y una sonrisa borró el efecto de la pomposa presentación. Con ardor de enamorado, besó él la blanca mano.




Otro hombre y otra mujer se miraban en ese instante a través de la extensión de la sala. Grave él, angustiada ella...
¿Habrá dejado de quererme?
Sólo le importaba mi ayuda...


Pese a lo avanzado de la hora, más de dos duró aquella entrevista secreta, durante la cual doña Isabel y don Fernando comprendieron que ya nada los separaría nunca. Eran sensibles y fuertes Apasionados, enérgicos, pero serenos. Complemento uno del otro.


Tuvieron que despedirse...
Mañana haré mi entrada oficial. Iré a saludar a mi abuelo y luego vendré a presentaros mis respetos.


A primera hora escribiré a mi hermano. Tres candidatos me propuso, y al haber elegido a uno de ellos, no he desobedecido...
Habilidad de reina, que olvidaba las últimas amenazas del rey, para llevar a cabo la unión deseada, antes de que pudiera ser impedida.


Amanecía el 18 de octubre y el 19 se celebraría la boda. Nadie pensaba en dormir y por ello...
¿Partiréis mañana?
Vos lo habéis querido así. ¿Qué puede retenerme?


Nada. Como a mí... Ambos hemos cumplido con nuestro deber. Mi señora es ya feliz, también puedo partir.
¿Qué quereis decir con ello?


Una dulce sonrisa aceleró los latidos del corazón del caballero.
¿Quereís todavía ser mi esposo, don Manuel?
¿Podéis dudarlo acaso?

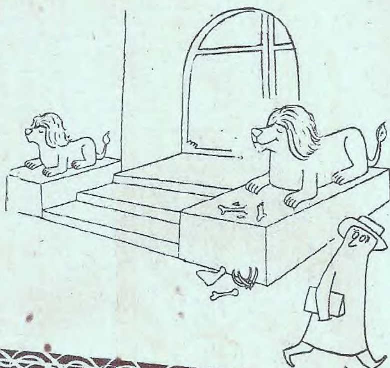

No cabían ya más dudas entre ellos. Y don Manuel supo del amor de la joven y su bondad, que antes que en su propia felicidad pensara en la de su señora


En adelante eran libres para labrar la propia y concertaron su boda para una semana después de la que al siguiente día tendría lugar...


Más tapices y profusión de flores en el salón del palacio de los Vibero. Un sencillo altar y ante él, dos novios emocionados. Nobles, guerreros y más de dos mil testigos de todos estados y profesiones...


Isabel y Fernando... Las intrigas de Villena y otros nobles pusieron a prueba su tenacidad y valor, hasta que, muerto Enrique IV en 1474, subió ella al trono de Castilla. España estaba unida y ya se vislumbraba aquella nación poderosa en la que hubo un tiempo en que en sus dominios no se ponía el sol.
FIN

SIN PALABRAS





¿QUIÉN ES CULPABLE?

Por A. HERZEN

Adaptación — Dibujos de MARIUS

Intervalo Album 52 - 1962

Nació este singular escritor ruso en Moscú, en 1812. Se educó bajo la influencia de un emigrado francés, un preceptor alemán y un maestro moscovita, y su espíritu se nutrió en la rica biblioteca de su padre, formada en su mayor parte por las obras de los filósofos franceses y alemanes del siglo XVIII. Enamorado de la libertad, fue uno de sus apóstoles, y conoció desde muy joven la cárcel y el destierro. Pasó gran parte de su vida fuera de su patria, escribiendo y luchando siempre por sus ideales. Trató con frecuencia temas políticos y filosóficos, en un estilo de gran belleza literaria. La novela que hoy ofrecemos a nuestros lectores es una excepción en su vasta obra. Murió en París, en 1870.

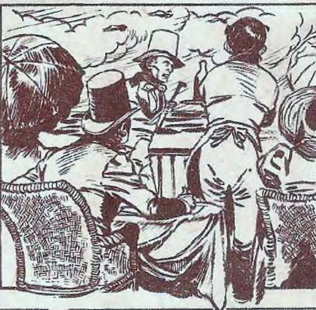
Con motivo de las elecciones para la nobleza, llegó a la ciudad rusa de N. un personaje casi olvidado en la región: Vladimir Belltov. El propietario de Campo Blanco, vastísima propiedad así denominada, que se extendía cerca de la ciudad era casi un mito y de él solían contarse todo género de cosas imposibles. Ultimamente se decía que había marchado a Francia y de allí a América, de donde se suponía que no había de volver nunca. Y de pronto aparecía ante la sociedad de N. como una hoja sobre la hierba. Venía en busca de votos para las elecciones. Debía de contar unos treinta años de edad. Vestía con sencilla elegancia, a la moda europea de aquellos días de 1830. Delgado, esbelto, contrastaba la expresión de bondad de su mirada, con sus labios burlones. Se observaba en él manifiestamente un hombre ordenado y un audaz, como consecuencia de largos pensamientos dolorosos e intensas pasiones, las cuales parecían que no habían conseguido domeñarlo.



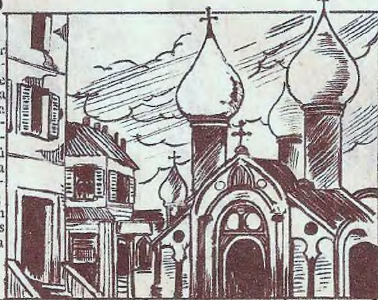
No voy a contaros ahora toda la historia de mi héroe. Diré en breves palabras que después de haber bebido el amor, con lo que derrochó mucho de su propia vida, y tras algunas letras de cambio, con las que derrochó también una parte muy crecida de su fortuna, abandonó Petersburgo marchándose al extranjero; en tanto, su madre —era huérfano de padre desde muy niño —se retiró a vivir en Campo Blanco.



En una de sus últimas cartas, el hijo le comunicaba que, cansado de su ocioso vagabundeo por Europa y deseoso de ocuparse en algo, había decidido volver y tomar parte en las elecciones. "Mañana partiré de aquí —le escribía desde Ginebra;— pienso permanecer un mes a orillas del Rin; de allí, directamente a Tauroguen, sin detenerme. Alemania me aburre muchísimo. En Petersburgo y Moscú visitaré a los conocidos y marcharé luego al lado de usted, amorosa madrecita, en Campo Blanco."



Sólo que, en vez de ir a vivir a su propiedad rural, se quedó en el hotel Keresberg, de la ciudad. Desde la ventana de su habitación se ofrecía a sus ojos una vista encantadora de aquella pequeña capital de provincia, con su atalaya de severas líneas; la vetusta catedral, de estilo bizantino; la casa de gobierno; las casas aristocráticas, con ventanas italianas en todos los muros, habitaciones para los criados y caballerizas.



Después de varios días que Belltov pasó dedicado por completo a la lectura, estudiando el reglamento para las elecciones de nobles, se dispuso a hacer las visitas de rigor, vestido con todo atildamiento. Pronto comprendió que tenía perdida de antemano la partida, si bien eso no le impidió ir hasta el fin. Se sintió aislado por la hostilidad general. No es difícil adivinar la causa de la antipatía hacia Belltov. Los propietarios y funcionarios constituían más o menos círculos cerrados, de parentesco, de intereses, de opiniones, de costumbres, como los propietarios y funcionarios de todo el imperio.



Belltov, de gustos distintos de los demás; lector de libros antiguos y modernos, cuando ellos se ocupaban de cosas útiles; viajero que había recorrido Europa, extraño en su propia casa; aristócrata a su manera y hombre del siglo en sus actitudes, ¿cómo había de ser aceptado en una capital de provincia? Por añadidura, no aceptó desde su llegada jugar ninguna partida de billar, lo que para muchos constituía casi una ofensa. Vagaba Belltov por las calles de la ciudad, aburrido de su vida inactiva, con las manos metidas en los bolsillos, cuando por la ventana de una de las casas ante las cuales cruzaba pudo contemplar un precioso cuadro familiar con todos los rasgos de felicidad posible sobre la tierra. Un cuadro ante el cual quizá estéis dispuestos a reconocer que no existe nada más bello en la vida.



En una pequeña habitación limpísima se hallaba Simón Ivanovich Krupov, inspector de la administración sanitaria de N. y médico notable. Liubonka, joven esposa de Dimitri Yakovlevich, profesor del Instituto de la misma ciudad, llenaba la pipa del anciano, mientras su marido, tranquilamente sentado en una butaca, miraba alternativamente a su mujer y al inspector, que había hecho de aquel hogar su refugio favorito de viejo solterón.



Momentos después penetró en la habitación un chiquillo de tres años, saltando, y se dirigió directamente al doctor Krupov, a quien quería mucho, y se apoderó de su reloj de repetición. —¡Salud, Yachu! —dijo el inspector, sentando a su amiguito sobre las rodillas y dejándole que jugara con el reloj.



Simón Ivanovich Krupov había llegado soltero a los sesenta años, enemigo siempre del matrimonio y detractor de la vida familiar, habíase opuesto a su tiempo a que Dimitri se casara con Liubonka. Pero, según él mismo decía, contemplando el cuadro de la vida conyugal de éstos, se había reconciliado un tanto con la vida de familia. Y agregaba. —Por primera vez he encontrado la felicidad en un matrimonio, fuera de las novelas y poesías. Ya era hora de que hallase un ejemplo. Terminada su visita de aquel día al feliz matrimonio, Krupov entregó el niño, que se había dormido en sus brazos, a la madre, tomó su gorra y, abrochándose lentamente la levita, dijo: —Se me olvidaba contar a ustedes con quién he hablado estos días: un hombre extraordinariamente interesante.



Probablemente con Belltov. Su llegada ha emocionado a todo el mundo, de tal modo que hasta yo misma me he enterado.



—¡Belltov! El apellido me es conocido. ¿No estaba en mi tiempo en la Universidad de Moscú? Belltov terminaba cuando ingresé yo —dijo Dimitri. —El mismo, el mismo.



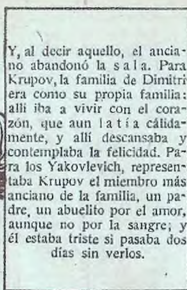
Aun me acuerdo de él, aunque nos tratamos poco.



Me parece que se alegraría mucho de ver a usted. Encontrar en este desierto un hombre de cultura es un verdadero tesoro. Belltov necesita de la conversación y se enferma en la soledad de este desierto.


Si no le parece a usted mal, yo mismo iré a visitarlo.
No, espere, no se apresure; es demasiado rico para que vaya usted primero; mañana se lo diré y, si quiere, vendré con él.


Traiga mañana a Belltov; tanto he oído hablar de él, que estoy ansiosa por conocerlo.
Cierto que vale la pena.


Y, al decir aquello, el anciano abandonó la sala. Para Krupov, la familia de Dimitri era como su propia familia: allí iba a vivir con el corazón, que aun latía cálidamente, y allí descansaba y contemplaba la felicidad. Para los Yakovlevich, representaba Krupov el miembro más anciano de la familia, un padre, un abuelito por el amor, aunque no por la sangre; y él estaba triste si pasaba dos días sin verlos.


Al siguiente, después de la comida, vino Krupov en su gran trineo, con Belltov, a casa de Dimitri. Este se hallaba un tanto turbado por que había oído a Krupov acerca de los viajes al extranjero y las riquezas de Belltov.


Pero las palabras del recién llegado fueron francas y sencillas, y poseía Belltov ese tacto delicado propio de las gentes perfectamente educadas y de alma cariñosa, de suerte que no había pasado media hora cuando ya se estableció la amistad.


Recordó Belltov con Dimitri Yakovlevich los años universitarios, innumerables anécdotas estudiantiles, los sueños de aquella época y las esperanzas. Hacía mucho que no sentía consuelo tan íntimo, y agradeció afectuosamente a Krupov, por haberle deparado aquel conocimiento, cuando se dirigían al hotel Keresberg.

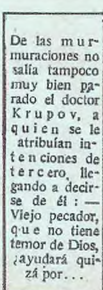



Al día siguiente, en las casas de la ciudad de N. donde había niñas casaderas para quienes madres y tías habían pensado en Belltov, se comentaba su visita, en compañía del doctor Krupov, a la casa del profesor Dimitri Yakovlevich. Y los comentarios no eran nada piadosos.


¿Con Krupov a casa del profesor?
Sí, madrecita, el profesor del Instituto, que explica...


—"¡Ah, vamos, es allí adonde va! Desde el principio me había parecido un hombre pervertido.
- Como que ha vivido en París. ¡Figúrese qué moral habrá allí!"


¿De modo que hace la corte en casa del profesor? ¡Una preciosidad! ¡Así está nuestro siglo!
¡Lástima de marido! Dicen que es un hombre muy bueno. Pero ¡hay que ver de dónde viene ella!


De las murmuraciones no salía tampoco muy bien parado el doctor Krupov, a quien se le atribuían intenciones de tercero, llegando a decirse de él: — Viejo pecador, que no tiene temor de Dios, ¿ayudará quizá por...



..."obtener dinero de Belltov? Y ¿ para qué le sirve esa asquerosidad de dinero? Solo, sin parientes, no da limosna a ningún pobre. ¡La avaricia maldita! ¡Judas Iscariote! Y al fin morirá como un perro."

Al mismo tiempo que estas honorables damas se ocupaban de Krupov con intención tan tierna y delicada, Belltov se hallaba sentado en su habitación del hotel, pensando con tristeza en algo que oprimía su alma. La melancolía de éste no tenía relación con las murmuraciones que acabamos de transcribir. Los últimos días se había desarrollado en él un sentimiento confuso que lo atormentaba y que no podía definir.



¿Qué le aportaría lo futuro? Una niebla se levantaba delante de él. Aburrimiento, monotonía. No era posible llegar así a la vejez. Todo cuanto había emprendido lo dejó a medio hacer. Y todo había concluido en la ociosidad y el aislamiento... En esto discurría cuando el hilo de sus pensamientos amargos fué roto por Simón Ivanovich Krupov.









Pero ¿qué es lo que lleva a Belltov a casa del modesto profesor? ¿Ha encontrado en él un amigo, un hombre de franca simpatía, o está, en realidad, enamorado de su mujer? El mismo, con el mejor deseo, encontraría dificultad para responder sinceramente a esa pregunta. Había intimado mucho con ellos. La vida silenciosa y tranquila de aquel hogar representaba algo nuevo y atractivo para Belltov.



Habían terminado las elecciones con sus comidas y sus bailes. Belltov, como podrá comprenderse, no fue elegido, y permanecía en N. con el exclusivo objeto de terminar cierto pleito. Pueden ustedes juzgar lo aburrido que debía resultar N. para este hombre, si no fuese por los Yakovlevich.

Es difícil explicar el carácter de Dimitri. Naturaleza tierna y amable en grado máximo, alma candorosa y pura, era imposible dejar de quererlo, aunque su sencillez pudiera confundirse con la inexperiencia de un niño. Sería también difícil hallar un hombre que desconociera más la vida práctica. La realidad le había mostrado, siendo muy joven, su lado desagradable, y se recluyó cada vez más en el mundo de los sueños. ¿Será preciso que digamos cómo quería un hombre así a su mujer? Su amor crecía incesantemente, tanto más cuanto que nada lo distraía; no era capaz de estar dos horas sin ver los ojos azules de su mujer; temblaba cuando su ausencia se prolongaba más de lo preciso; en una palabra: todas las raíces de su existencia estaban en ella.



Las discusiones con Krupov se prolongaban desde hacía cuatro años, con ese carácter propio de la provincia: en ese tiempo se reunían diariamente, tratando siempre las mismas cosas. Dimitri se mostraba defensor del espiritualismo, y Krupov mantenía su punto de vista médico-materialista. Tal era el curso de la vida de nuestros amigos, cuando de pronto apareció otro personaje de naturaleza activa interna, abierto a todas las cuestiones contemporáneas, enciclopédico, dotado de pensamientos audaces y penetrantes.

Sin embargo, Belltov, que éste era el nuevo personaje, no pudo eximirse de la influencia de la mujer de Dimitri. Naturaleza fuerte, sin ocuparse en nada especial, fue casi incapaz de defenderse contra la influencia de la mujer enérgica. Era difícil permanecer independiente ante el dominio moral de aquella juvenil figura femenina.



Cierto que, apasionado por naturaleza, Belltov se había dejado seducir fácilmente por cualquier coqueta de cara bonita; pero nunca había sentido influencia semejante a la de ahora.



Desde que comenzó a frecuentar la casa de los Yakovlevich, Belltov se propuso hacer la corte a la señora de Dimitri. Para ello disponía de ricos medios, pues si las circunstancias no le permitían ofrecerle espléndidos regalos para asombrarla, en cambio...

...su lenguaje era diestro, elegante y peligroso; entendía todo lo que hace enmudecer a las conciencias provincianas; pero el sagaz Belltov observó con presteza que la galantería trivial no era cebo apropiado para aquel caso.



La mujer se presentaba ante él, en aquel lugar apartado, tan sencilla, tan ingenuamente natural y con tal plenitud de fuerza y de inteligencia, que a Belltov se le pasó pronto el deseo de intrigarla. Era difícil disponer un asalto contra ella, puesto que ella en ningún momento se defendía ni aun se ponía en guardia; pero otras relaciones más humanas acercaron muy pronto a la señora de Dimitri y Belltov.





Liubonka comprendía su dolor, comprendía el fermento que lo atormentaba, y desde que lo comprendió ya no pudo mirarlo sin interés, sin gran simpatía, y al mirarlo penetraba más y más en su conocimiento; cada día llegaba a descubrir nuevos aspectos de aquel hombre, destinado a matar dentro de sí mismo una extraordinaria riqueza de amor y comprensión.



Belltov apreció desde luego la diferencia entre la moralidad, a su manera, de Krupov; la compasión romántica y dispuesta a derramar lágrimas de Dimitri, y el tacto que observaba en su mujer. Muchas veces, cuando se hallaban los cuatro en la habitación, Belltov hablaba con un convencimiento íntimo de cosas que los demás no acababan de aprobar; pero si...

...miraba a Liubonka se daba cuenta de que era plenamente comprendido por ella. Y esta especie de simpatía no construía ni destruía nada: expresaba simplemente el hecho de formarse una fraternidad entre dos almas.



Entre las curiosidades que llaman la atención en la ciudad de N. se encuentra el jardín público. Los domingos y días festivos allí podríais encontrar a toda la ciudad de seis a nueve de la noche; pero en los días de trabajo se hallaba el jardín completamente desierto. El gobernador anterior había mandado cortar los viejos tilos; pero la naturaleza seguía pujante y recubrió de nuevo los costados desnudos de la alameda. En cambio, por los pequeños caminos crecían las plantas libremente y se entrelazaban las ramas formando deliciosos rinconcitos.



Uno de esos días calurosos del mes de abril, que sirven tal vez para que los habitantes de N. comprendan el frío de mayo, paseaban por esos caminos cierta dama y un caballero. El jardín se hallaba sobre un montículo, en cuya cumbre misma había dos banquitos, hechos por un artista anónimo. La dama y el caballero, que no eran otros que Liubonka y Beltov, tomaron asiento en uno de ellos.



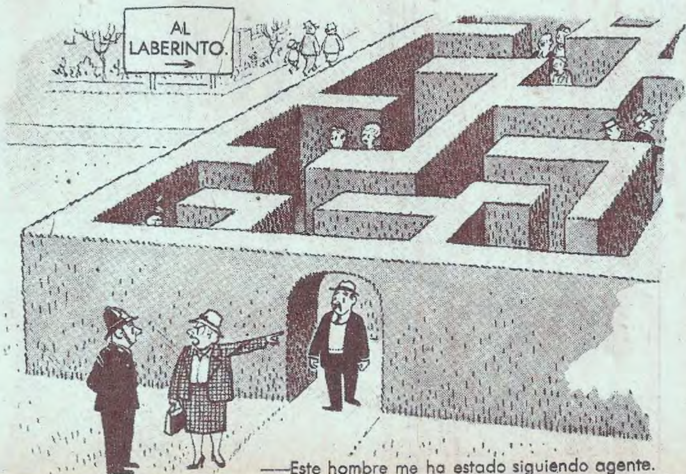
La vista era muy bella. Un largo y gracioso camino pasaba junto al parque y descendía hacia el riachuelo, que se había desbordado; en ambas riberas se veían coches arrastrados por caballos, mujeres con paquetes, soldados y burgueses; los carruajes más diversos, llenos de gente, avanzaban despacio. Hasta ellos llegaba un rumor de voces, un cantar lejano.





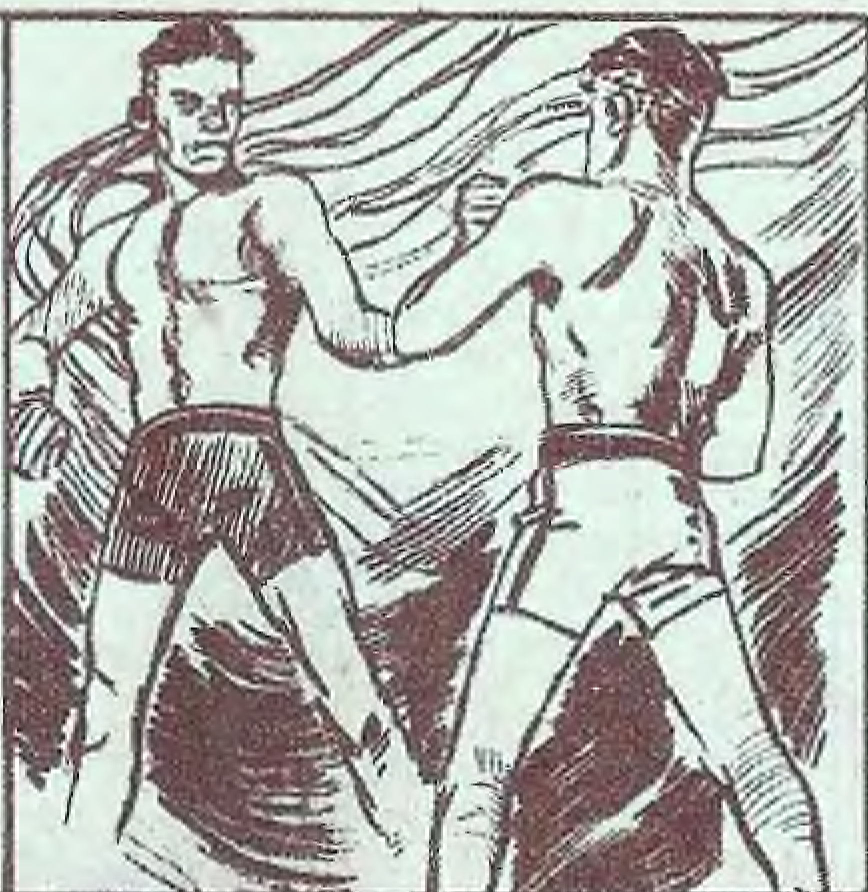


SIEMPRE LAS MISMAS



—Este hombre me ha estado siguiendo agente.

"En nuestras relaciones con los hombres —agregó— tenemos siempre una segunda intención que convierte en repugnante prosa las relaciones más poéticas. El hombre ve siempre un enemigo en otro hombre, a quien trata con engaño y astucia y a quien se une en condición de armisticio. ¿Qué goce es posible de ese modo? Casi ninguno."







Beltov, cuya voz cambiaba poco a poco, debido a la agitación interna, no pudo resistirse a poner como ejemplo de lo que acababa de decir sus propias relaciones. —Desde los primeros días de nuestro conocimiento —le dijo—, la quiero a usted. ¿Es amistad o amor? Lo que sé es que su presencia se ha convertido en una necesidad para mí. Usted misma participa de este sentimiento, estoy seguro, y, sin embargo, también procura ocultarlo...









"De ese modo lo ha defendido mal —agregó—. Si el amor le concedió tal derecho, ¿por qué el amor sincero, profundo, de otro no tiene derecho semejante? ¡Es terrible!... Escuche, Liubonka: seamos una vez en la vida plenamente francos; después no volveré a decir nada y me alejaré, si usted lo quiere. Adéntrese más en su alma y contemple lo que allí pasa."







Belltov movió la cabeza y pestañeó; su rostro, un momento antes lleno de entusiasmo y expresión de ternura infinita, volvió a enmascararse con una sonrisa burlona. —Es usted un hombre terrible —balbuceó la pobre señora Yakovlevich y elevó hacia él su mirada tímida.

Sostuvo Belltov su mirada y preguntó: —¿Dónde se habrá metido Krupov? Dijo que vendría en seguida. ¿Nos estará buscando en las otras alamedas? Vayamos a su encuentro. Está oscureciendo.



Ella no se movió del sitio, ofendida por las últimas palabras. Después de un instante de silencio, volvió a elevar la vista hacia Belltov y lentamente, suavemente, como si recitara las palabras de una oración, le dijo: —Me he rebajado ante sus ojos; usted se ha olvidado de que soy una débil mujer.



En seguida, como siempre, el amor y la mujer suplicante vencieron al hombre orgulloso. Belltov, emocionado en lo profundo de su alma, tomó su mano y la apretó contra su pecho, y ella sintió los latidos de su corazón y las lágrimas que caían sobre su mano. También la sangre hervía en ella. En un impulso irresponsable lo besó, y sus lágrimas fluyeron sobre el chaleco parisiense de Vladimir.



Casi en el mismo instante se oyó la voz de Krupov: —¿Dónde están ustedes? —gritó. —Aquí —respondió Belltov, que se hallaba embriagado de felicidad, y, dando la mano a Liubonka, fueron a reunirse con el doctor y emprendieron juntos el regreso.





No se atrevía a comprender ni a recordar siquiera lo que había sucedido. Pero, apenas pensaba en ello, sentía arder todo su organismo en una fiebre en que se continuaba el beso en sus labios; quería olvidarlo, y era tan hermoso que por nada del mundo renunciaría a aquel recuerdo. El doctor Krupov deseaba marcharse; pero Liubonka se asustó y suplicante lo hizo entrar con ella, que ya temía atravesar sola el umbral de su propia casa.





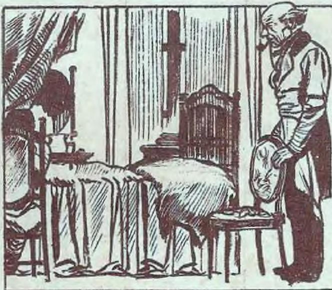


Sin embargo, al decir esto temblaba todo su cuerpo y parecía a punto de desfallecer. Dimitri la hizo acostar. El doctor la auscultó y ordenó que se le pusieran unos sinapismos. Por dos o tres horas, Liubonka, atormentada...





...por fuera con los sinapismos y por dentro con su conciencia, como castigo por el beso que había dado a Belltov, permaneció en la cama en profundo sueño letárgico. La conmoción fue violenta, y el organismo no pudo resistirla.



Krupov se echó en el diván de la antesala sin desnudarse. Permaneció allí no sólo por la enferma, sino también por Dimitri mismo, que había perdido la presencia de espíritu y, pálido y descompuesto, no atinaba a separarse de la cabecera de su mujer.

A las siete y media de la mañana, hora en que se levantaba Krupov todos los días, abandonó el diván. Revisó nuevamente a la enferma, dijo que se trataba de una ligera fiebre de resfriado y añadió que era la epidemia de la época.



Si Belltov no hubiera venido a la ciudad de N., la familia de Dimitri Yakovlevich habría vivido muchos años felices en paz y concordia; cierto que esto no basta para consolarnos. Cuando el incendio tuvo lugar en nuestra casa, se me ocurrió pensar que si no hubiera saltado la primera chispa no se habrían producido las llamas, y aquella casa habría seguido en pie muchos años y allí habría vivido alegre; mas ahora es un montón de escombros. Cuando hubo pasado la enfermedad de su mujer, el pobre Dimitri notó muy pronto que Liubonka estaba preocupada por alguna idea; se había tornado pensativa, inquieta. En su rostro se observaba más orgullo y más fuerza que nunca. Al marido se le ocurrieron diversas explicaciones, extrañas, increíbles; en su interior se rió de ellas; pero no cesaban de volver a su imaginación.



Una vez se hallaba sentado con Yachu, cuando de pronto llamaron a la puerta, y alguien preguntó: —¿Está en casa? —Es Belltov—dijo Dimitri, levantando la vista, y sus ojos vieron que Liubonka se sonrojaba ligeramente y que su cara se animaba. Sabía muy bien que su mujer tenía gran amistad con Belltov, lo cual no lo asombraba; pero aquella mirada, aquel sonrojo...



"¿Es posible?" —pensó. Y volvió a fijarse en lo que sucedía. Belltov acarició a Yachu, pero su mirada tierna y apasionada reposaba en la madre. Un ciego hubiera leído el amor, amor fogoso, y, más aún, amor feliz. Ella, con la vista baja, la mano algo trémula, parecía sentirse muy dichosa. Dimitri dijo algunas palabras y se fué a otra habitación.



Se preguntó a sí mismo, asustado, si aquello podía ser posible. Y en su cabeza se formó tal confusión, los oídos le golpeaban de tal suerte, que se precipitó sobre la cama. Empezó a recordar diversas pequeñeces a las que a su tiempo no prestó atención alguna y que le parecían como prueba y confirmación. "Sí, lo quiere." Y, cuando hubo llegado a esta conclusión, aterrorizado, procuró luchar contra este pensamiento, que, tenaz, furioso, se apoderaba de su mente de un modo loco, desesperado.





Aquella noche no pudo dormir. Sintió gran deseo de llorar, y le faltaron las lágrimas. El sueño cerró unos instantes sus ojos, y en seguida volvió a despertar bañado en sudor frío: soñaba que Belltov caminaba de la mano con Liubonka, envolviéndola en su mirada de amor; y ella lo seguía, y él comprendió que era para siempre.

Se levantó. Alboreaba. Ella dormía. Su rostro aparecía tranquilo, y de pronto se dibujó una sonrisa en sus labios. "Lo ve en sueños" —pensó Dimitri. Y la miró con tal fiereza, que a no ser por sus costumbres pacíficas, propias de nuestro siglo, la habría ahogado, como el moro de Venecia. "¡Dios mío, Dios mío, cómo paga mi infinito amor!" —dijo para sí, y se acercó a la camita de su hijo.



Yachu, extendido, tenía su manita puesta bajo la mejilla y dormía. "¡Pobre Yachu! ¡Cómo se parece a ella! ¡Dios te proteja!" Y se echó a llorar. Las lágrimas y la presencia del niño aligeraron un tanto su alma, trayéndole otras ideas distintas. "Pero ¿tengo razón en culparla? ¿Acaso ha querido ella enamorarse de él? Y además él... ¿Acaso no lo quiero yo mismo?" Y nuestro soñador, locamente celoso hacía un instante, determinó sacrificarse con el silencio.



"Que ella sea feliz, que conozca mi sacrificio de amor; basta que yo la vea y sepa que existe; seré su hermano, su amigo." Y lloró de emoción, y se aligeró su pecho una vez decidido a una heroicidad gigantesca, a su sacrificio ilimitado, y se consoló con la idea de que ella se conmovería ante aquel sacrificio; pero aquello sólo eran momentos de tensión anímica; en menos de dos semanas, transformado, cayó bajo el cuchillo de aquella carga. Intentó más que nunca ocuparse en el trabajo; pero la ciencia no le entraba en la cabeza, no leía los libros, o si los leía, su imaginación era atraída por el recuerdo de su situación, y sus lágrimas caían sobre las páginas de algún tratado científico.



En su alma se formó como un desierto que se agrandaba cada hora, y la vida en su casa se le hacía imposible. Comenzó a buscar un medio de distraerse.



El día de San Juan celebró su santo Iván Medusin, catedrático de lengua latina. Los invitados se reunieron a las siete. Medusin dio el ejemplo, bebiendo incesantemente de todo lo que había preparado Pelagia, su mujer: ponche y cerveza, vodka y "santurinski", y hasta hidromel. Sólo Dimitri, cuya presencia honraba la casa del anfitrión, no participaba de las ruidosas libaciones.



Estaba sentado en un ángulo del salón y fumaba su pipa. La mirada penetrante de Medusin se fijó por fin en él.



—No quiero verte así —le dijo Medusin —, es preciso que bebas. Y volviéndose a su mujer le ordenó: —Pelagia, dale un vaso de ponche, eso fortalece. Pelagia trajo un vaso de "kisliarka" que bastaría para emborrachar a un difunto. Y Dimitri tomó el vaso, esperando la ocasión de beber un poco y tirar las tres cuartas partes del contenido por la ventana abierta.



Pero aquello no era fácil, porque Medusin vino a sentarse a su lado. Y le habló así: —Te digo sinceramente, Dimitri: me das pena; a tus años, y siempre encerrado en casa; cierto que tienes mujer joven y guapa, pero concederás que hay otras cosas que ver en el mundo. A espaldas de ellos, se hallaban el profesor de francés y el profesor de alemán, quien acababa de vaciar un vaso de cerveza.





Ni uno ni otro prestaron atención a Dimitri y prosiguieron su diálogo en alta voz. Se comprende que Dimitri no tenía el menor deseo de escuchar lo que decían; pero el apellido de Belltov, pronunciado casi a gritos, lo atrajo e instintivamente se interesó por lo que decían. Hablaba en aquel momento el francés, que pronunciaba el ruso con sonidos nasales y erres francesas.



El alemán, que tardó un poco en encontrarle la gracia a lo que había dicho el francés sobre Adán, soltó la carcajada y pronunció algunas palabras como para aclarar que había comprendido perfectamente la alusión, y...



...a oídos de Dimitri llegó claramente su apellido. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería posible que lo que él juzgaba un secreto, lo que él no se atrevía a confesarse ni a sí mismo, se hubiese hecho público? A Dimitri le parecía que estaban cavando en su pecho y que se llenaba de sangre, la que subía más y más hasta derramarse por su boca. Se le iba la cabeza.



Dimitri seguía oyendo las observaciones del profesor de francés al alemán. Los dos reían. Comprendió perfectamente de qué se trataba, bebió de un trago el vaso que le había dado Pelagia y soltó una carcajada.



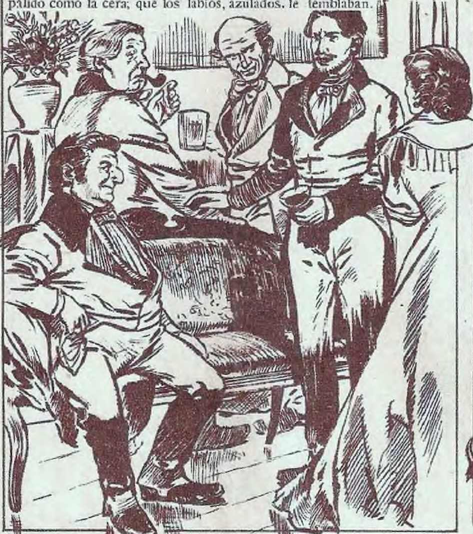
CARCAJADAS



—Ya es demasiado tarde para sacar la mano.



—¡Así me gusta, Dimitri! ¡Bravo!¡Bebe otro vasito!—exclamó Medusin, y ordenó a su mujer que se lo trajera. Se lo trajo, y Dimitri lo bebió como un vaso de agua. Nadie dejó de observar que estaba pálido como la cera; que los labios, azulados, le temblaban.



Dimitri volvió a su casa tarde y embriagado. Liubonka nunca lo había visto en aquel estado. Pálido, los cabellos en desorden, penetró en el dormitorio.





Ella le ofreció un vaso de agua, y él contestó: — Si me trajeras agua suficiente para ahogarme, te lo agradecería mucho. La mujer lo miró de frente, y él sonrió, diciendo, como atemorizado por su mirada: — No hagas caso, por Dios: he mentido; yo mismo no sé cómo he bebido un vaso más de la cuenta...

Se echó vestido sobre el diván y pronto dormía con pesado sueño. Ella no pudo dormir en toda la noche. Se veía en el rostro de Dimitri, durante el sueño, un sufrimiento intensísimo. Contemplándolo, Liubonka decía para sí: " No, tú me engañas. No te has descuidado en beber un vaso de más, ni tus palabras son productos del alcohol; éste sólo ha servido para darte la audacia de que carece en absoluto tu alma. ¡Dios misericordioso! Esto es superior a las fuerzas humanas."



Al día siguiente tuvo Dimitri una larga conversación con Liubonka; ella volvió a elevarse ante sus ojos hasta una altura inaccesible; estaba dispuesta a comprenderla y apreciarla. Pero entre ellos permanecía una horrible idea: la de evitar que se tocase "aquella cuestión". Tampoco él le dijo ni una palabra acerca de ello; sufría al hablarle y se fue lo más pronto posible al Instituto.

Todo cambió. Quería huir de casa. Comprendía el dolor de ella, que sufría tanto como él, aunque ocultaba aquel sufrimiento por amor... "¡Por amor hacia mí! —exclamaba para sus adentros—. Pero ¿acaso me quiere? ¿Es posible amar los obstáculos que encontramos en el camino de la felicidad? ¿Por qué no le he descubierto que lo sé todo? ¿Qué hacer? Huir, huir. ¿Adónde?"



A las diez se presentó Simón Krupov en el saloncito del hotel Keresberg. Paseó de aquí para allá con cara preocupada y muy enfadado. Cinco minutos después se abría la puerta de la habitación de Belltov, y aparecía éste, que acababa de levantarse, lo invitaba a pasar y decía al advertir el aire gruñón del anciano: —Parece que se ha levantado usted hoy temprano de la cama y ha pisado con el pie izquierdo.



Cuando me levanté pisé con el pie con que deseaba. Siento mucho tener que decirle verdades amargas, pero yo mismo he sufrido al enterarme de ellas.



Veo que se halla fuera de sí; de todos modos, pongamos por condición que no ha de emplear términos ofensivos, cuyo efecto sería terrible para mí.

—Está bien —comenzó a hablar Krupov—; seré cortés, absolutamente cortés. Permita que me atreva a preguntarle si sabe usted o no que ha destruido una familia feliz que era toda mi alegría en estos últimos años, que constituía mi única familia; la ha envenenado y ha hecho desgraciadas a cuatro personas al mismo tiempo.

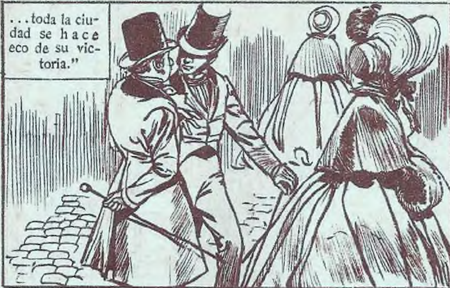


"Compadecido de su soledad —prosiguió Krupov— conduje a usted al ambiente de aquella familia; fue aceptado como un pariente cercano; allí encontró calor de corazones. Sepa que el marido, si no ahora, mañana se ahorcará o se ahogará, en el agua o en el vino; ella...



...es presa de la tuberculosis; de eso le respondo yo; el niño quedará huérfano en manos extrañas, y ...




. . . toda la ciudad se hace eco de su victoria."


Belltov se levantó del diván y comenzó a caminar azorado de un sitio a otro de la habitación; de pronto se detuvo delante del anciano y le preguntó: —¿Qué precisa usted saber de mí? ¿Si amo a esa mujer? ¡La quiero! Sí, sí. Se lo repito mil veces: quiero con todas las fuerzas de mi alma a esa mujer. La quiero, ¿oye?


—Siendo así, ¿por qué destroza su vida?-Mejor será que pregunte por qué vivo. En realidad no lo sé. Quiza sólo para destruir a esa familia, para destruir a la mejor de las mujeres que he conocido.


Pero dígame concretamente: ¿qué se propone?
No me he detenido a pensar en ello y nada le puedo decir.


—Ante la vista tiene usted los frutos de su falta de reflexión. — ¿Supone que no he visto esos frutos y que esperaba viniese a decírmelo?


"Antes que usted —prosiguió Belltov — he comprendido lo turbio de mi suerte. Pasó aquella época llena de poesía y encanto, y esa mujer sufre... porque se halla a una altura asombrosa. Dimitri Yakovlevich es un hombre bueno; él la quiere con frenesí, pero se mata con ese amor, y lo peor es que de esa suerte la mata a ella."


No pretenderá que él presencie con sangre fria el que su mujer quiera a otro.
No digo eso. El tenía que hacer lo que hace; toda naturaleza es fiel a sí misma, sobre todo en los momentos críticos.


Realmente, el problema es difícil.
¿Qué es lo que pretende usted de mí?


Y, luego de una pausa, Belltov agregó: — Después de su enfermedad, comencé a observar su dolor y su muda desesperación. Sabe usted que casi he cesado de visitarlos, aunque sólo yo sé cuánto me cuesta; una veintena de veces me propuse escribirle a ella y, por evitar que se empeorase la situación, no lo hice; cuando volví a su lado, callé. ¿Qué me echa usted en cara? ¿Qué desea de mí? — Vladimir Belltov, pruebe que es un hombre fuerte: comprendo que ha de costarle mucho, pero haga un sacrificio, un gran sacrificio... Y quizá salvemos así a esa mujer. Vladimir, márchese de aquí."

Al decir aquello, con el tono severo del doctor se mezclaba cierta ternura. La voz le temblaba. El también quería a Belltov. Este abrió su cartera y le entregó una carta sellada. La carta había sido escrita para su madre. En ella le comunicaba la decisión penosa de viajar al extranjero, y ello, muy en breve. — Ya ve que me marcho— le dijo Belltov—. ¿ Supone que así podrá salvar a esa mujer?



— Se la daré — respondió Krupov. Dolorido y confuso, Belltov condujo al doctor hasta la puerta. Después se arrojó sobre el diván casi por completo extenuado. El diálogo con Krupov había sido un golpe terrible para él. Permaneció echado un par de horas; luego tomó un pliego de papel y comenzó a escribir. Cuando hubo terminado, dobló la carta, se arregló y con ella se dirigió a casa de Krupov.













Pálida, enflaquecida, con ojos de haber llorado mucho, marchaba Liubonka del brazo de Krupov. Tenía fiebre; su expresión era espantosa. Sabía adónde iba y por qué. Llegaron al banquito y allí tomaron asiento. Ella lloraba; tenía en sus manos la carta. Krupov no hallaba consideración que hacer y se limpiaba las lágrimas.

Se acercó Belltov. Había desaparecido de su rostro toda claridad; en cada rasgo se notaba el dolor incapaz de mentir; le tomó la mano. Parecía una muerta. —Adiós—le dijo con voz apenas perceptible—; volveré a caminar sin hogar ni patria; pero su imagen permanecerá siempre en mi corazón..., y ella me consolará en el último instante de la vida.



—¿Para siempre?— preguntó ella. El guardó silencio. —¡Dios mío! —dijo Liubonka, y calló un instante—. Adiós, Vladimir —añadió después, como si hubiera recobrado sus fuerzas; se levantó, le apretó la mano y dijo en voz alta y clara: —Vladimir, acuérdate de que te quiero con amor infinito... ¡Vladimir!



Y partió, sin que él hiciera nada por retenerla. Su espíritu se había reanimado, y marchaba con paso más firme que cuando llegó. Belltov la miró hasta que se perdió de vista entre los abedules. Ni una sola vez tuvo ella el valor de volver la cabeza. Belltov se quedó allí. ¿Será posible—se preguntaba— que tenga que separarme de ella para siempre?"



Dos semanas después, una carroza de cuatro caballos se dirigía por la carretera que pasa junto al molino, partiendo de Campo Blanco. El cochero animaba los caballos, y para hacerse comprender mejor por ellos, lanzaba sonidos guturales. En la otra parte del río estaba de pie una anciana, junto a una criada; agitaba el pañuelo ya lleno de lágrimas y despedía a su hijo Vladimir, que iba en la carroza, el cual también agitaba el pañuelo.



Pronto el carruaje se perdió entre una nube de polvo, y ya no se veía más que el camino. La anciana seguía de pie, despidiéndolo con el pañuelo y esforzándose por ver una vez más. Una semana antes había recibido a Vladimir asomada a la ventana, donde estaba acostumbrada a esperarla tantas veces cuando era niño.

Ahora todo quedaba desierto para la anciana en Campo Blanco.



Algún tiempo después fué llamada a N. Allí vivía una mujer que había amado a su hijo.

La anciana se dirigió allá un día de invierno. Encontró a Liubonka completamente marchita, perdida ya toda esperanza. Krupov, cada vez más gruñón, movía la cabeza cuando le preguntaban por ella. Dimitri, entregado al dolor, bebía cada vez más.



Todo un día permaneció la anciana a la cabecera de la enferma, y una elevada poesía se reflejaba en aquella beldad yacente sobre su lecho de muerte, cuando apoyó la cabeza sobre la mano enjuta, con la boca medio abierta y con lágrimas en los ojos, oyendo contar a la anciana cosas de su hijo, de Vladimir, que ahora se hallaba tan lejos de ellas...



COMO LOS HOMBRES

por **ROGELIO BRUNO**

DIBUJOS DE DURAÑONA

Intervalo Álbum 52 - 1962

Se llama Juan Rodríguez, pero bien podría llamarse Juan Buenos Aires. Nació en San Telmo, en 1924, el mismo año que comenzaban las obras para abrir la Diagonal Norte, se ampliaba el puerto en grandes terrenos ganados al río y se habitaba el primer subterráneo, en el tramo de Plaza Mayo a Plaza Once.



Buenos Aires agrandaba su ámbito urbano. Se volvía tentacular, pétrea y acerada, y aparecía otro estilo de vida, menos pintoresco y directo, pero que también tiene su grandeza vital y su latido misterioso.



Este hombre nació bajo el signo de la transformación acelerada, febril de la ciudad, y él mismo creció, se fue haciendo y rehaciendo y con algo de golpeante, desparejo, que nunca termina de dar el "estirón", que nunca admite que le ha llegado la hora de *descansar*, de dedicarse a morir.



Vio la luz en el Conventillo de la Paloma, el auténtico, según algunos, en Defensa al 300, que sigue de pie, pero sin su aire abigarrado de plazoleta gitana, de profundo patio-calle de cuando Buenos Aires tenía todavía olor a tierra de plantío y un cielo verdadero como pocos, un cielo *vivo porque* se le podía mirar y no se había perdido aún esa costumbre.



Allí se escucharon todos los idiomas y dialectos, que terminaron por crear el nuevo idioma espiritual de la tierra del encuentro, apuntalando la tenaz y dura maduración del arraigo, la revelación recóndita del segundo nacimiento que los convertía en argentinos de corazón.



Juan Rodríguez, mayor de tres hermanos, quedó huérfano de madre a los cuatro años. Su padre, jornalero del puerto, tuvo que afrontar la doble responsabilidad de cuidarlos y traerles el pan.



La nunca desmentida solidaridad del conventillo hacia los huérfanos y desvalidos, exigió, en el caso de Juan, pruebas de excepción.

—Usted no se enoje, don Rodríguez, pero esta criatura da más trabajo que un regimiento entero. Y mire que yo he criado a ocho...




No había cumplido siete años, cuando resolvió salir a *ganarse el puchero*. Razonando concienzudamente llegó a la conclusión de que tenía que incorporarse a las huestes del trabajo.
(Tengo que traer plata para ayudar... El Mingo, que es mucho más sonso que yo, todos los días se viene con un montón de *níkeles*.)


La situación de la familia era bastante difícil. El trabajo escaseaba mucho y el padre sólo podía reunir unos pocos jornales al mes. A su manera, se sintió responsable de la suerte de sus hermanos y de su padre.
(Hay que ayudarlo al "viejo"... Yo soy *joven* y no me voy a quedar mirando el techo, como dice el vasco Isidro.)


En el mayor secreto se fabricó un tosco cajón de lustrabotas y con escasas monedas de cinco y *cobres* de uno y dos centavos, conseguidos por pequeños mandados prestados a comerciantes y vecinos, compró los demás útiles para salir a ofrecer sus servicios.
(Iré a *Constitución*.)


(Cuando *tenga* los pantalones largos voy a trabajar de guarda de tren.)


Tenía cuatro años cuando vio por primera vez un tren que se alejaba por el terraplén de Vieytes, cada vez más alto, más alto, y se perdía en el cielo. Durante un tiempo quedó convencido de eso: todo los trenes que salían de Constitución subían hasta las nubes, primero, y después volvían a la tierra.


Además, él se consideraba un poco dueño de todo eso porque "sabía" cómo había sido el asunto. Facundo Montero, viejo criollo soldado del legendario Villegas en la campaña del desierto, se lo fue contando todo con su voz pastosa y segura que no lo hacía tan viejo y tan solo.


–Si es cosa de no creer,m'hijo. Todo esto era, hasta no hace mucho, un baldío grandote, lleno de pajonales bravos, donde paraban las carretas que venían del sur. Cuando llovía, el barro le llegaba hasta las orejas a uno. Y en una de esas,el agua se lo llevaba todo. . .


–Toda gente buena m'hijo, pero de pocas pulgas y de primera *pal* cuchillo. Era raro el día que amanecía sin algún finao enfriándose por *ai*. Pero, eso sí, todo se hacía de frente y a lo varón. No como ahora...


–Por acá estuvo la Gruta, llenita de *luces malas* y cosas rara. Después del 14 fue desapareciendo todo eso, y cuando terminó la guerra de los gringos, ni se diga, m'hijo: ¿quién reconocía lo que había sido el Mercao del Alto?


Y él ahora entraría a formar parte de ese mundo que casi de golpe dejó de ser un fangal montaraz, profundo de peligro y muerte, para adquirir una perpetua agitación milagrosa que lanzaba trenes hacia el cielo.


Cuando llegó frente a la estación se quedó, olvidado de todo, mirándola fascinado largo rato.


Vio partir varios trenes, y cada uno que desaparecía se llevaba algo bien suyo que sólo recuperaba cuando ponía los ojos sobre otro que estaba por salir.

Finalmente volvió a la realidad y empezó a buscar una ubicación adecuada para su tarea de *ganarse el puchero.* "Esto es más lindo que el circo. ¿Por qué los grandes se quedan en el boliche y en la esquina en vez de venir siempre aquí?"



Eligió un lugar sobre la calle Brasil. Al poco tiempo de estar instalado, y cuando había conseguido reunir ya unos *níkeles,* fue interpelado por un muchachón de traza matonesca.



Juan no contestó nada. Apretó los puños y esperó. El otro agregó que se había portado como un mocoso que era al ocupar ese lugar sin pedir permiso, pero que la cosa tenía remedio si le daba la mitad de lo que hiciera diariamente.



El estaba apuntalado por ese mundo; en cambio el coimero, con su esguince de canalla precoz, era un infiltrado, un *colado,* que tarde o temprano sería repelido.



El *dueño* de los permisos escupió el cigarrillo, y empezó a castigarlo. Juan se defendía con indomable energía.



Cuando ya estaba por sucumbir, haciendo pagar muy cara su derrota, su refinado educador se le separó bruscamente y puso los pies en polvorosa, al tiempo que una voz atronadora, pero llena de ternura lo tranquilizaba.

Era El Campeón, famoso luchador retirado, de físico impresionante y apostura de atleta, que se ganaba la vida vendiendo pequeños artículos en un puesto.



El Campeón había llegado a ser uno de los forzudos de más menta. Desde los Corrales Viejos hasta Barracas al Sur, sus proezas de luchador y pulseador imponían respeto y admiración.



Había conquistado su jerarquía casi mitológica de héroe en un hermoso mundo artesano y elemental de herrerías, payadores, viejos guerreros solos, reñideros de gallos y alucinantes perros de pelea.



La fuerza desnuda y el denuedo limpio quedaban atrás como instrumentos claves en la lucha por la existencia.



El Campeón no era un ídolo deportivo en el sentido actual de la palabra, sino un símbolo, esencialmente, de cierta relación del hombre frente al medio que perdía terreno día por día.



Un esfuerzo mal hecho en una homérica *cinchada* lo mutiló para siempre, lo dejó *más muerto que vivo,* según sus propias palabras.





Ahora estaba al lado de Juan y lo miraba con ternura y respeto, contento de encontrar gente —joven o vieja— que no da un paso atrás cuando llega el momento de defenderse.



Juan lo vio inmenso, invencible, capaz de resolverlo todo. De Cara de Chancho, por ejemplo, no se desprendía nada de eso. Era un violador del espacio y de la imaginación que no podía arraigar allí.



Usted tiene que venir conmigo para decirle a mi papá que me deje venir aquí todos los días, que usted me cuidará... Así yo puedo ayudar en mi casa. Hace falta, ¿sabe?



Estaba ante El Campeón, y éste lo comprendía todo y ya le había dicho lo que pensaba de él.



Bueno, vamos. Si hace falta que ayudés en tu casa, es mejor que te ganés unos centavos aquí antes de pasar privaciones. Total, el trabajo no le hace mal a nadie...



Así, avalado por El Campeón, consiguió el permiso paterno. Pensó pícaramente. Pero, eso sí, su mismo protector alteró los planes de trabajo. Lo ayudaría a él en el puesto de mercaderías. Era más apropiado para su edad.



El niño notó en seguida que todo el mundo trataba con respeto a El Campeón y vuelta a vuelta sorprendía a alguien que lo señalaba a la consideración de otros. Sabía que en esos momentos se estaba refiriendo a las hazañas de su amigo, y por ese solo hecho se sentía tan importante como él.



Un día no lo encontró a la hora de costumbre. Se detuvo a esperarlo y en seguida vinieron a su encuentro varias personas que trabajaban en ese sector. Los vio tristes, con los ojos humedecidos, y un miedo indefinible le apretó el corazón. "Yo sé... Cuando los mayores ponen esa cara..."



Volvete para tu casa, Juan. Saravia está enfermo y no va a venir por varios días...



Pero en todo —en las personas, en las cosas, en el silbido *suyo* de las locomotoras— *olió* algo definitivo, perdido. Algo fundamental en su vida que de pronto terminaba sin poder defenderlo; sin poder defenderse "como gato panza arriba", hubiera dicho El Campeón.



Empezó a llorar, sin sentir vergüenza, viendo que los mayores y "grandotes" estaban llorando también. Todos se le acercaron entonces hasta formar un pequeño, compacto y extraño grupo donde nadie había pronunciado la palabra *muerto*, como si todos, todavía, estuvieran esperando ver aparecer a El Campeón.

El Campeón había muerto esa mañana, de madrugada. A pocos metros del lugar donde vivía, en Barracas, poco después de medianoche estalló un pavoroso incendio en un inquilinato. En seguida, él se colocó en primera línea para ayudar.



¡Cuidado, Campeón, no sigás adelante que por ahí se está por venir todo abajo!



Pero él siguió avanzando. De la parte de atrás llegaban voces aterrorizadas de gente que había quedado atrapada. "Sólo él pudo hacerlo", comentaban después. Embistió lúcido y titánico para abrirles un camino, derribando puertas y haciéndolos avanzar hacia la salvación.





Ya en la calle, la multitud lo recibió con grandes aclamaciones. "Aplaudido otra vez... Otra vez, como antes..." Pero su físico seriamente resentido no dio más. Tuvo un colapso cardíaco y murió.

Para todos los que lo conocieron, El Campeón volvería siempre de la muerte, seguiría andando por los alrededores de Constitución, con su rostro abierto y lleno de cicatrices gloriosas, con esa dulzura militante de gigante vengador puesto al servicio de la vida.



Juan, sobre todo, nunca se despidió de él y pronto el dolor de su muerte se convirtió en el orgullo de haberlo conocido, en el privilegio de sentirse muy importante, por haber estado a su lado, por haber sido "Juancito, el amigo de El Campeón."



Iba caminando un día por Defensa cuando al llegar a Independencia lo llamó el turco Mustafá. En un tiempo le había hecho varios mandados, hasta que su padre se enteró y le prohibió que siguiera tratando con él. También el viejo Montero fue terminante.
—Es un bicho sucio. Ni se le acerque, m'hijo.



Estaba por sortearlo haciéndose el indiferente, cuando el turco le deslizó al oído: —Si te querés ganar un peso, aquí lo tenés—. Y le extendía el billete, buscando su mano.



Vos, muchacho vivo. Vos sabés que yo siempre pago adelantado. Mustafá tener confianza en vos. Muchacho "rana" no engañar a mí. Agarra, agarra billete...



La situación en su casa era casi desesperante. Desde hacía varios días su padre volvía del puerto sin hacer un jornal. Recordó la carita de la hermanita y se sintió humillado, inútil, porque *permitía* que doña Emilia se la llevara a comer con ellos.



Además, y ante este pensamiento, sacó pecho y se consideró tratado injustamente. ¿Por qué le prohibían acercarse a Mustafá? El turco siempre se había portado muy bien con él.



Le dio un pequeño paquete prolijamente envuelto. Tenía que entregárselo al "señor César", que vivía en un hotel de la Avenida de Mayo, a la altura de Esmeralda.

Si no está señor César, vos traer de vuelta paquete. Es remedio muy caro y pueden robarlo.



Le dijo también que casi todos los días lo iba a mandar una o varias veces con esos encargos, a razón de un peso por viaje, siempre con pago adelantado. "Remedio muy bueno que mandan de lejos, por barco. Nada malo, pero nadie tiene que saber nada."



El señor César salió a su encuentro y recibió el paquete. Con un ademán brusco se metió el paquetito en un bolsillo, y volvió a su pieza, sin decirle una palabra, sin mirarlo siquiera. "Este sí que está enfermo", pensó. "Si no lo cura el remedio de Mustafá, está listo".



Al otro día le fue a llevar el "remedio" a la señora María, por Salta al 1.200. Lo atendió una mujer muy rara y nunca vista, cargada de adornos, afeites y muecas.
—¡Yo hubiera podido tener un hijo como vos! ¿Querés quedarte conmigo y ser mi hijo, mi hijito?



Después lo separó de su cuerpo, casi violentamente y le gritó:
—¡No! ¡Andate! ¡En esta casa todo está podrido! Bajó la voz, se calmó y le dijo, mirándolo a los ojos: —Y que no te vea más haciendo estas cosas, porque sino te denuncio a la policía.



Cuando salió, la cabeza le daba vueltas. Ya no cabía ninguna duda. El turco era un tipo siniestro. No sabía bien de qué se trataba, pero a Mustafá ahora sólo se lo imaginaba haciendo atrocidades en agujeros tenebrosos, pavorosos.



Cerca de su casa, decidió consultar con Facundo Montero. Cuando el viejo se enteró pegó un salto y dio un tremendo alarido. "Igualito que cuando me contaba las peleas con los indios...", pensó Juan.



¡Ah, hijo e'Mandinga! ¡Ya se lo había dicho! ¡Ahorita mismo le voy a dar un buen sacudón!

Recuperando una agilidad inconcebible para sus años, en dos zancadas estuvo en el negocio de Mustafá. En una mano revoleaba su tremendo sable de pelea.

¡Ya te había prevenido, bicho e' porra! ¡Ahorita vas a ver cómo se porta un sargento del coronel Villegas!



Mustafá desapareció en una acelerada fantástica. Después del sofocón, Montero tuvo una explicación con Juan.

Esta vuelta, usté se me ha portao como un chiquilín, m'hijo. Si los mayores le habían dicho que no tratara con Mustafá, por algo sería...



—El turco vende porquerías pa' enviciar a la gente. Unas cosas e' Mandinga —opio, *mariguana*, o qué sé yo— que echan a perder la sangre y hacen perder la cabeza. Como la policía lo vigila mucho, el *indino* trata de utilizar a inocentes como usté...



Juan se quedó pensando. Cómo podía ser que los grandes perdieran el tiempo en "echarse a perder la sangre". "¡Ah, si yo fuera grande!..." y pensó, por ejemplo, en el puesto de guarda en los trenes de Constitución que se estaba perdiendo por culpa de sus pantalones cortos.



Así Juan siguió acumulando trabajos, años y fechorías de niño terrible y angélico. Fue canillita, "el negro que esquiva los pelotazos", progagandista callejero de bebidas y productos alimenticios, boxeador contra los canguros del circo Sarrasani.



Tenía 16 años cuando estuvo a punto de naufragar. Había entrado de ayudante de cocina en un bodegón de Leandro Alem, en plena zona de tentaciones fáciles y vicios pobres y tristeza ávidamente explotada por mercaderes crapulosos y criminales.



En el momento menos indicado y en el medio más propenso al extravío, entraba en su edad de hombre. El mismo dueño del bodegón —gigantesco, bruto y sincero— fue a hablar con su padre.

Mire, don Rodríguez, es una lástima. El muchacho es bueno y se da maña para todo, pero entre ese *atorrantaje* se va a echar a perder en seguida.



Leandro Alem era todavía aquel "Paseo de Julio" peligroso, dramático, confinado, pisado por la planta marinera de todos los rumbos del mundo, con su desfile diario, interminable de caras patibularias.



Esa misma noche el padre fue a buscarlo. Lo encontró sentado a la mesa de un cafetín con pista de baile, acompañado de una extraña mujer que tanto parecía muy joven como muy vieja. Estaba medio alcoholizado y bastante desmejorado físicamente.



Faltó a su casa una y otra noche. De golpe cayó en la trampa, atrapado por esa magia oscura, por ese llamado indescifrable que se desprende de todos los lugares y que parece invitar a dejarse estar, a borrarse para el esfuerzo y la esperanza.





Papá, te presento a mi novia. Nos vamos a casar dentro de poco...

El padre tuvo un acceso de ira. pero también se sintió culpable y avergonzado. Lo sacó a empujones. mientras la mujer le pedía histéricamente que no se metiera con su "novio."





A los pocos días empezó a faltar otra vez de noche. Para colmo. la "novia" vino a buscarlo una tarde y se lo llevó del brazo. En la calle, le gritó:
—¡Che! ¿Vas a trabajar otra vez al Sarrasani con la *cangura?*



Así fue a parar al reformatorio de Marcos Paz. Al rato de haber ingresado. el jefe de celadores lo llevó a su despacho.





Un tremendo bofetón lo sacudió. El otro, con una alegría viciosa, ubicándose gozoso en la faena de verdugo, le siguió descargando una lluvia de golpes, mientras trataba de arrinconarlo contra la pared.





Pero el hombre se había equivocado. No estaba desarmando el juguete nuevo. Estaba jugando con fuego. Recibió el contragolpe de Juan en plena mandíbula y retrocedió mareado.



Quiso volver a castigarlo, pero se encontró tendido en el suelo sin saber cómo. Entonces gritó a todo pulmón pidiendo auxilio.



Rápidamente y en tropel llegaron varios celadores. Juan soportó la arremetida hasta que cayó desmayado.



Estaba malamente herido y con profundas señales de castigo en varias partes del cuerpo. Su vigor físico y los cuidados especiales que le prodigaron lo fueron *devolviendo* el cuerpo, pero un odio pesado, angustioso, lo aisló de todos y de todo.



Odiaba a su padre por haberlo metido allí, a los celadores, al director del reformatorio, a esos internados —grandes y pequeños— viciosos, aduladores, perversos.



Estuvo varios días intratable, inabordable. No veía nada, no sentía nada, fuera de su odio. Antes de abandonar el lecho de la enfermería, se le apareció el jefe de celadores, mansito, dulzón. "Este demonio va a escaparse y nos va a denunciar a todos"... Era el peligro que lo obsesionaba.



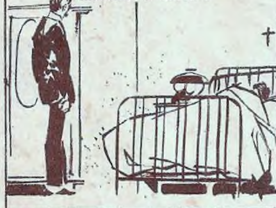
Acostumbrado a tratar generalmente con pobres muchachitos, en el fondo, que, a pesar de su apariencia salvaje, irreductibles, eran fácilmente manejables, en el peor sentido de la palabra, este ejemplar lo desconcertaba y lo enfurecía más que los otros.



Escúchame, Juan. Creo que no nos guardarás rencor. Vos también tuviste la culpa porque nos provocastes de esa manera. Y uno pierde la cabeza alguna vez. Eso de estar tratando siempre con degenerados y criminales más peligrosos que los grandes...



Apenas lo vio aparecer, tuvo una oleada de ira silenciosa que le endureció dolorosamente el cuerpo. Dio vuelta la cabeza y se quedó mirando la pared. "Curarme... Curarme cuanto antes y matarlos a todos".



El jefe se despidió diciéndole: —Bueno, no tengas ningún temor. Aquí la vas a pasar bien. Te vamos a dar trabajo de encargado. Entonces volvió la cabeza furioso.



El otro se encogió de hombros y movió la cabeza con gesto resignado. Dentro de todo, eso le causó asombro. Parecía realmente que el jefe estaba arrepentido y sufría. El no podía comprender todavía que ciertos hombres son extrañas máquinas con horario para todo.



Varios días después estaba trabajando en la carpintería, cuando se le acercó Careño, El Galgo, uno de los internados de mayor edad y prestigio de desalmado.

Te felicito, hermano. Te portaste bien. Casi te despedazan. Además, *fue grande* cuando te negaste a trabajar con ellos...



Atendeme, dentro de poco yo *salgo* de aquí... ¿Me comprendés? Me palanquea un político de *agayas*, ¿sabés? Afuera hemos hecho una *sociedá* macanuda con varios muchachos. Vamos a ganar "vento" a montones, y con las espaldas bien cuidadas.



Lo dejó seguir hablando. "Esta es la mía", pensó. El odio lo seguía royendo y lo había dejado, por ahora, sin recuerdos, sin sentimientos, sin nada que no fuera la obsesión de escapar de ahí, *hacerse fuerte* y tomarse el desquite.



El Galgo le guiñó un ojo: —Después que yo desaparezca de esta roñería, si vos estás de acuerdo en trabajar con nosotros, te voy a preparar el "raje"...
–No, yo de acá puedo irme solo. Lo que quiero es que me digás cómo tengo que hacer para verte afuera.

¡Fenómeno! Así que te decidiste... Ahora te voy a explicar bien de qué manera vamos a trabajar. Y vas a ver: en poco tiempo te van a saludar como a un *manate*.



Tres días después desapareció El Galgo, y nadie se preocupó mucho por el asunto. Sus admiradores y vasallos hablaban con aires de entendidos acerca de "dotores" que habían arreglado el asunto.

El Galgo no es ningún gil. Está bien apadrinao...



A la semana siguiente, Juan tuvo su oportunidad y la aprovechó con toda audacia y sangre fría. Cuando El Galgo lo vio entrar en su guarida, le abrió los brazos alborozado.



Era una banda de gente joven, de aspecto inofensivo, teatralmente algunos. Pero todos, sin excepción, evidenciaban en su auténtica catadura una edad imprecisable, siniestra, una ferocidad fría, gratuita, que parecía que les venía desde la cuna, como esas mal formaciones orgánicas de nacimiento.



Se pasaban el día, mientras los *cerebros* de la gavilla preparaban un ambicioso plan de operaciones, con los naipes en la mano, alcoholizándose y alardeando de cosas atroces, sin el menor respeto por los sentimientos más elementales y primarios.

Mi madre, cuando le llevo billetes, nunca pregunta de dónde los saqué...



Eran niños envenenados, rabiosos, que en toda su vida habían tenido ese único juguete: estafar, matar, traicionar. –Una vez un tipo me quiso *regenerar*. Tenía un negocio de cigarrería que trabajaba bastante. Me dijo: "Yo sé que vos sos bueno y yo te tengo confianza"...



–Bueno, yo me hice el infeliz y esperé. El tipo no me dejaba tranquilo, hablándome siempre de que si yo seguía con él y me portaba bien, iba a poder estudiar y qué sé yo cuantas cosas. Y me quería hacer leer unos libros raros que no los entendía nadie.



–Yo sabía que depositaba cada 15 días. Aguanté hasta que el viernes tuvo hecho el "paco", y en el momento que salía para el banco, le puse el "38" en la cabeza.



Al segundo día se ahogaba. "No aguanto más... No aguanto más"... Y salió a caminar con pasos largos y ansiosos.

Y desde el momento que se largó a andar por la ciudad, fue reconstruyéndose como una criatura de carne, hueso y alma.

Sin saber cómo, se encontró en el mismo lugar de Plaza Constitución en que había conocido a El Campeón. "Y aquí trabajé con él. Y aquí, aquella mañana, *supe* que había muerto..." Y como entonces estaba llorando sin temor a que lo vieran, porque todo comenzaba a tomar nuevamente el sabor de las cosas verdaderas.



En la casa encontró sólo a su hermanita. Los demás estaban trabajando. Cuando regresaron y se encontraron los cuatro, formaron una sola persona, indestructible, poderosa.

–Hijito, no volverás más allá. Yo también perdí la cabeza, pero ya estaba moviendo cielo y tierra para sacarte.



Había recuperado al padre, a los hermanos, y también a El Campeón, a Facundo Montero, a toda una población incalculable de vivos y muertos maravillosamente iguales y diferentes.



Siempre había querido *ser hombre*, tener los mismos derechos y obligaciones que los mayores, pero recién ahora se daba cuenta que comenzaba a ser como los hombres, porque estaba creciendo otra vez por dentro, rumbo a la hombría, que lo es pura e inconfundible. Por su capacidad de *no matar la vida*.

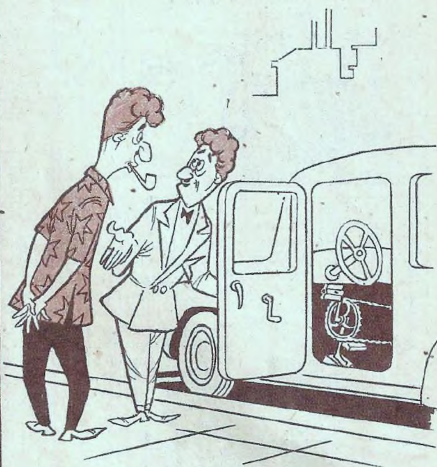
Se llama Juan Rodríguez, pero bien podría llamarse Juan Buenos Aires... Nació bajo el signo de la transformación acelerada, febril de la ciudad y él mismo creció, se fue haciendo y rehaciendo.



¡SUBIÓ LA NAFTA! por ALFREDO FERRONI



–¿CUÁNTO LE DEBO?



–CON ESTO LE ENCONTRÉ LA SOLUCIÓN A LAS CUOTAS DEL COCHE Y AL PRECIO DE LA NAFTA.



–¡MUJER! DÓNDE SE HABRÁ VISTO TANTO DERROCHE. ¡LIMPIAR UNA CORBATA CON NAFTA!



–PERMÍTAME, EN ESTOS TIEMPOS UNA GOTA ES UNA GOTA.

PEQUEÑOS MUNDOS

POR SALLY SALMINEN

DIBUJOS DE MORAGA

Sally Salminen es muy conocido novelista, sabe dar ternura y realismo a sus páginas evocadoras siempre de su patria lejana. Emigró a los Estados Unidos y obtuvo allí uno de los más grandes éxitos con la publicación de la hermosa novela "Katrina". "Pequeños Mundos" es uno de sus "bestsellers".

Nueva York parece una inmensa colmena al joven Lars Laurila que mientras camina, sintiéndose perdido entre la multitud, va pensando:



El bullicio de las avenidas, la altura de los rascacielos, el esplendor de las vidrieras y de los negocios, deslumbran al emigrante que recorre ansioso el asfalto de la Quinta Avenida, el rectángulo aireado del Central Park...





Más tarde se encamina a la calle 126, la vía más ancha y clara de Harlem y llega a su casa. ¡Qué distinta de la que habitara en la isla de Aland, su tierra natal!

Comparte con un amigo esta exigua pieza donde apenas cabe lo indispensable. El compañero de Lars se llama Per y es escandinavo. Admira mucho los discursos de sentido social que ha escuchado a Laurila en reuniones obreras.



Esta tarde sonríe muy amable a su amigo, mientras la recuerda que ambos están invitados a una fiesta en casa de la tía de Laurila.





No tardan en salir juntos los dos muchachos y se encaminan al hogar de tía Ellen, una escandinava de aspecto recio y gran corazón. Viuda en su juventud, emigró a los Estados Unidos y ahora está casada con un compatriota al que conoció en Nueva York.





Ellen es hermana del difunto padre de Per y estima profundamente al muchacho. Por eso lo invita con frecuencia a su casa donde se come al uso del país del norte. Pero suele participar de estas fiestas con su amigo.

Tía Ellen pretende que su solitario y buen mozo sobrino se enamore de su hija adoptiva Agnes, una muñeca muy linda de apariencia, pero de cerebro vacío, como opina Lars para sí.



Lars Laurila frecuenta los hogares escandinavos llamándolos en lo profundo de su alma *pequeños mundos;* lo consuelan de haber perdido el de la patria ausente. Esta noche se dan cita varios compatriotas.

Mañana nos reuniremos en el centro escandinavo. No faltar.



A la noche siguiente celebran todos allí el compromiso de una joven pareja, ella es Tora Elisev y él Alberto Dalsten. Forman una pareja rubia, fuerte, simpática. Junto a la novia está su hermana Vivi.



Dichosos los ojos que lo ven, Lars. ¿Se esconde usted de nosotros?



Saluda el muchacho con afectuosa simpatía a la frágil chiquilla que no aparenta los diecinueve años que tiene, y se explica:

Tengo mucho que trabajar y que leer...



Esa noche Lars vuelve a usar de la palabra en el Centro Escandinavo. Los viejos emigrantes de rostros rudos lo saludan con cariño y le dan las gracias por ser capaz de expresar lo que llevan todos en el corazón.



Vivi observa con devota admiración al javen orador; alguien dice junto a ella: —Lars se quedará sin trabajo en estos días. Ha quebrado la compañía donde prestaba sus servicios. ¡Y pensar que hace poco llegó aquí!



Un sentimiento de ternura y un anhelo de protección emociona a la muchacha. ¡Si ella pudiera ayudar a Lars, apoyarse ambos uno en el otro!

Tora y Alberto han de luchar juntos; se les ve felices.



A la mañana siguiente, Lars comenta con Per, en la habitación de ambos: —Tendrás que adelantarme mi parte de alquiler este mes.

Quedé sin trabajo.



Per mira con simpatía al compañero.

Dispón de todo lo mío... ¡hasta de mis zapatos!



Y Lars se conmueve; algo de la vieja patria palpita en este pequeño mundo de los emigrantes que se ayudan unos a otros, según lo permite la suerte.

Debes gozar de la primavera en Nueva York, sal a dar un paseo.





Lars está ahora bajo las ramas de los árboles de Central Park. Pasa un desfile muy alegre, con música y cantos. Se trata de irlandeses que festejan el día de San Patricio. El joven los admira por su energía y su fe.


¿Irá al Museo? Lo tienta admirar la sección egipcia: no tarda en esgolfarse en los pensamientos que le despierta el mundo antiguo.
(Estas momias son prodigiosas como testimonio de aquel pueblo genial.)


Ahora el joven atraviesa el parque para dirigirse al gran obelisco de Heliópolis. Aspira con delicia el aire primaveral, soñando en su tierra. Aquí está la columna de la victoria erigida por el Faraón Themés III, primer estratego de la historia. Lars se sienta a pocos pasos.


Es entonces cuando ve una carita conocida: la de Vivi que toma fotografías del lugar junto con una amiga; ambas ríen; no lo han visto.
Buenas tardes, Vivi.


A ella se le iluminan los hermosos ojos grises al descubrir al amigo. Es él quien fotografía a las chicas y luego exige que la otra lo retrate junto a Vivi. La tarde resulta inolvidable para ambos.


Trabajo ocasional es todo cuanto halla Lars en los siguientes días. Pero la actividad no decae en su espíritu fuerte.
Soy capaz de realizar cualquier faena, con tal que sea honrada.


Para Navidad de ese año, Tora, esposa de Alberto, lo invita a su casa.
Estamos en un pequeño mundo desprendido de de la patria lejana.


En la casita flota el aroma sabroso del pescado al horno. A Lars le parece ver a su padre poniéndose el gorro de pieles para ir a pescar, la víspera de Nochebuena. Vivi sorprende la nostalgia en los ojos del amigo y le estrecha la mano con dulzura muy expresiva: —Ya volveremos allá, Lars; espera y verás.


La cena resulta muy animada y alegre. Se come y se bebe en grande. Por vez primera, desde que se encuentran en las casas de los compatriotas, Lars sabe que Vivi se desempeña en faenas domésticas en una gran casa de la ciudad.


La niña afirma que es algo bien retribuido y agradable. Al mismo tiempo dice al amigo que vive en casa de Miss Flathery, una irlandesa muy pulcra y buena que tiene una linda casa de pensión. —Ven a verme y a tomar té con nosotras.


En los días siguientes, Lars recorre agencias de trabajo. De vez en cuando observa sus zapatos cada vez más gastados y suspira. Una tarde...
Vivi, aquí me tienes, vengo a saludarte. ¡Qué bonita casa es ésta!


Miss Flathery sonríe con su fea boca al mozo, mientras lo invita a sentarse y a compartir con ellas una taza de té. Lars se entera de que la dueña de casa es enfermera y cuida a ancianos por la noche.
(¡Todos trabajan! Mujeres y jóvenes, viejas y hombres.)


Vivi elogia a la irlandesa: —¡Es recta y buena, y además tan piadosa! Me trata como a una hija.
Vives bien, querida. Me alegro de ello, así no extrañarás tanto la patria.


La amistad idílica de los jóvenes fue progresando. Aquella mañana tomaron el "metro" aéreo hasta el parque. Vivi iba muy linda y elegante. Llegaron al inmenso parque de Bronx y vieron cuanto era digno de admirarse allí.


Es muy interesante el jardín zoológico.


Más tarde se sentaron en un banco y permanecieron en silencio. Todo respiraba paz, belleza. Lars sentía los ojos de la chica fijos en él, pero no se atrevió a hablarle de su sentimiento. ¡Era tan pobre! ¿Acaso, no se interponía entre ambos el recuerdo de aquel primer amor de Lars?


Era como algo inseparable de su recuerdo de Estocolmo. Y sin embargo, apenas representaba la memoria de un sueño... Observó a Vivi; ésta era más bella y más valerosa, pero...
¿Quieres que paseemos otro poco?


Vio la pena en la carita delicada. Luego caminaron bajo los árboles y ella lo invitó a tomar el té en su casa donde miss Flathery se pondría muy contenta de ver a ambos: —¡Ella es tan hogareña! Dice que no hay mejor té que el de casa.


La amistad de los jóvenes seguía su curso y día a día iban volviéndose más imprescindibles uno al otro. La tarde que Lars halló a Vivi llorando mientras escribía a su país una larga carta, enterada de que su padre estaba muy grave.


Lars sintió que amaba a la joven y que deseaba protegerla de por vida. Su declaración brotó fluida y natural. Vivi se refugió en el pecho de su amigo.
Mi pequeña y dulce Vivi, pronto nos casaremos.


En seguida apretándole las manitas: —¿Cómo nos arreglaremos?
Habrá trabajo para ti, querido. No lo dudes.


La boda fue sencilla. El pequeño mundo de la colonia escandinava aportó su regalo útil y cariñoso. Miss Flathery ofreció su casa y la fiesta. Tía Ellen dio una cena. Iban a vivir en casa de la irlandesa."¡Vivan los novios! ¡Hurra!"gritaron todos los alegres concurrentes.


El viaje de boda fue el Niágara, en breve paréntesis de reposo.
Cuando seamos ricos compraremos un automóvil para recorrer América.

La catarata ejerció sobre ambos una fascinación tan grande que tomados de la mano se acercaban a mirarla, tan majestuosa en su caudal rugiente.





Fue de Vivi la idea, cuando regresaron al cuarto que ocupaban en casa de Miss Flathery: —Podemos emplearnos en una casa como domésticos, los dos.



-Pero la crisis avanza y todo el mundo tiene pánico. Hay que trabajar, en cualquier cosa. Dios nos ayude, querido. De la primera agencia los despidieron porque Lars tuvo la franqueza de decir que desconocía las tareas domésticas.



Vivi lo besó en la puerta y le previno: —No abuses de tu bella franqueza.



En otra agencia de ínfima importancia regentada por una mujer gorda se contrató a la joven pareja. "No querían un matrimonio, sino..."



Se miraron consternados. La mujerona insistió: "La casa queda en Long Island; hay ocho criados. Mistress Warton necesita un hombre que encienda el fuego de las calderas, vacíe los cubos de basura, se ocupe de legumbres, del huerto, etc. Usted, señora, servirá la mesa..."



-Voy a telefonear al mayordomo, el señor Müller, y vendrá mañana a conversar con ustedes. En efecto, al día siguiente, se hallaron ante un hombrecito que les dijo: —El inconveniente reside en que son ustedes matrimonio; la señora se opondría. Me arriesgaré empleándolos si se hacen pasar por solteros.



Vivi impuso la respuesta afirmativa a su marido con la expresión de su mirada. Luego le dijo:-Trabajaremos juntos, tendremos techo, comida y sueldo para ahorrar.



Se ocuparon, pues, en la enorme casa donde había mucho personal escandinavo. Los choferes eran tres y la cocina del castillo era inmensa. La cocinera, finlandesa, se alegró de que los nuevos resultaran compatriotas.



La habitación de Lars no era tan linda como la de su mujer. Al ocuparla...



Empezó para Laurila una tarea mecánica: llevar los desperdicios, rastrillar el huerto, limpiar de hojas muertas las avenidas. Se consolaba pensando: "Iré a Nueva York a comprar libros en mi primer día de permiso. Me inscribiré en un curso por correspondencia."



Cumplió ambos deseos. Pero apenas veía a su esposa quien partenecía a la "señora". En la cocina había un ejército de sirvientes y se sentaban lejos.



Este disimulo constante y necesario, me angustia.

Una mañana, Sara, la cocinera, encargó a Lars que cuidase mucho las zanahorias.



Baby las necesita y mañana estará aquí.

El mayordomo, las mucamas, todos hablaron con sigilo y diligencia de *Baby*.





Era una entidad temible al parecer ese evocado *Baby*. Con su discreción natural, Lars Laurila esperó a conocer al rey o reina. En la cocina se limpiaba toda la platería porque llegaba *Baby*. La *nurse* recomendó a todos ser "prudentes".

El jardinero se rió de la nurse comentando con Lars: —Es demasiado joven y linda, muy débil; ya verás lo que pasa cuando llegue *Baby*.



Por supuesto, pensó tal cosa sin decirla, mientras rastrillaba el huerto. Se había enterado de que el sueldo suyo y de Vivi eran bastante altos. Los timbrazos violentos, las corridas de la servidumbre, anunciaron la llegada de *Baby*.



En una escapada en que Vivi y su marido pudieron conversar y besarse, él preguntó si había visto a "Baby". —No, anoche comió en el comedor pequeño.



Una tarde, dos días después, Lars pidió a Müller que dijese a la señora su situación de casado con Vivi. "¿Acaso no servían bien?"



Lars se mordió los labios con ira. Se llevaría a su mujer. —Lindo proyecto— fue la respuesta burlona— ¿Antes de cobrar el suculento sueldo de los dos?




Mary Obern, la bonita "nurse" pasó llorando esa noche.
Cosas de *Baby*, sin duda.


Lars estaba tan confundido que no quiso saber de qué se trataba y se retiró a su pieza. Por la mañana, encontró a Mary y le preguntó por qué había llorado. —Baby se enojó conmigo, pero es así, hoy se le habrá pasado.


Lars se inclinó sobre las hojas secas y continuó rastrillándolas. Entonces oyó una voz ronca: vio inquietarse a Mary que dijo: "*Baby...*"
Lars se paró en seco y se volvió para mirar. ¡Era una chiquilla como de doce años!


Tenía el rostro oscuro por el sol y los cabellos rebeldes; iba con un moño color gris azulado y gritaba:
¡Miss Mary, la estaba buscando! Quiero mi bicicleta. ¡Quiero pasear con usted, y no sabe manejar!


La chicuela golpeó el suelo con su zapato rústico: —Y ni mamá ni papá me dejan andar si usted no me acompaña. Miss Mary es usted una estúpida. Lars dejó caer el rastrillo: —Oye, mocosa, ¿estás loca? ¿Así se trata a una persona mayor, que es además tu maestra?

Baby creía estar oyendo mal. ¡Qué un sirviente se atreviera a decirle algo así! Lo miró con la boca abierta, saltándosele los ojos: —¿Qué te crees tú?
Voy a decírselo a mamá para que te echen a puntapiés...


Lars sonrió inclinándose y miró fijamente a la chiquilina:—No, tú no harás eso, no eres una soplona cualquiera. Y además, debes considerar que la señorita Mary está llorando desde anoche. Anda, consuélala un poco. Préstale el pañuelo...


Baby consideró maravillada a aquel mozo grande, rubio, fuerte, cuya firme dulzura estaba ordenándole algo a ella, habituada a convertir a todos en esclavos.


Venga, miss Mary, vamos a leer esa historia de Walter Scott.


Había tomado de la mano a la asustada "nurse" y antes de alejarse...
Pareces un buen tipo, ¿como te llamas?
Me llamo Lars Laurila.


Con íntima alegría, él continuó su labor. En los días siguientes Baby se limitó a observarlo entre los árboles: una mañana se acercó y le dijo con brillo malicioso en sus ojos pequeños y oblicuos: —¿Sabes una cosa, Lars?

—Si tú no me la dices, no. —Pues que mamá decidió que si miss Mary no aprende esta semana a andar en bicicleta, la despedirá.

Debí tener una "nurse" que sea capaz de acompañarme...



Miró Lars a la pequeña egoísta con deseos de zurrarla."¡No preferirías que yo te contase historias de mi país, Baby, a andar por ahí como un muchacho en bicicleta?"—No, la bicicleta es lo que más me gusta... *ahora*.



Ahora, claro; luego serían otras cosas más caras y difíciles. Y antes, sin duda, fueron caprichos no menos costosos."Mocosa antipática..."



Se inclinó, ignorándola, a pesar de que la chica daba vueltas en torno. Por la tarde salió al encuentro de la llorosa Mary. —Venga usted, voy a enseñarla a que ande en bicicleta. Debe perder el miedo y no el empleo.



Lo miró la linda muchacha con sus ojos claros y dulces. "Es usted muy bueno, Lars." Comenzó el aprendizaje en un sitio escondido del parque.



Ahora sentía la joven la dicha de ir sobre la máquina dócil. Baby, que presenciaba la escena, palmeó: —¡Bravo, bravo, Lars, ganaste! ¡Y puedo salir con miss Obern y ella no perderá su puesto!



Las vio pasar una hora después, de pantalones. El rubio cabello de la "nurse" iba al viento y ella le sonrió con ternura mientras se alejaba. Esa noche, fue al encuentro de Lars para decirle:



La señora me aumentó ocho dólares y me felicitó por el aprendizaje.

Se lo debo a usted, ¡gracias, gracias!



Aquella emoción que leía en los ojos claros, lo perturbó. La mirada de ella apreciaba los libros abiertos, cerrados, caídos junto a él.





Usted irá lejos . Lars. No desmaye.

A la mañana siguiente, mientras echaba leños en la caldera...



Baby se encolerizó y antes que él pudiese impedirlo le arrojó un pedazo de leña. El impacto fue brusco; al oír reír a la chica...



...Lars perdió la paciencia y tomándola com si fuera una pluma la dio vuelta aplicándole unos azotes.

Baby, pálida de ira, mordió la mano de Lars.



—Así ocurre en la historia de *Alicia en el país de las maravillas*. Pero, tú eres tan tonta y mal educada que en vez de leer, pasas el día en bicicleta como un chico. —¡Hago lo que quiero y te haré echar! —Haz lo que quieras...





El se inclinó con burla: —¡Ve a llevar tu chisme, miss Baby! Si a lo menos hubieses aprendido algo de miss Mary; ella es pobre y se gana la vida trabajando; tú tienes dinero y muchas cosas, pero nunca le pisarás los talones.



El acierto sicológico de Lars Laurila culminó inesperadamente en la palidez profunda de la chica y en su llanto desesperado. Por única vez se mostraba humana y niña. El se inclinó acariciándole la ríspida cabellera, con lástima y ternura que Baby debió sentir y comprender: —No llores, bonita. ¡Basta, ea!



—¿Bonita? No soy bonita, soy fea y por eso tan mala,—gimió ella, entrecortadamente. —¡Bah, ya lo creo que eres linda y lo serás mucho y cada día más si estudias, si te vuelves más buena y menos dominante! Oye Baby, todos cambiamos...

No hablaba para la niña llorosa, estaba dirigiéndose a sí mismo: —Yo nunca fuí mozo de cuadra ni llevé cubos de basura ni partí leña; estudié mucho, mucho. Ahora conozco estos pequeños mundos y sigo esforzándome para salir de ellos.





—Si uno tiene voluntad y fe en Dios todo es posible: se sale adelante. La mano algo áspera de la chica buscó las suyas y vio los ojos mojados, con dulce y extraña expresión: —Así habla papá, Lars. Papá cree en Dios ¿y tú?

—¿Qué sería de mí y de ti y de todos, sin Él? La niña pareció asentir, pensativa.

Mamá estuvo muy enferma de los nervios, y papá está siempre en Chicago.

Bueno, Baby, pero todo se ha de arreglar, ¿endiendes?



Ella se paró frente al mozo, erguida en su pequeña estatura; luego le tendió la mano: —Amigos siempre, ¿verdad? Olvida todas mis tonterías... —Por supuesto, ¿cómo no iba a olvidarlas, si tú no has hecho nada malo a propósito?



Lars llegó al comedor común y Müller le salió al encuentro, irritado.

Siento mucho, Laurila. Vivi fue despedida.

¿Qué ha pasado?



Se le cayó la bandeja con las copas servidas de coñac en el comedor.

Mistress Warton no perdona una cosa así. Su... esposa está llorando.



Me alegro de irme de aquí. ¡Estoy harto de esta comedia!



Fue al dormitorio donde Vivi, presa de un ataque de nervios, no quiso admitirlo junto a ella. Al fin, tras mucho rogar, pudo entender que Vivi estaba celosa de miss Mary; los había visto juntos mientras él le enseñaba a andar en bicicleta; luego, había ido la nurse a su habitación a darle las gracias por...

...algo; otra criada la había visto. Claro, él aprovechaba la circunstancias de que lo creyeran soltero. Por eso, estaba tan nerviosa que dejó caer la bandeja y ahora, todo estaba echado a perder.



Lloraba con tal angustia que Lars reprimió los deseos de reír que le causara aquella noticia.





Procurando abrazarla y besarla le contó la aventura de Baby, Mary y él mismo. ¿Cómo dudaba de su amor y de su lealtad, ella tan luego? ¿Es que el pequeño mundo al que vinieran a parar había logrado reducir las dimensiones de un amor que él creía infinito, absoluto?—¡Gracias a Dios, nos vamos!

—Ya encontraremos algo mejor. Nada de fingimientos. Marido y mujer en plena lucha. Prepara las maletas, Vivi. A casa de la bendita miss Flathery otra vez.

Y ya aparecerá algo bueno. De aquí, nos llevamos bastante dinero.



Ella había dejado de llorar convencida, feliz, acurrucándose en los brazos de su marido que la besó conmovido:—Mi pequeña, mi dulce Vivi, vámonos, mañana mismo.





Durmieron contentos, dispuestos a partir luego de haber convenido con Müller el pago. El mayordomo estaba desolado. Pensar que la misma señora decía que Vivi era única. "Pero es una mujer caprichosa, enferma."


Estaban juntos los dos, luego de descubrir lo tan oculto, que eran esposos. Mary que pareció triste y sorprendida, los felicitó. Hacían una pareja perfecta. Cada uno con su maleta, salían rumbo al parque. Fue entonces, cuando...
¡Lars, no te vayas! Hablé con papá; llegó anoche. ¡Ven, quiere conocerte!


Lars se volvió, sonriendo a la chiquilla:
Bueno, Baby, pero has de saber que Vivi es mi esposa y que lamento mucho no habértela presentado antes.
Mamá estaba llorando hace un rato porque la había despedido.


La chica saltó hacia Vivi que le tendió su mano fina, sonriendo.
Mirá, Lars, ¡papá en persona viene a verte!


Un hombre avanzaba hacia la pareja. Cuando Baby hubo dicho: "Este es Lars, papá Piensa en Dios como tú." El señor estrechó ambas manos a Lars, agradeciéndole que hubiera sido capaz de poder encontrar un punto sensible en su diablillo.


Luego miro a Vivi:–Mi mujer desea que usted se quede. Suba a verla; está reclamándola. Entonces Lars explicó su historia; el hombrote pareció escucharla complacido. –Admiro a los escandinavos y veo que usted y su mujer constituyen una fuerte pareja. Mi deseo es que se queden aquí.


Müller me ha pedido hace años permiso para retirarse. Puede usted, Laurila, ocupar su puesto. Hasta que nos conozcamos mejor, yo le brindo ofrecerle algo más digno.
En cuanto a su esposa, la mía, que es enferma, la necesita mucho.


Baby saltaba contentísima, rodeó el cuello de su padre, besándolo.
Te quedarás un tiempo aquí, ¿verdad? ¿No irás a Chicago?
He liquidado mis negocios. Prefiero este pequeño mundo.


Vivi llegaba enjugándose los ojos: –La señora es muy buena. ¡Estoy tan contenta! La servidumbre, incluida Mary, prorrumpió en un largo *hurra* cuando ambos esposos se dirigieron al pabellón que les señalaba mister Müller.


Aquí viví yo con mi esposa, veinte años. Ahora nos volvemos a Boston.


Aquella noche hubo mesa tendida muy especial en el comedor de la servidumbre. Antes de los postres apareció Baby con una torta.
¡La manda papá y mamá para festejar al matrimonio Laurila!
FIN

EL ABUELO MARTIN

POR MARIA ALICIA DOMINGUEZ

★

DIBUJOS DE DAVID COOPER

★















Lo obligaron a bajar al pueblo, recibiéndolo el alcalde junto al señor cura en la enorme y bien abastecida mesa tendida para agasajarlo.



Una muchacha le echó al cuello la clásica "cuelga", collar de rosquillas y confituras. Y comenzaron a ofrecerles dones: dos mantas, un jamón, una damajuana de sidra y otra de vino, sábanas bordadas, camisas, pañuelos.



Todos habían llevado lo suyo como si desearan resarcir al buen viejo de la ingratitud del único hijo ausente. Enaltecían en el montañés al preclaro linaje del pueblo. Hubo fogatas y bailes por la noche.



El sacerdote obligó al abuelo a quedarse en la Parroquia.







Rosalía, la vieja hermana del párroco, esmeró sus comidas y aquellos días y noches tuvieron calor humano y ternura profunda para el viejo Martín.

Una tarde, caído el sol, y cuando esperaba al padre Justo que llegaba a esa hora a casa, vio desde lejos su rostro iluminado por ancha sonrisa.





Había escrito el ausente una carta fervorosa, trémula de remordimientos. El hombre, maduro para la muerte al parecer, llamaba al padre, implorante, disponiendo todo lo necesario para el viaje ultramarino.

Martín callaba, mientras a su vez, ahora, el sacerdote leía la carta, muy conmovido.

¿Irás, verdad, Martín?

Sintió el anciano el tirón de su carne, el pánico del enfermo, su sangre. Y dócil a aquel sentimiento cerró la choza, dijo adiós a los caminos rispidos, y se embarcó para despedir al hijo empavorecido en la ribera de otro viaje.



Conceptuaba el viejo que era ese su deber. Valerosamente, pues, defendió su alma del temor a los lances de mar. El señor cura y dos muchachones lo acompañaron al puerto.



Daba gusto ver la estampa recia, erguida y noble del anciano, en cubierta.





Durante la travesía realizada en un transatlántico de primera, el abuelo montanés, mantuvo un señorío admirable. Se erguían bastante bien sus ochenta años dominado el aspecto magro, las lumbres chiquitas...



...de los ojos linces hechos a perseguir el vuelo de las águilas. La curiosidad del pasaje se inclinó respetuosamente ante el anciano.



Los jóvenes estudiantes que viajaban, más de una vez buscaron con simpatía y admiración al abuelo Martín, cautivados por la pureza de su lenguaje.



El arribo fue muy triste. Esperaban al viajero dos personas de expresión desdeñosa y ausente: la esposa y el hijo del moribundo.



El automóvil era suntuoso, con sedas y metales que deslumbraron al buen viejo, aunque su actitud no lo demostró. Sentía el desprecio glacial de la señora perfumada, cuyo pelo demasiado rubio y cuyo perfume demasiado fuerte, le repugnaban tanto como su actitud distante cuando le dijo:





—Habrá adivinado que soy Nora, la mujer de su hijo. Conceptúo que él ha cometido un disparate disponiendo este viaje. Pero en fin, allá sus disposiciones, como siempre hace lo que le viene en gana... Está muy mal, ¿sabe usted?

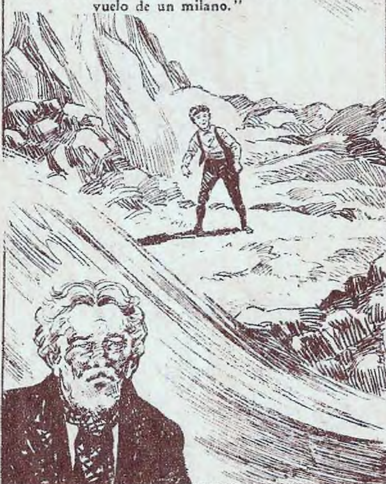
Mordía las palabras con su boca muy pintada y los ojos oscuros que se clavaron en los del anciano trasuntaban maldad. El hijo no hablaba. Al volante, devorando las calles con una prisa que mereció el reproche de la...



...madre más de una vez. Se llamaba Alberto. —Este es mi nieto, pensó el abuelo mirando el cuello delgado, las manos finas del mozo. Trascendía de su expresión algo cínico, frío, muy semejante al aire de la madre.



"Este es mi nieto, el hijo de aquel a quien yo recibí como a un don del cielo, el hijo del muchachito cuyo salto esquivaba la espuma de los ramblizos con una agilidad tan fuerte, al pastorcito de seis años curioso ante el vuelo de un milano."



—Su hijo—no decía mi esposo, ni le temblaba la voz— —Su hijo está enfermo de muerte, creo que no le digo una novedad, que usted ha de haberlo imaginado... porque no se dispone un viaje así, como un paseo.



"¡Qué duro tiene el corazón!" —pensó el viejo sin volver la cabeza hacia ella, solicitado por el paso y la visión de los hermosos jardines a ambos lados de la gran avenida.





La mano de la mujer un poco trémula, cargada de joyas, tocó el brazo del abuelo, mientras ella susurraba: —Vivirá usted un poco apartado en nuestra casa. No conviene que le vean..., así..., hasta que modifique algo su aspecto.

—Mamá, por favor, más despacio, vas a asustar a don Martín. —se oyó la voz del joven: Y esas palabras dolieron de verdad en el alma del viejo.





Llegaron al palacio rodeado de jardines. Hábilmente, la señora había dispuesto el asueto del personal de servicio. ¡Que frías aquellas salas de oro y penumbra, aquellos salones vastos con muros cubiertos de pinturas al óleo!

"Venga usted por aquí." Permaneció inmóvil un segundo bajo el dintel de la espaciosa habitación cómoda, elegante, con ventanas al jardín. El hijo estaba en cama, consumido, febriles los ojos, llenos de lágrimas, un poco jadeante...



Tendió sus manos de esqueleto, alentando unas palabras de bienvenida: —Padre, Dios ha sido muy bueno conmigo al permitirme que volviese a verle. La mujer y el hijo abandonaron la habitación como dos sombras.



"Siéntese usted aquí a mi lado, padre, por favor. ¡Qué guapo, qué fuerte se le ve!" Luego en voz baja, ansiosa, recordó el pasado: las luchas, los triunfos, la ingratitud, el olvido. ¡Qué mal se había portado, cuánto le dolía ahora!







Bajó la vista como cuando de niño no se atrevía a soportar la mirada del padre después de mentirle. Y trató de explicarse: —Creo que no debí casarme como lo hice, para elevar mi suerte... Estimé a mi mujer, eso sí...



El abuelo erguía su estatura de forja antigua, como apercibido a una defensa, cuando volvieron a entrar en el dormitorio la mujer desdeñosa y el hijo sonriente. La primera dijo: —Ya he preparado sus habitaciones, puede seguirme.



Las dos piezas, un dormitorio y una salita contigua, con su cuarto de aseo, eran tan lujosas como el resto del palacio, pero estaban situadas en la mansarda a la cual acudían palomas lentas que pronto amistaron con el viejo pastor.



La ternura casi póstuma del hijo era un lenitivo a la dureza con que le trataba la nuera y el nieto, y el desdén con que lo miraban los sirvientes.



Postrado el enfermo, sus deudos comían solos en el comedor; al abuelo Martín se le atendía en sus habitaciones.





Solamente a la orilla blanca del lecho filial encontraba el pastor un poco de reposo. Miraba con pena las manos traslúcidas cuyo contorno rapaz habíase acentuado, como si el alma se acusara en ellas diciendo la ambición de una vida que ahora dejaba caer todos sus dones para tornarse hacia el viejo...

...como el niño se vuelve en la cuna hacia la madre: —Cuéntame de la montaña, padre, de su olor cuando mayo florece. Pensar que yo dormía a la rosada y algunas veces me desvelé oyendo a un ruiseñor.



Tenía hambre de madroños, sed de leche recién ordeñada, era pobre y feliz.



"Cuénteme usted de aquellas gentes, de aquellas costumbres, padre." Y como quien hace dormir a un niño, el abuelo Martín devanaba la rueda de las memorias, de las confidencias.



—Me fastidia este viejo con sus evocaciones —decía la nuera al hijo, quien también aborrecía en el abuelo su origen rústico, ultramarino.





Gente sin ley, pensaba el abuelo Martín, callándose junto al lecho mortal. Les tufa el alma como un cubil de bestias feroces. El moribundo se agarraba a sus manos, fuertes como un áncora.

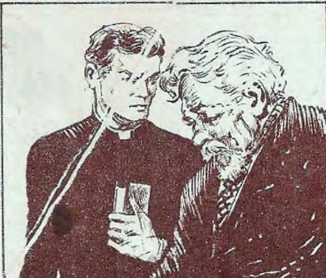




Ya no quería estar sino con su padre. Fue el anciano quien le recordó la necesidad del sacramento final. fue él quien lo asistió en aquellos instantes. El sacerdote muy joven, casi un niño, miraba con fervor al anciano, admirado de su serenidad, de su eficacia junto al hijo.

Cuando sobrevino lo irremediable, los ojos del pródigo se cerraron bajo el mirar absolutorio del abuelo Martín que besó los párpados y puso el rosario entre los dedos pálidos: —Hasta que Dios lo quiera, hijo. El te bendiga.





El joven sacerdote acompañó al anciano hasta sus habitaciones cuando la nuera decidió, trágicamente, arrojarse sobre un diván presa de un ataque de nervios. Los ojos del abuelo estaban enjutos, pero su pecho de roca, sufría mucho.

Optó por rezar como lo hacía en sus largas horas de soledad desde que Dolores, la mujer, había muerto. Absorto en sus oraciones no oyó llegar a la nuera. Ya vestía de negro, muy elegante; nada indicaba la alteración nerviosa...



...por la que al parecer acababa de pasar. Altanera, dueña de sí, anunció al anciano que debía abstenerse de velar con ellos, porque iba a empezar el desfile social, la visita de los personajes de la familia.



Y él, bueno, a él nadie lo conocía, nadie sospechaba su existencia. Por otras parte, la culpa solamente era suya, por no haber querido trocar su vestimenta rara de montañés por ropas más civiles. —A su edad hay que evitar emociones.



Entendió el abuelo Martín que su vida quedaba subordinada al egoísmo feroz de la viuda orgullosa y del nieto ausente y frío.



Eran peores que las fieras a las que espantaban las hogueras. Mucho peor y difícil la vida ciudadana que la de las montañas erizadas de espinas. ¡Mejor perecer comido de lobos que vivir entre seres emboscados y crueles!



Pensaba en el regreso: la montaña, el invernal, el pueblo, la cara afable del señor cura, los atardeceres después del Rosario, aquellas buenas gentes que aún en sus errores apasionados eran más puras, más simples.



Pero el orgullo iba encerrándolo cada vez más ante la nuera despreciativa. Ni por todo el oro del mundo hubiese roto el silencio de piedra opuesto a la mujer como única defensa. No dejaba ella de estremecerse cuando, el...



...viejo clavaba en ellas las chiribitas de sus ojos más expresivas que los labios comidos por el gesto severo.



Había un motivo de odio en la actitud de la mujer que siempre se había opuesto al viaje del anciano: aquella momia campesina podía estorbar la boda ventajosa de Alberto, agraciado con todos los dones de la simpatía y la fortuna.



¿Acaso hubiera ella aceptado al marido conociendo su origen? Nunca. Al enterarse de las raíces pastoriales, impuso el desvínculo absoluto del pasado como un desagravio al engaño primero. Ahora la novia selecta, ¿qué diría?



"¿Qué diría del viejo? A lo mejor se muere pronto... es lo más *natural*." Deseaba la nuera desde las entrañas de ese egoísmo que acusa en la maternidad únicamente física, las reacciones del animal ante su cría.





Ha vivido bastante y ahora, sólo molesta, sólo perjudica, decían aquellos ojos pequeños y oscuros como el espíritu de su dueña. —Ojalá se cumpliese tu deseo, —respondían los otros, cada vez más pálidos dentro del aro senil.

El abuelo anhelaba sus cumbres solitarias, la ribera de los adioses, el regazo del cementerio. La nuera no tardó en decirle: —Se marchará usted pronto.



Yo misma areglaré su equipaje. Aquí, ya lo ve, ha concluido su misión.





Días eternos faltaban para la partida. Esa tarde se sintió enfermo. Tal vez muriese en alta mar, pues estaba cierto de que la enemiga lo obligaría al viaje. Bueno, ¿y qué? El elemento apasionado, cincuenta años atrás, quedó su padre. El mar era la libertad. Y él sólo deseaba marcharse...

Rezaba el segundo misterio del rosario cuando oyó la voz femenina: —Ya te dije que deseo conocer a tu abuelo. Y la respuesta del nieto: —Está muy anciano; chochea, no va a gustarte que te presente un viejo con babas. Es indigno de tí.



—Demasiadas palabras para negarme una cosa, Alberto. Quiero conocerlo; me encantan los viejecitos, y siempre soñé tener un abuelo. Aquí están sus habitaciones, lo sé por tu nodriza. Y una voz clara, dulcísima, llamó:



¡"Abuelito, abuelito"! Más de cincuenta años de ternura contenida, estremenciérose poderosas en el anciano impulsándolo a ponerse de pie, trémulo...



De pie en el vano, le sonreía una criatura luminosa. —Abuelo, abuelito.



Pero Alberto, si parece una estampa de Sorolla, un cuadro de Zuloaga. Se le ve fuerte como un árbol antiguo...





De pronto la criatura encantadora, adelantándose, puso los ojos profundos en el anciano y le tendió gentilmente la mano, sonriendo: —Yo soy la prometida de su nieto, señor. ¿Cómo está usted?

¿Sabe que por ahora se ha cancelado su pasaje? Vengo a decírselo.





Entre el viejo y la niña nació un sentimiento amistoso, compensador para él de muchos pesares; motivo para ella de ejercer su apasionada caridad... Tuvo el abuelo Martín mimos y desvelos, palabras y silencios comprensivos...


...y basta la admiración de la muchacha culta y sensible que oía con deleite su hablar como de viejo romance castellano. Todo lo cual promovía el desdén de la nuera cursi. En la juventud radiante de su amiga hallaba el anciano un reflejo de la hermosura perdida más allá del mar.


De toda la vida artificial que lo rodeaba nada atraía la atención del abuelo pastor. Costaba trabajo a la niña, fuera de unos dulces o unas frutas, hacer un regalo al viejo. —Vamos a ver, abuelito, por favor, ¿qué le gustaría tener?
Nada, hijita, nada. Sólo tu visita que es como la del sol.


Gracias, pero yo soy feliz cuando le compro algo, abuelito.


—Piense, piense, hay muchas cosas lindas que a lo mejor le gustarían... Tanto insistió ella con su ternura filial que lo que el viejo callara salió a luz: era una curiosidad casi póstuma la del abuelo ante esas cajas secretas que miden el tiempo con su latido musical. Soñaba tener un reloj de bolsillo.

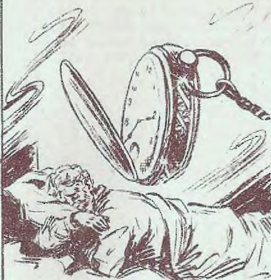

Cuando lo supo, Adriana bailó como una chiquilla en torno del viejo.
¡Ay, abuelito que alegría más grande tengo ahora! ¡Ya verá, ya verá usted!


—Voy a regalarle un reloj de oro, el más hermoso que se pueda figurar, con una musiquita dentro de varias tapas y una cadena para que se lo cruce en el chaleco, tal como he visto que se usaba antes...


Lo recibió con manos trémulas: —¿Para mí hija, para mí? ¡Qué bonito, qué relumbres, bendita del Señor, que El te lo pague!


Y la cadena, ¿le gusta, abuelito?

Desde entonces ya tuvo compañía la soledad del anciano, dado a bruñir su cajita musical, absorto en la marcha lenta de las agujas y el dibujo de las cifras. De noche, el reloj lo mecía con su tictac, constante...





De día, era encantador lucirlo a la luz, aplicárselo al oído, abrirlo, cerrarlo. Aquella diversión estaba lejos de notar por cierto, la curiosidad voraz de los sirvientes ni el odio de la nuera.

Se acercaba la fecha de la boda y la madre examinaba con terror la posibilidad de exhibir al abuelo impuesto quizá por la encantadora sencillez de la novia. cada vez más amiga suya.



Aquella aristocracia verdadera no imaginaba desmerecer en un entronque natural con las costumbres y las estrellas del linaje pastor...



La señora se entregaba a la negra esperanza de que el anciano muriese en el invierno, antes del matrimonio. La novia se había opuesto al viaje.



Era ella quien obligó al novio a que devolviera los pasajes; ella quien había resuelto que la boda se celebrase en la mayor intimidad y que el abuelo fuera uno de los padrinos.



La ambición contrariada, la ira, el despecho, provocaban en la orgullosa madre del novio una especie de frío delirio que la mantenía en vela.





Además, bien lo sabía ella, la intimidad de una celebración es relativa cuando la familia es vasta, poderosa y millonaria, como la suya. Nadie hubiera tenido que objetar que las tías y primas numerosas aportaran su elegante presencia y sus... valiosos regalos a la nueva pareja.

Por lo tanto habría que poner en forma los salones, recibir las flores, descorchar algunas botellas de champaña. La novia había resuelto:



La futura suegra se sintió desvanecer. Pues estaba bueno, y nada menos que en el templo iba a lucirse el viejo. En realidad, claro, estaba enfermo y...





...cualquier contratiempo podría postrarlo...

Ella no se animaba a pensar que el abuelo muriese. Eso, no. Pero, algún disgusto, a esa edad, reduce al lecho y entre tanto saldríamos del paso con la ceremonia ya anunciada, en forma.

No cavilaba sino oscuramente en las consecuencias de lo que había dispuesto hacer aquella noche. Como todos los seres viles al premeditar el golpe dirigido a un alma, pensaba en lo inmediato ,no en un resultado temible.



A favor de la noche y de la astucia, aquella noche, mientras todos dormían llegó junto al lecho del abuelo Martín.



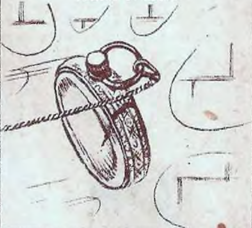
(Duerme profundamente; no advertirá nada.)





En la mesita de luz resplandecía el reloj de oro, junto a la mariposa de aceite que dejaban allí encendida en previsión de cualquier cambio en la salud del anciano. Los dedos finos y curvos como garfios tomaron la joya.

Fue un movimiento instintivo el de la mujer. Ya en el patio la arrojó contra el muro.



Como todas las mañanas, la mirada del abuelo fue para su reloj. Al no verlo *comprendió* en el acto. Y se sintió débil ante aquel hecho.



Era algo urdido por su enemiga, la orgullosa dama de mirada desdeñosa...





Por la tarde llamaron al médico, porque el abuelo Martín se negaba a comer, a tomar agua, abrir los ojos, en una crisis de la moral combativa. Su cabeza blanca de noble perfil, imponía respeto, hundida en las almohadas. La noticia llegó a la nuera y a su hijo, que se sintió conmovido.

La mujer —estupefacta— lo vio quejarse con los ojos llenos de lágrimas.
—Lucía postergará la boda si algo pasa al abuelito. Lo quiere mucho y ha conseguido que yo también lo quiera y descubra en él cuanto hay de admirable. Vamos a verlo, mamá.



Algo extraño se removió en el pecho de aquella mujer petrificada por el orgullo al ver la extenuación del anciano, su palidez profunda. Le recordó a su propio padre muerto, a su marido, apenas enterrado. Y al presenciar la pena del hijo y la angustia de la novia que llegaba apresuradísima...





—Abuelito, por el amor de Dios, hágame el favor de ponerse bien que tiene que ser el padrino d mi boda...
El viejo abrió los ojos maravillados. La joven le besaba la mano y Alberto acariciaba sus cabellos de nieve.

Algo más hondo conmovió al enfermo, porque allí, al pie del lecho, la "enemiga" cruzados los dedos, lo miraba profundamente, con mucho de miedo y mucho de pena en sus ojos humanizados, llenos de lágrimas.



¿Sería un sueño? La oyó aproximarse, la vio inclinarse sobre él, nombrándolo:—Abuelo, póngase usted bien... Hubo un silencio elocuente de ternura.





La había llamado y la mujer sintió que su garganta se apretaba. Salió de la pieza, para no romper en sollozos de remordimiento. Una de las muchachas de servicio la alcanzó en el patio: —Señora, aquí está el reloj del señor mayor.



Advirtió estupefacta que el corazón melodioso no había enmudecido. Sólo se hallaba trizado el cristal, pero eso sería de pronto arreglo. Fue ella misma a su joyero, urgiéndole para ese instante la compostura.



Al volver a pie —había rechazado el automóvil, iba rezando por ella, por el enfermo, por el alma del marido: —Señor, haz que viva y cambiaré con él. Lo encontró ya incorporado y sonriente, bebiendo su taza de té.

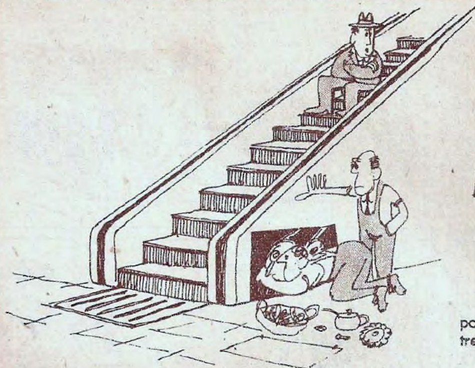


"Abuelito, hemos hallado su reloj, sin duda se cayó. Tómelo". Se lo alcanzaba con una sonrisa de temor y los ojos llenos de lágrimas. Entonces él respondió alegre, mirándola: —Gracias, hija, gracias; Dios te lo pague.





UN POCO DE BUEN HUMOR



—Por favor, ¿no podrían apurarse un poco más? Tengo que tomar el próximo tren.



—Tomemos el dinero que ahorramos para el coche y vayamos al cine.





—Hoy me he quedado sin anestesia.



—Este túnel parece no terminar nunca.

MARJORIE DAW

Por TOMÁS BAILEY ALDRICH

DIBUJOS de J. TAGGINO

El doctor Dillon se decidió, el 8 de agosto, a escribir a Edward Delaney, que pasaba una temporada a orillas del mar, en el estado de New Hampshire: "Estimado señor: Tengo el agrado de asegurarle que la inquietud que lo agobia es injustificada. Flemming deberá reposar tendido en un sofá, de tres a cuatro semanas, y cuando empiece a caminar tendrá que hacerlo con cuidado; pero luego no le quedará ninguna señal de la fractura. Físicamente, a Flemming le va perfectamente bien: mas debo confesar que ...



... el estado de ánimo, irritable y morboso, en que se encuentra, me produce gran intranquilidad. Usted sabe que es el prototipo de la actividad, y también que siempre se ha mostrado afable con todo el mundo. Ahora, su afabilidad ha desaparecido. Su genio es insoportable. La hermana, la señorita Fanny Flemming, vino expresamente a cuidarlo desde Newport, donde veraneaba con su familia; pero, a la mañana siguiente de su llegada, Flemming la hizo llorar y la despachó. Tiene ...



... una colección completa de las obras de Balzac, veintisiete tomos apilados cerca de su sofá, para lanzárselos a Watkins cada vez que este criado ejemplar aparece con alimentos. Ayer, con la mayor inocencia, llevé a Flemming ...





... una cesta de limones. Cierto es que nuestro amigo se accidentó al pisar una cáscara de esa fruta; pero esto no parece justificar que, al ver los que yo le presentaba, reaccionara en forma que no puede describirse convenientemente. Y ésta no es la manifestación más aflictiva de su estado de ánimo. En ocasiones...



... permanece quieto, taciturno, desesperado, contemplando su pierna entablillada. Nada puede distraerlo de su melancolía. Los libros no lo atraen, salvo para utilizarlos como proyectiles. Si Flemming tuviera una familia que dependiese de su trabajo, esta irritabilidad ...

... y este desaliento serían completamente naturales; en un soltero de veinticuatro años, rico y sin zozobras económicas, tal estado es paradójico. Si semejantes extravagancias siguen dominándolo, terminarán por causarle una inflamación del peroné, que es el hueso que se quebró. Conozco anestésicos para aliviar dolores y procurar sueño; no conozco ninguna medicina que sirva para dar sentido común. Por eso acudo a usted, amigo íntimo de Flemming y con influencia sobre él, para pedirle que le escriba y trate, por cualquier medio, de combatir la melancolía de mi enfermo."



A vuelta de correo, Edward Delaney escribió al herido una carta en que le decía, después de las expresiones propias de las circunstancias: "¡Me imagino lo tranquilo que estarás, sin poder moverte! El estado de salud de mi padre, aunque mejora, me impide ir hasta ahí y acompañarte, pero te escribiré, si mis cartas pueden entretenerte. Sin embargo, poco tengo que contarte. Nos alojamos ...

... en una alquería, sobre un cruce de caminos, casi a cuatro kilómetros de los hoteles, y llevamos la vida más apacible que pueda concebirse. Me gustaría ser novelista, porque esta antigua casa, rodeada de pinos que se convierten en arpas eólicas cada vez que el viento sopla, sería el lugar ideal para escribir una novela semejante a las de Turgueneff. Desearía saber si ...



... una Liza o una Alejandra Pavlovna podría animar a un muchacho que sufre constantemente dolores en la pierna. Y me pregunto si una muchacha yanqui, de gran valor, arro[illegible]te y espiritual, podría servirte de algún consuelo en tu deplorable estado actual. Si así fuera, me apresuraría a ir en busca de una para ti. Imagínate, frente a nuestra casa, al otro lado del camino, una mansión construida, tal vez, en época de la colonia. En ocasiones, una ...



... joven aparece en la galería, sosteniendo en su mano una tela bordada o un libro. Hay allí una mecedora que se ve desde mi ventana. Es lo más adecuado para mecer a una niña de dieciocho años, de cabello rubio y ojos obscuros, vestida con un traje del color de la ilusión, verde esmeralda, y calzada como una beldad de los tiempos de Luis XIV. Todo el esplendor ...



... ¡de la doncella parece un nenúfar en una tarde resplandeciente de sol... Pero basta ya de absurdos semejantes, que convierten en enfermo a un joven y serio abogado que pasa las vacaciones con su padre convaleciente. Envíame unas líneas, querido John, y dime cómo te encuentras. Escríbeme larga y serenamente. Si te conduces con violencia o insultas a quienes te rodean, te aplicaré el rigor de la ley."



John Flemming contestó en seguida a su amigo, cuya epístola habíale parecido una gracia de Dios, en medio de sus sufrimientos y de sus tristezas. Prometía enviar a Delaney su yegua rosilla —llamada **Margot**— y, como se había imaginado —¡vaya si se había imaginado!— todo lo que Delaney le contaba, rogábale que le escribiera con mayores detalles. ¿Cuál era el nombre de la bella de la mecedora? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Tenía novio?...



Delaney no anduvo remiso en su respuesta, si bien empezaba por aclarar que su tarea sería difícil, pues allí, en Los Pinos, no había nada, "a excepción de la muchacha de enfrente. En este momento se mece en el sillón. Se llama Marjorie Daw, hija única de Richard W. Daw, coronel retirado y banquero. Pasan aquí ocho meses del año, y los otros cuatro en Baltimore y Washington. Me interrumpo, porque me llaman al salón."



"Reanudo esta carta. El motivo de que me llamaran al salón era que el coronel Daw había venido a presentar sus saludos a sus nuevos vecinos. Lo encontré hablando con mi padre. Antes de despedirse, el coronel nos hizo una invitación. Mi padre se excusó, alegando su estado de salud; pero el hijo de mi padre aceptó, haciendo una graciosa reverencia. En mi próxima tendré, pues, algo que contarte."



Edward Delaney tuvo, en efecto, algo que contar, pero no tanto como se prometía, pues "la tertulia resultó muy monótona. Asistieron Bradly, teniente de marina; el rector de la iglesia episcopal de Stillwater y dos señoritas Kingsbury, de Filadelfia. Hubiera sido una reunión insoportable sin Marjorie Daw... Pero ¡estaba Marjorie Daw!... Después del té, yo ...

... me quedé para fumar un puro en la galería con el coronel. Marjorie trajo los cigarros y encendió las cerillas con sus delicados dedos, en la forma más encantadora. Con su vestido blanco y su cabello dorado, parecía un hada surgida de las espirales de humo. Era notorio que el viejo coronel la adoraba, y ella lo rodeaba de mil atenciones cariñosas. Permanecí ...



... con los Daw hasta las diez y media, y contemplé la salida de la luna. El océano, por obra de magia, se convirtió en un campo irregular de resplandeciente hielo. Hablamos del tiempo ...¡y de ti! Me deslizaba de un tema a otro con toda naturalidad, y Marjorie me estimulaba con toda clase de preguntas respecto a ti. ¡Decididamente, tú le agradas!"



Había cierta resignada impotencia en la respuesta que John Flemming dio a esa carta. "Se me ocurre, amigo mío —le decía—, que estás dirigiendo un fuego bastante activo sobre mi vida privada. Puedes abusar de mi como quieras, y no me quejaré, pues no sé qué haría sin tus cartas, que son las que me están curando. Esa señorita Daw debe de ser una personita encantadora. Indudablemente, me agradaría. Ya me agrada, y me la represento con tal nitidez que ...



... si me enviases una fotografía suya inmediatamente la reconocería. ¿No podrías sacar una de su álbum —pues ha de tener un álbum— y enviármela? La devolveré antes que la eche de menos. ¡Así procede un buen muchacho!... Y ¿es verdad que demostró curiosidad por mí? ¡Qué extraño es todo esto!"



Era del 20 de agosto la carta en que Delaney decía a su impresionable amigo: "Cuando me dirigía a despachar mi anterior, alcancé a la señorita Daw en el camino a Rye, donde se halla el correo. La acompañé, y regresamos juntos . . .

Nuevamente la conversacion recayó sobre ti y volvió a recaer cada una de las diez veces, por lo menos, en que he estado con la señorita Daw después de ese encuentro. También . . .



. . . la he sorprendido distraída, contemplando el mar. En ocasiones semejantes, si bruscamente nombro a mi amigo Flemming, los sombríos ojos se fijan instantáneamente en mí. En cuanto a la fotografía que me pides, no puedo negarte qúe hay una de Marjorie sobre la chimena de la casa. Su falta sería advertida. En cambio . . .

. . . te envío adjunta una clavellina. La señorita Daw repartió varias en una reunión. No concedas mucha importancia a ese detalle: su naturaleza jovial la impulsa a esparcir flores, tal como hace la primavera."



Dos días después, la carta de Delaney trataba de persuadir a Flemming de que sería insensato escribir a Marjorie Daw para agradecerle la flor. Continuaba: "Mi padre y yo hemos ido a Rivermouth —quince kilómetros— con el coronel y su hija. ¡Qué ingeniosas tentativas realizó Marjorie para vencer mi deliberado propósito de no pronunciar tu nombre! Y, sin embargo, el teniente Bradly la corteja, y sus aspiraciones son poderosamente apoyadas por el coronel."



Las siguientes cartas de Delaney tuvieron como principal objeto el de atenuar los efectos de las precedentes. ¿Cómo podía llegar a creerse enamorado de una mujer a quien jamás había visto? Flemming, más empecinado a cada noticia, se preparaba para el viaje. Casi con desesperación, Delaney pidió la ayuda del doctor Dillon y telegrafió además a su amigo: "No podrías verla. El padre la ha encerrado en su habitación." Y Flemming respondió por el mismo medio: "¡Ella encerrada! Esto me decide del todo. Saldré en el expreso."



En la tarde del otro día, el expreso dejó en la estación de Hampton a un joven que, afirmándose en el hombro de su criado Watkins, subió a un coche de alquiler e indicó que los llevaran a Los Pinos.

Descendió con dificultad en la puerta de una alquería y, dirigiendo una mirada rápida al otro lado del camino, pareció impresionarse mucho por alguna peculiaridad del paisaje.



Su expresión hízose francamente disgustada al saber que el señor Edward Delaney había partido la víspera para Boston, dejando una carta para Flemming.





Al cerciorarse de que quien le hablaba era John Flemming, el hombre se alejó, para volver con dicha carta, que decía: "No tuve otro propósito, al escribirte, que mitigar tu tedio de enfermo."



"¡Escapo de tu cólera, mi querido John, pues al otro lado del camino no se levanta ninguna mansión, ni hay ninguna galería, ni se ve ninguna mecedora . . ., ni existe ninguna Marjorie Daw!"

FIN

CASADOS vs. SOLTEROS

por ALFREDO FERRONI



-¿PODRÍAS CORTARME POR AQUÍ ESTOS PANTALONES, QUERIDA?



-DÉJAME MARCAR AL JEFE. EL LUNES COMIENZO A TRABAJAR EN OTRA EMPRESA.



-¡QUÉ TANTO PASALA, PASALA!¡ACASO TENGO YO LA PELOTA!...



-¡NO PODÍAS ESPERAR OTRO MOMENTO PARA LIMPIARTE LOS ANTEOJOS!

TERCIOPELO NEGRO

Por XAVIER HERBERT

ADAPTACIÓN —— DIBUJOS DE MARTHA BARNÉS

Intervalo Álbum 52 - año 1962

Mark, llegó a aquel rincón de Australia con un puñado de compañeros tan ávidos, tan recios y desaprensivos como él.

Construiremos casas, almacenes, saladeros, industrializaremos el producto de la pesca.



—Hay que aprovechar la fuerza de las mareas. Construir una central eléctrica. Aquellos propósitos arrogantes se ahogaron en aguardiente y francachelas. Y Mark apenas llegó a levantar con sus amigos una serie de chozas.



Eran de corteza de árboles y latas de petróleo. Luego las proveyeron de hamacas, algunos enseres y muchas botellas de aguardiente.
—La más decente y habitable de las casas es la tuya, Mark.



A la sombra de los mangos y las frágiles palmeras, Mark evocaba sus sueños de perdida grandeza. Se conformaba con cazar patos y ganzos y recoger azucenas silvestres. El mar era una fuente inagotable de alimentos.

Mark y sus amigos preferían pescar, al contrario de los negros nativos.



Nosotros cazar también cerdos salvajes, buena carne.



Una mañana, Mark refrescaba su ardorosa frente bajo el agua que un sirviente negro vertía sobre él desde un enorme cántaro... —Amo, el diablo rojo del aguardiente le ha mordido le frente.



Era verdad. Noche a noche, Mark buscaba ahogar en alcohol la memoria de su fracaso. Más aliviado, se erguía cuando le alcanzaron una toalla nivea: —Tome usted, amo. Soy su nueva esclava Marowallua. Casi sin mirarla, él recibió el lienzo mientras el sirviente se explicaba.

—Mi viejo tío ha enviado esta mujer a casa, amo blanco.
Era verdad que aquella choza necesitaba una presencia femenina; alguien como la joven negra que barriese a diario, abriera las ventanas, cocinara bien y sacudiese la ropa dentro del caudal del arroyo hasta ponerla blanca.
Una amable vida reinaba ahora en la choza. Y cuando Mark volvía de pescar medusas, era grato encontrar buen fuego, mesa tendida y un aroma suave de azucena silvestres en el sitio antes descuidado y oscuro.



Marowallua era hermosa como tallada en ébano, de extremidades muy finas, cintura breve y manos delicadas. Mark no hubiera puesto sus ojos en ella, a no tratarse de que pudo apreciarla como enfermera cuando picado por un insecto estuvo al borde de la muerte.

Fue la negra quien acudió, con el brujo de la tribu, quien le hizo beber un cocimiento de hierbas aromáticas y le cambiaba las toallas embebidas en agua fresca a cada rato.




Mark deliraba, mientras sus compañeros bebían en la taberna, dándolo por muerto.
A su memoria; yo no me acerco a la choza de Mark... por temor.


Pensaba que podría tratarse de una de aquellas enfermedades infecciosas que barren con los cristianos en extrañas epidemias. Mark, entre delirio y delirio, sólo vio el perfil romo de la esclava negra, abanicándolo...


Ella le hacía levantar la cabeza para darle de beber, lo arropaba, mantenía en orden su choza, recibía al hechicero y velaba hasta el alba, cantando a veces extrañas canciones que hacían llorar al enfermo, lejos de su patria.


En Escocia quedaba aquella novia rubia y tímida, su amiga desde los días de la escuela. Los padres de ella, implacables, le habían dicho:
Si en menos de dos años no vuelves con un porvenir hecho, renunciarás a Lily.


La fiebre de Mark evocaba a la novia junto a su lecho, cuidándolo, para despertar luego de su ensueño y encontrarse junto a la muchacha negra. Convaleció con mucha debilidad y fue atendido por Marowallua.


Ella no hablaba nunca. Iba descalza, vestía con sencilla ropa, siempre limpia y el sonar de sus pulseras de cobre, alegraba al hombre solitario.


En aquellos ojos de mansa lumbre oscura, en las manos de palmas claras y dedos aguzados, había una suavidad que justificaba el nombre que daban los amigos a la muchacha, cuando ya libres de su miedo visitaban ahora a Mark: "Terciopelo negro es la esclava ideal, eficaz, linda, muda."


—Nunca pensé que pudiera considerarse linda a una negra —fue la respuesta de Mark, y uno de aquellos hombrotes le dio con el codo, advirtiendo:
¿No tienes gratitud? Ella te ha oído.


Nada acusó la herida en la muchacha que parecía una estatua de ébano. Tampoco a Mark le daba poco ni mucho que ella se ofendiera o no.


La vida brutal, a fuerza de lucha endurecía a aquella gente. Solamente un filo de luz había en el alma de Mark: el recuerdo de Lily, que a veces le escribía con tenaz cariño. Sin embargo...


Desde que estuve postrado, no he recibido carta alguna de ella.
¿Estará enferma? Se habrá cansado de mí? ¿De esperarme? Tendría razón.


Pasaron dos meses más sin noticias, hasta que llegó una, demasiado elocuente, enviada por los padres de Lily con la participación de su boda. "Lily encontró un buen compañero y ya es feliz."


Mark hizo lo que era de rigor en aquel ambiente: emborracharse. Pero esta vez se fue de la cuenta y su estado se prolongó por varios días. En delirios consecutivos maldijo de la suerte y de la inconstancia femenina.


Se mesaba los cabellos, rechinó los dientes, golpeándose el pecho.
¡La perdí por mi culpa! Merecía estar en el fondo del mar...
Calma, amo blanco, ten calma...


Recobrado de su delirante angustia, Mark se volvió sombrío. Una tarde, mientras veía el ir y venir armonioso de la esclava negra, pensó, resuelto: —Lily se ha casado; me vengaré haciendo lo propio...


—No pienso volver al continente, pero ella sabrá que me casé con una negra despreciable por su raza y su color. Será una bofetada para su familia. Acostado bajo el mosquitero, decidió: —Mañana me casaré con ella.





















José Rivero - Columberos

Caminó entre árboles, aturdido, asombrado. Antes de salir tomó en su mano temblorosa una botella de licor llamado *Ambrosía de Henn*. En la otra llevaba un farol. Dos o tres negras más se unieron a él.



Halló a Marowallua como dormida, acostada sobre cortezas de árboles, en la choza con aroma a hierbas quemadas. La miró con pena. De verdad parecía ahora hecha en terciopelo negro; ya no despertaría nunca. ¡Pobre, mujer!



Sobre una sábana muy nítida le presentaron a un niñito color de miel.



Mark respiró hondo para serenarse, dejó el farol en el suelo y se acercó a su hijo. ¡Qué hermoso le parecía!





De pronto lo asaltó un temor. Aquellas negras podrían matar al mestizo. Lo tomó en sus manos torpes.
–Me lo llevo; es mío.



Marowallua fue sepultada bajo los árboles del bosque: el niño fue signado de manera bárbara con aguardiente en la frentecita.
– Te llamarás Mark Antony.

La fiesta terminó en borrachera; una negra anciana se llevó al niño: en cuanto a Mark amaneció en los manglares de la costa, medio sumergido en el fango, huyendo del fantasma de la pobre Marowallua.



Hubo que internarlo en el hospital con visible síntomas de *delirium tremens*, el brazo fracturado y amenaza de cirrosis del hígado. Estaba enfermo también del alma. Y creyó soñar cuando al cabo de un mes vio frente a sí en la sala del hospital a su hermano Oscar:
—¿Tú... aquí, en este infierno?









El otro lo miró compasivamente: —Ya lo sé y es mejor que lo olvides; estabas loco cuando te casaste con una mujer de aquí. Ella ha muerto y tiene un niño. Vendrá con nosotros. Ya he visto a su nodriza; es blanco.



Mark lloraba cuando Jasmine vino a buscarlo con su esposo y su hermana. Heather, la hermosa muchacha, tomó en brazos al bebé, acariciándolo. Al correr de los días en la residencia de Oscar, el hombre empezó a asfixiarse.





Necesitaba las selvas, el mar, la vida difícil, no aquella rutina. Además, estaba enamorándose de Heather, y en lo más hondo de su alma, no se creía digno de ella. En muchas leguas a la redonda todos sabían, blancos y negros, que estuvo casado con Terciopelo Negro.

De súbito decidió con Chook uno de sus amigos de aventuras:



Huyó sin despedirse y sin besar al niño. Cansado de la pesca de medusas, decidió establecer un establecimiento nuevo en la isla Chineri para la pesca de la madreperla. Se hizo amigo de japoneses pescadores de perlas.





Entre tanto, Oscar y Jasmine amaban mucho al niño al que nombraban Norman. Oscar poseía seiscientas millas cuadradas de tierra que se extendían desde la línea ferroviaria hasta las crestas de los Lonely Rangers.

Era hombre rico y amaba aquellos sitios a los que viniera a buscar a su hermano y donde arraigó sin desearlo mucho. Había arrozales, nenúfares y daba gusto ver a los árboles cubiertos de muérdago carmesí. Claro que las lluvias...




...los mosquitos, las sequías, eran como para volver loco a uno. Pero...
Mi casa es la más fuerte y bella. Aquí nació mi hijita Marigold.


Recordaba siempre el cariño con que los niños jugaron juntos y las preguntas de la nena cuando comparó el tono suave de su tez con la cara dorada de Norman.
—Mi primo es mestizo, ¿verdad, papá?


Oscar y Jasmine inculcaron a Marigold la necesidad de ser discreta, de no referirse nunca a la raza del chico. Y el padre mintió a la niña:
La mamá de tu primito era javanesa; murió.


Con el tiempo, como Mark no diese noticias de sí, pensaron que también habría muerto. Heather recordaba al extraño hombre que había amado mucho.
No tiene corazón. Abandonar a su hijito...


Entre tanto seguían las andanzas de Mark en caminos cada vez más tortuosos. Cho See Kee, un chino con quien comerciara en madreperlas le debía dinero.
—¡Maldito viejo amarillo! ¡No sé, me dejé engatusar por un chino!


Cuando el blanco apareció de improviso aquella noche, Cho estaba contando las monedas de plata que iba colocando en una maleta de cuero color café.
—¡Hola, viejo tramposo!


—¿Qué quieres? preguntó el chino con suavidad. —¡Mis cien libras!
¡Vete!
No sin mi dinero, a ti te sobra el oro, perro amarillo, piojoso.


Frente a la ira del blanco, Cho, parecía un impasible dios de madera, al repetir:-¡Vete! No puedo pagarte. Si no te vas, llamaré a la policía.
Llámala, diré que vendes opio a quien te lo compra, y a precio de oro.


Las manos duras de Mark asieron la maleta. Cho la arrebató apretándola contra el pecho. —Dame lo que me debes o te romperé el cráneo —rugió Mark.
—No puedo.

Forcejearon; Cho retorció una de las orejas de Mark; éste abandonó la maleta y aferró la muñeca del amarillo retorciéndosela hasta quebrarla. Cho, entonces, como pudo, se arrojó sobre el que abría el maletín, llenándose los bolsillos.



Mark levantó la maleta descargándola con toda su fuerza sobre la cabeza del otro que dio un gruñido, cayendo. El agresor se detuvo, jadeante. Vio que Cho se estremecía y que de su boca abierta salía sangre. Oyó un ruido, detrás...





Una mujer china con pantalones de seda apareció con ojos espantados. Gritó: —¡ASESINOS! ¡ASESINOS! ¡Cho está muerto!



Apretó la maleta y huyó en la sombra, despejada la borrachera. En los siguientes días vivió escondiéndose en distintos tugurios y fumaderos de opio. Desde allí envió un recado a su hermano Oscar, llamándolo.

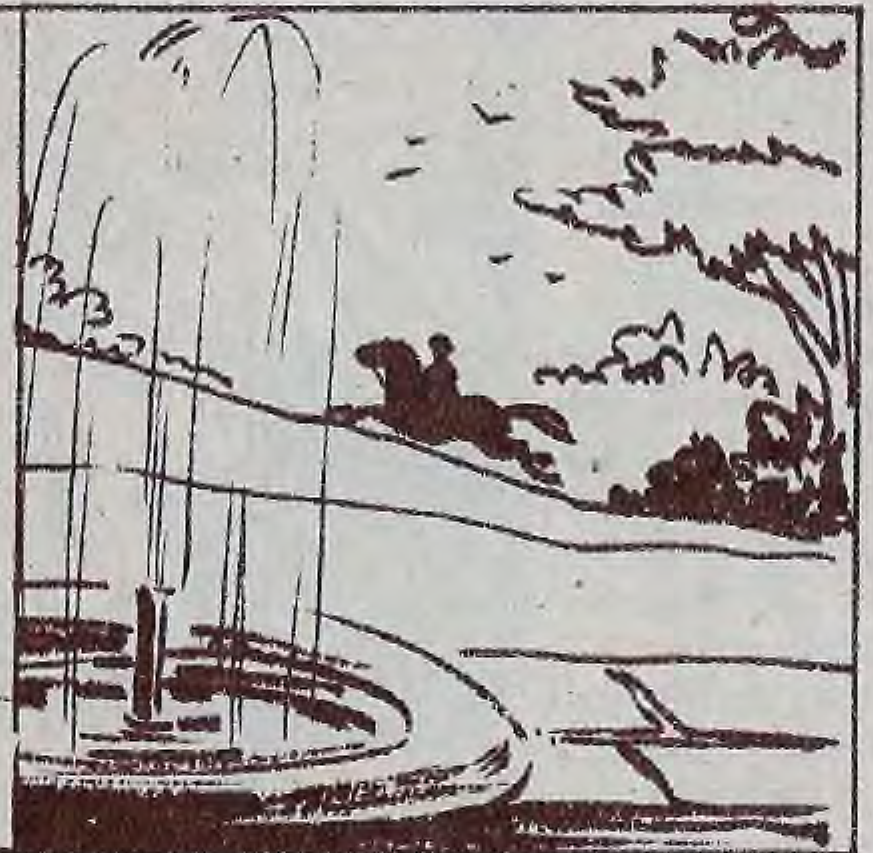


En la casa hubo alegría cuando se supo que el hermano vivía. Oscar partió a buscarlo. *En Port Zodiac* le dijeron que Mark, acusado del asesinato de Cho, había huido en un velero rápido a las Islas de la Cruz del Sur.

Oscar leyó entre conmovido y espantado la carta en que el incorregible le pedía perdón rogándole educase al hijo como propio. Pasaron los años y casi nadie ya nombraba a Mark. Heather, solterona, vivía con la familia de Oscar.



Norman había progresado mucho; era un hermoso muchacho que recorría a caballo las tierras de Oscar, a quien llamaba padre, de un horizonte a otro. Lo respetaban y lo querían mucho. Era de carácter grave y recto.





Resultaba evidente que la bonita Marigold, su prima, lo quería con amor más que fraternal. Heather demostraba, como Jasmine, debilidad maternal por Norman.

En aquellos días conmovió la opinión un nuevo crimen: el del mestizo Paddy Picklande, dueño de un fumadero de opio. Apareció destrozado en las vías del tren. "Pero han de haberlo asesinado antes."



—Falta oro de su caja fuerte, donde guardaba una buena cantidad. El viejo Larsney, es un fiscal inflexible. Pobre del que lo haya asesinado, si aparece.



Habría que limpiar de bandidos esta tierra.

Aquella mañana. Heather regaba las legumbres del huerto de Oscar, cuando apareció un negro que con mucho sigilo le comunicó: —Un hombre llamado Jack Ramble quiere hablarla, amita; la espera en el bosque; le manda esto...



Ella se sintió desmayar cuando tuvo en sus manos la cinta de color ya mustio que perteneciera a un vestido de baile y que mucho tiempo atrás Mark le pidió como un recuerdo, antes de huir.





Disimulando su presencia acudió a la cita. Allí la esperaba un hombre envejecido, encorvado; la barba disimulaba las facciones abotagadas: su aspecto era el de un mendigo; no se atrevió a acercarse a ella.

—Dios te guarde, Heather, cuántos años hacía que mis ojos no descansaban en la paz de tu rostro. Has cambiado poco. Y pareces más linda que antes.



El dejó escuchar una risa dolorosa: —Pregúntalo, si puedes, a una tal Lily Shillingswarth que me burló cuando tenía fe en la vida y en las cosas.



Dominando su angustia le reprochó su vida, su perdición, su egoísmo. No pensó nunca en su hijo, ni en el hermano. Se lo acusaba de un crimen y de un robo. Mark quiso explicarse: —No maté de intento a Cho aunque lo merecía.







—¿Para qué me llamaste? —Ahora, este nuevo lío. Reñí con Paddy porque se negaba a fiarme la maldita droga y... cayó sobre uno de los braseros de bronce. Estaba muerto cuando me incliné sobre él; me invadió el miedo. Lo llevé entonces a las vías del tren, pero ha sido inútil...

Necesito ropa y algún dinero, Heather; en nombre de... algo que nos unió hace tiempo, proporciónamelos, ¿quieres? Los esperaré aquí; debo huir. El fiscal Larsney es implacable y no quiero avergonzar a la familia.



Luego habló de Norman: —Vine aquí hace tiempo y con otro nombre para poder verlo a veces, desde lejos. Nadie diría que es él, el hijo de Terciopelo Negro... y de un perdido. Tiene fama de inteligente, de justo, de bueno...




Heather respondió con dureza: —Lo mejor que hay en él lo heredó de su pobre madre que tuvo la dignidad suficiente como para abandonarte cuando burlabas el juramento que los había unido. —¡Bah, una negra!
¡Lo hubieras pensado antes! ¡Es la madre de Norman y él lo sabe!


¿Quién se lo dijo? Previne a Oscar para que inventara una madre javanesa.
Nunca has sido recto ni leal, Mark, con nadie. Pero...

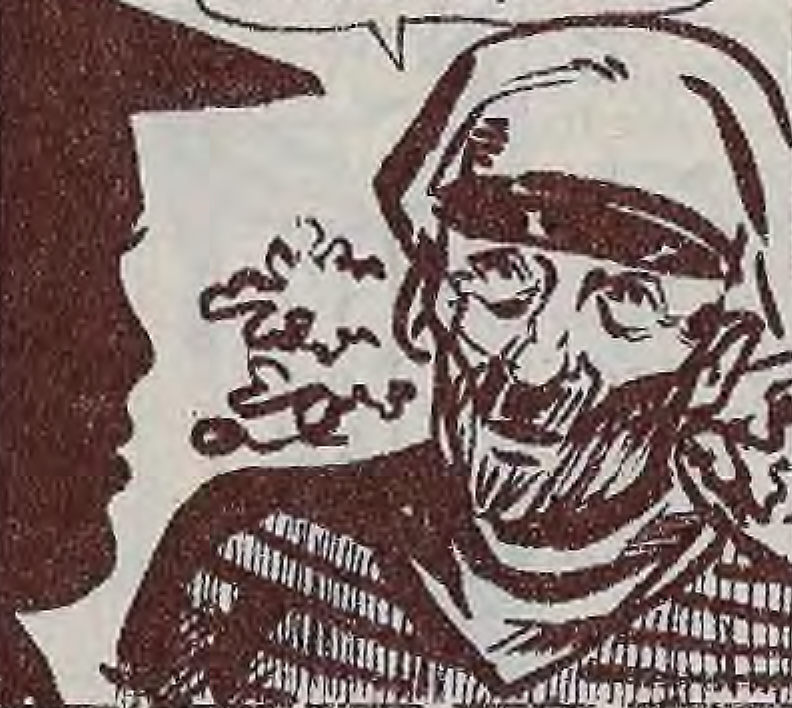

—Procuraré alcanzarte lo que me pides y nos despediremos para siempre.
Dios te bendiga, Heather querida.
Menos mal que aún dices el nombre del Señor.


Norman, sentado en su hamaca, observaba inquieto a la "tía" Heather.
¿Qué te pasa, querida? Lloras... vamos, vamos...


Incorporándose fue hacia ella y la miró con sus hermosos ojos castaños. —Es algo relacionado con... Jack Ramble, ¿eh? Lo sé, lo sé bien. Sé todo, también que es mi padre. Hice cuanto pude por él...


Entonces, ante la angustiada curiosidad de la mujer, contó cómo lo había intrigado la asiduidad de aquel hombre macilen-
to, barbudo, casi siempre ebrio o enfermo que se sentaba frente a él en las tabernas, en la estación...


..."en todas partes. Callé a papá y a los demás la circunstancia, pero me intrigaba mucho. Una tarde lo vi llorar, tambaleándose, mirándome fijo.
Uno de los guiñapos que lo rodeaban me siguió en la noche..."


..."y me propuso revelarme un secreto a cambio de cierta suma."
Fuí amigo de la juventud de ese hombre, sé quien es...


..."y a ti te interesa también conocer de qué se trata." "Cerré trato."
Es tu padre, el esposo de la bella Terciopelo Negro.
Dios mío...


Aquel ex-hombre me contó luego haber formado parte de un grupo de aventureros que habían llegado aquí soñando ser conquistadores.
A tu padre lo hundió un desengaño...




—Desde entonces hice lo que pude por mejorar la suerte de mi padre. Visité a los dueños de los tugurios donde se alojaba, pagando para que lo tratasen mejor. Vi que él me evitaba y cesaron nuestros encuentros.


Ahora Jack Ramble está acusado de asesinato, pero me consta que no es culpable: Donald, el guiñapo que lo sigue siempre fue quién golpeó a Paddy; él y un negro quienes lo arrastraron a las vías, robándolo...


—Pero... él..., mi padre está poseído por el mal demonio de las drogas y cualquier malintencionado como Paddy puede esquilmarlo y cualquier bandido como Donald hacerlo pagar una ajena culpa. Yo he tomado mis medidas.


—Dos miembros de la policía nativa y otro del continente lo vigilaban siempre y atestiguarán su inocencia. Ya ves.... Heather. No debes afligirte.
Lloro de emoción por tu rectitud filial...


Norman tuvo una triste sonrisa al contestar: —En realidad mi padre ha sido el tío Oscar y en cierto modo, mi madre tú, querida Heather.
—Tu papá fue el único hombre con quien me hubiese casado...


—Lo sé por Jasmine, mi otra madre. Bueno, las cosas resultan como Dios lo dispone. No hubieran sido feliz, y por lo menos tienes paz y cariño, Heather. Ella sollozaba, cuando debió interrumpirse ante un llamado.
—Un nativo, veré que desea...


El muchacho negro rogó a Norman que lo siguiese.
El amo Mark quiere verte antes de morir; sígueme.


Heather que había oído, esclamó: —Iré contigo. Ambos salieron; caía ya la tarde. A través de callejuelas empinadas, tortuosas, de casas sórdidas y agujeros que resultaban increíbles viviendas, llegaron a destino.


Hubo aún que subir una escalera retorcida, sombría; se detuvo el negro ante la puerta y abrió sin llamar. En un camastro, iluminado apenas por un par de velas de sebo, pues la luz del día no penetraba allí, estaba Mark.


Al ver a los que entraban quiso incorporarse, pero no pudo. Apenas balbuceó: —Dios os, bendiga por esta actitud de caridad sublime.
Luego empezó a acusarse, golpeándose el pecho esquelético, llorando. Norman lo contuvo y con mucha dulzura en la voz, pronunció una sola palabra: —Papá...


Al oírlo, el moribundo cesó en sus manifestaciones; una luz extraterrena pareció difundirse por sus facciones, suavizándolas, borrando de allí las señales de una vida ruin. Y la mirada acusó desgarradora ternura y nobleza.


Heather se adelantó, cayendo de rodillas junto al camastro: —Te ha perdonado y conoce todos tus yerros, Mark. Vuelve tu alma a Dios y pídele que tenga misericordia de tí, mientras nosotros también lo hacemos.


Cada uno asió una de las manos flacas y febriles de Mark, que rogaba:
—Esto es más de lo que merece un pecador como yo. ¡Perdóname, Dios mío!
—Tú no asesinaste a Cho en realidad y tampoco a Paddy...


—En cuanto a tus otros pecados, creo que... *Terciopelo Negro* murió perdonándolos como yo perdono, y quizá... ella haya rogado y ruegue por ti, padre. Luego explicó al moribundo que había testigos de su inocencia. Con su último aliento y llorando, Mark afirmó: —Pedí a Dios la gracia de morir antes que el fiscal echara montones de fango sobre mi hermano Oscar.


Luego se volvió hacia Heather: Querida niña... que un guiñapo, un bandido como yo, haya merecido un afecto puro y constante como el tuyo..., parece un sueño...


La cabeza cayó hacia atrás, las manos aflojaron su rigidez, y una extraña beatitud pareció distender las facciones, serenándolas. Norman besó la frente de su padre: —¡Ahora llegaste a la Patria que a todos nos espera! ¡Pobre *Terciopelo Negro!* Allí estará aguardándolo con su alma blanca.
FIN

MOMENTO HUMORÍSTICO



—Supongo que no estarás aburriendo a la señorita Ponsonby con tus anécdotas de abuelo, ¿no es cierto, Henry?



—Señoras, es la última vez que les advierto...

LO PRIMERO ES VIVIR

POR

MANUEL LINARES RIVAS

Intervalo Álbum 52 - año 1962

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE EYRE

Los condes Paulino y Eugenia de Casa-Prau, eran dos amantísimos padres de sus hijos —ambos varones por decisión de Dios:— Ricardo y Alberto...

Muy jóvenes se casaron Ricardo y Alberto de Casa-Prau. El primero lo hizo con una agraciada muchachita, María Ignacia de Castro Dovan...

¡Qué suerte! ¡Con una criatura angelical como María Ignacia, Ricardo será tan feliz!

Y en cuanto a Alberto, desposó a Soledad Vargas de Llamazar, virtuosa madrileña de clara inteligencia.

¡Soledad, es la nuera que tanto he soñado! ¿Verdad, Eugenia?...

¡Nuestro Alberto ha sabido elegir maravillosamente!

Todos los padres suelen querer a sus hijos, pero los condes de Casa-Prau tenían delirio por sus "muchachos."

¡No he visto ningún jefe de familia a quien, sus padres, llamaran aún MUCHACHO! ¡Tanto Ricardo como Alberto han dejado de ser...

..."muchachos"... para convertirse en SEÑORES muy serios y con bigote!

¡Tú, Sancho!... ¡Con tu manera de ver la vida! ¡Eres... peligroso, hermano!

Tanto María Ignacia como Soledad —las esposas de Ricardo y Alberto— supieron aceptar el constante desborde cariñoso de los padres de sus respectivos esposos.

¿No crees que doña Eugenia exagera un poco su cariño?...

Sí. ¡Pero también lo exagera don Paulino! ¡Qué suegros tenemos, querida! A pesar de todo son muy agradables...

Alberto de Casa-Prau no quedó muy bien de salud luego de un inocente resfrío.

Y si persiste la fiebre me llama en seguida, señora...

Soledad ,primero... y luego don Paulino y doña Eugenia, estuvieron a punto de enloquecer al médico de la familia con llamadas intempestivas. Si, era fiebre..., pero no para exagerar los cuidados.

Sin embargo, un mes después, Alberto empeoró...


¿Ha encontrado alguna mejoría en ese pobre Alberto, doctor Treveño?


El médico estaba algo desorientado...
Es una fiebre rebelde... ¡Menos mal que su naturaleza vigorosa!...


En realidad, Alberto de Casa-Prau se estaba extinguiendo en plena juventud...
¡Haré lo imposible por su recuperación!


"¡Es una pena! ¡Sin haber concluído su primer año de matrimonio!..." Hubo nuevas medicinas... y la esperanza que, de ahí en adelante, se descubriera algo milagroso contra la tuberculosis...
¡Gracias, gracias, doctor,!... ¡Sé que usted no ahorra esfuerzos!


Los condes de Casa-Prau y familiares, pasaron una triste Navidad del año 1912. Europa soportaba un invierno crudo y despiadado. No cesaba de nevar.


¡Hoy, nuestro Alberto, está realmente bien! ¡Milagro maravilloso de la fecha santa!


Dos o tres días después...
Bueno, como mi hermano está mejorando visiblemente, Ricardo de Casa-Prau se marcha a practicar...


...un poco de deportes. Iré con el primo Miguel a esquiar. ¡Un día de sano esparcimiento... por gentileza de mi dulce esposa!
¿Entonces volverás mañana?... ¿Seguro?


Si dudas de mi palabra de caballero, consulta al señor Miguel...
¡Buenas piezas que siempre van juntas!


Ricardo de Casa-Prau besó a María Ignacia y también a su cuñada Soledad...
Ahora, lo que hace falta únicamente, es que Alberto sane... Que tú te lo mereces, querida cuñada... mi cuñada santa..


¿Quieres hacerme llorar en esta despedida? ¡Vete, vete, tunantón!


Riendo, salieron hacia el automóvil, Ricardo y Miguel. Ricardo no cesó de hacer chistes.
Tú marido y mi Alberto... ¡qué muchachos maravillosos!

Verdad, cuñada. ¡Ricardo y Alberto son oro en pulseras! ¡Y èso no nos lo inculcaron sus padres..., o sea, sus propagandistas!

Esa tarde fue tranquila, como no pasaba otra igual en mucho tiempo... Entonces llegó el tío Sancho.

¡Hijas mías! Con vuestra presencia alegre y constante, me olvido de que soy bastante viejo, gruñón y detestable...

Junto al tío Sancho, María Ignacia y Soledad "despellejaban" al todo Madrid y reían con alboroto de pájaros... hasta que llegaba doña Eugenia o don Paulino... y la realidad volvía a hacerse tangible.

De modo qué tú lo ves algo mejorado al muchacho..., ¿verdad, Sancho?

El tío Sancho animaba a esos padres absolutamente desanimados...

¡Eugenia, Paulino! ¡Arriba esos corazones!... ¡Que muy pronto se disipará la única nube oscura de esta casa!

Sin embargo, de pronto doña Eugenia de Casa-Prau rompía a llorar...

¡Todo está perdido...! ¡Todo desbaratado en nuestro destino!

El nuevo disgusto ensombrecía a los circunstantes...

¡La muerte arrastra al abismo, a la felicidad! ¡Ya estamos al borde!... ¿No es una pena enorme... sin barreras?

Aún no hay para desesperar, hermana... ¡La juventud sabe pelear... hasta a los males misteriosos y ocultos! ¡Ya verás!

¡Y observemos estos rostros lozanos, rosados, cuando andemos en procura de sosiego para nuestras almas ancianas!

Siempre el noble tío Sancho tratando de ganar la batalla de las sonrisas...

¡La juventud es amor, y optimismo... sin barreras, hermana mía! ¡Miradlas! ¿No son divinas estas nueras que Dios te ha dado?

La señora Eugenia apenas si esbozó una débil sonrisa...

Sólo Dios sabe la mortificación horrible que estamos pasando...

Y la buena señora miraba a ambas jóvenes —que aparecían calladas— con un raro y recién nacido encono... mientras en su pensamiento se decía:

¡No puedo quererlas... ¡Mi cariño está ahora, totalmente entregado al hijo que sufre! Todo lo demás..., lo aborrezco!

José Rivero - Columberos

Como si leyera en el pensamiento de su suegra, Soledad marchó hacia la habitación donde reposaba Alberto. María Ignacia la siguió...



El enfermo reposaba tranquilamente. María Ignacia abrazó a Soledad, dándole valor para seguir adelante. Luego volvieron a la sala principal...





Doña Eugenia de Casa-Prau desapareció hacia la parte del palacete que les pertenecía. El tío Sancho tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reanimar la desfalleciente conversación... y entonces cantó a media voz.



El gran reloj de péndulo dorado dio las siete campanadas del atardecer. Un viento helado cruzaba por entre las ramas desnudas de los árboles del jardín. A la puerta del palacete de los Casa-Prau llegó un guardia civil. Tocó el timbre.



La criada abrió, luego de rezongar con un sirviente que estaba limpiando la araña del vestíbulo y no se movió en el llamado.



No supo por qué razón..., pero la criada tembló al recibir un papel firmado por el jefe de la policía de Madrid. Y cuando lo abrió, y lo leyó:



Angustiada, la mujer echó a correr escaleras arriba...



María Ignacia fue la primera en aparecer... pero la criada la eludió.



María ignacia quedó un tanto sorprendida...



La criada alcanzó el mensaje policial al tío Sancho.



Eran muy pocas palabras. Las de práctica para un representante policial acostumbrado a esos menesteres. El mensaje decía: "EN UN ACCIDENTE DE TRAFICO HA FALLECIDO EL SEÑOR RICARDO DE CASA-PRAU. SIRVASE PASAR USTED POR LA MORGUE MUNICIPAL..."



El tío Sancho era un hombre fuerte. Sin embargo no pudo evitar un grito.



María Ignacia venía, muy alarmada, subiendo la gran escalera...



Esta vez fueron los brazos fraternales de Soledad los que apretaron con fuerza imponderable a Ignacia.





Casi desfalleciente, María Ignacia arrastróse del brazo de Soledad hasta el carricoche de la policía madrileña. Mientras tanto, el tío Sancho tuvo que tomar asiento para que sus fuerzas no lo abandonaran del todo...



La criada corrió hacia las habitaciones de los dueños de casa. Bien pronto partiría de allí, otro alarido horrendo. Eran los padres del muerto, resistiéndose a aceptarlo "herido" a su muchacho...



Ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, Alberto de Casa-Prau dormía tranquilamente su sueño febril..., su sueño como una antesala de la nueva muerte... Y todo se hizo en silencio, de hosquedad, de luto grueso y mudo en el lujoso domicilio madrileño de los condes de Casa-Prau...



Tiempo después... Apenas seis meses más tarde...



El primo Miguel se sentó en uno de los cómodos sillones del vestíbulo en casa de sus tíos, los condes de Casa-Prau...





"Cuando volcó el auto, lo hizo por el lado suyo. ¡Como en una ruleta mortal! ¡Si hubiera volcado de mi lado, yo no estaría aquí!"











Alberto de Casa-Prau estaba muy respuesto cuando volvieron a Madrid. Pero el doctor Treveño, que había seguido el curso completo de la enfermedad, no era muy optimista... aunque tuvo buen cuidado en callar la amarga verdad.



Antes que llegara ese anhelado "próximo verano", el doctor Treveño, habló a solas con don Sancho: "EL FINAL SE APROXIMA"...









El tío Sancho acompañó al cáustico doctor Treveño hasta la salida. Luego al retornar junto al dormitorio de Alberto, halló a doña Eugenia...








¡María Ignacia vive al lado de su madre porque ustedes la han desamparado injustamente! ¿Ella no amaba, acaso a Ricardo?


¡Paulino! ¡Es una cosa extraña, un yugo, un castigo, que nos hace detestar a...


...María Ignacia... contra nuestra voluntad! ¡Es la envidia, por verla sana, fuerte! VIVA.... mientras Ricardo..., nuestro hijito...


Doña Eugenia de Casa-Prau lloró amargamente, sin cesar de hablar.
¡No quiero ver el rostro de quien me recuerda a mi hijo muerto! ¡La odio!


¿Cómo puedes decir cosa semejante, hermana? ¡Es terrible! ¡María Ignacia vive por obra y gracia de Dios! Y ella haría...


...un viaje hasta el infierno si tuviera la certeza de reencontrar allí su amor, su hogar destruido. ¡No lo entiendes!
¡Ni deseo entenderlo! ¡Es más fuerte que mi voluntad, que mi vida!


Doña Eugenia abandonó a Sancho con la respuesta en los labios...
Voy a ver a Alberto... ¡Quizá sea el único verdaderamente sano de toda esta casa!


Alberto parecía muy mejorado. Soledad le daba un té con dedicación de monja.
¡Ahora se animó la velada! ¡Tío Sancho entró a escena! ¡Bravo!
Entrar no es nada. Lo difícil es salir... y con vida de este escenario...


Alberto agravóse repentinamente. Luego, llegó María Ignacia...
"¡Mira si tengo aún deseos de sonreír, querida María Ignacia! ¡Alberto no durará más de un mes... o unos días!"


Las dos cuñadas se contaron sus recíprocas penas.
¡Y esos pobres viejos, que están tan amargados!... ¡Es terrible, terrible! Ya ni nos besamos en los saludos. ¡Y los comprendo!


María Ignacia "no podía comprender a los ancianos condes de Casa-Prau". Ella había sido la más perjudicada en el balance final de tantas amarguras.
He comprendido que toda yo les desagrado... ¡Y qué injustos son!... ¡Sabiendo como ellos saben QUE ÉSTA ES MI CASA!


¡El hogar que edifiqué en sueños con mi difunto esposo! ¿Qué ganan con tratarme así?...





Soledad escuchaba a María Ignacia con tapones imaginarios en sus oídos. ¡Era que no podía escucharla! En la vida de Soledad estaba por ocurrir algo milagrosamente feliz. Algo que María Ignacia no había podido concretar en su fugaz matrimonio con Ricardo Casa-Prau.





Apenas cinco días mas tarde, Alberto CasaPrau entregaba su alma a Dios.



Soledad mantuvo una envidiable presencia de ánimo a través de todas las ceremonias fúnebres. Su rostro, pálido y bello, se elevó por sobre el enorme dolor que la aprisionaba... y fue digna en el momento de la desgarrante separación... Besó en los labios a su amor muerto, susurrando unas pocas palabras en el adios íntimo, profundo, imperecedero...

En la primer noche de su tangible soledad, la esposa de Alberto no durmió. Se abrigó con su cálido manto de su fe y las oraciones repetidas por sus hermosos labios dijeron de una esperanza que estaba naciendo en medio de sus ruinas. Soledad iba a ser madre.



El doctor Treveño se lo dijo y ese fue el decisivo aliento que salvó a la abnegada y doliente esposa.





Como un rápido contraste de delicias, luego de las negruras pasadas, cayó sobre el palacete de los condes de Casa-Prau la noticia "del nieto que venía"...



Doña Eugenia tuvo una reacción insospechada y adquirió en la mejor tienda montones de camisitas de hilo, gorritos bordados, un faldón de cristianar con encaje inglés y otras bellas menudencias. El doctor Treveño observó los "regalos a la futura madre" con evidente alegría...

















Era un verdadero revuelo el palacete todo de los condes de Casa-Prau ante la inminente llegada del nieto. Don Paulino se asustó un poco de los gastos exagerados de la señora condesa Eugenia. Llegó un envío de Bruselas...












¡Era extraño! ¿Acaso le habían raptado? Entre tanto, Soledad estaba sobre el límite mismo de la maternidad...


Eran las cinco de la mañana cuando el doctor Treveño se quitaba los guantes de goma en la habitación del duque de Molinedos...
Con gran trabajo, señor duque, pero... ¡un varón! ¡Felicitaciones de la Patria!


Había sido llamado DE URGENCIA para atender a la duquesa de Molinedos, cuando se hallaba entregado a una partida de cartas en el Club Real. De ahí que todos perdieran su pista en esa madrugada decisiva para Soledad de Casa-Prau...
¡Me he ganado un buen descanso luego de esta faena! ¡Eso creo! ¡Adiós!


En un coqueto coche del duque de Molinedos, llegó a su casa el doctor Treveño.
¡Doctor, doctor!... ¡Urgente al domicilio de los condes de Casa-Prau! ¡Están llamando desde la medianoche! ¡Temíamos por su vida!


¡A los condes de Casa-Prau, cochero!


El doctor Treveño pensaba con certeza que lo de Soledad ya sería "caso consumado", abrigando algunos temores en razón de que él conocía la historia clínica de la viuda de Alberto Casa-Prau. Se puso algo nervioso.


El domicilio de los condes estaba iluminado por la electricidad prendida con el más vehemente despilfarro. El primero que salió al encuentro del médico fue Miguel. "¡Y usted, mi distinguido doctor, faltó cuando más lo precisábamos!"


El médico se quedó petrificado, esperando "otras noticias".
¡Es una niña maravillosa.... de ojos verdes, como su bella mamá! ¡Tuvimos que traer al doctor Valente.... muy joven el pobre!


El veterano doctor Treveño aclaró que Edgardo Valente era muy joven, pero muy bueno en medicina de señoras. Y con un suspiro melancólico concluyó:
Es la juventud que triunfa. Valente se quedará muy pronto con todas mis clientas. ¡No lo lamento! ¡Edgardo Valente es discípulo mío!


Cuando llegó al lecho de Soledad, el anciano doctor Treveño besó a la flamante madre y le susurró al oído algo que despertó una sonrisa en ella.


¿Qué te ha dicho?...
Un mensaje para mi hija. Debo repetírselo al oído cuando ella decida casarse. O a la hora de mi muerte, si ella aún permanece soltera.


Y dos lágrimas, tibias y extensas, cayeron sobre la piel de la recién nacida.
FIN

LA PAUSA OSCURA

Intervalo Álbum 52 - año 1962

POR ALICIA FOYATIER

DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ

Al cerrarse la puerta detrás del mozo del hotel, el hombre suspiró aliviado. Puso la única maleta sobre un sillón y examinó el dormitorio que era emplio y lujoso. —Tengo baño privado, comentó para sí, en voz casi alto.

(Lo que siempre deseé yo, un infeliz.)

Se miró en el espejo del lavabo, recordando la mirada burlona que cabiaron el "groom" y el ascensorista cuando lo conducía a su cuarto.



..."que soy de ésos que no dan propina. Para lo que me importa..." Ahora abrió la maleta y sacó jabón y agua colonia, sonriendo, complacido.



Tomó el baño, derramando generosamente colonia en el agua tibia. Y ya en la frescura blanquísima del lecho, las manos bajo la cabeza, regreso al mundo de sus evocaciones: "Dormíamos hacinados los seis hermanos, un laberinto de piernas y de brazos, el calor, los mosquitos, el llanto de mamá cuando papá...

...venía borracho, gritando, enojado siempre. Bueno, ¿para qué recordar cosa tan tristes, si ahora felizmente, desde estas ventanas puedo ver el mar?"



Encendió un cigarrillo y volvieron los recuerdos feos: los días del servicio militar durante los cuales su naturaleza tímida y su carácter reservado padecieron rudos choques. Un mozo de Tucumán a quien los compañeros...



...respetaban por su fuerza bruta, se reía de él, continuamente:



Otros se burlaban de su nombre: "¡Juan Nadah! ¡Figúrate que puede esperar de la vida un tipo que se llama así! Portazos, puntapiés."



Aquellas bromas lo envenenaban por dentro, aunque su exterior sumiso desmintiera el odio que ardía en él. Un día le arrancaron los botones del uniforme; otro, le escondieron los botines.







"No sirvo para meditar las cosas —pensó Juan Nadah— ni las buenas ni las malas. Tal vez si me provocase, insultándome..." La ocasión no tardó en volver a presentarse y a Juan lo cegó una especie de luz colorada y se le iba de frente al tipo con el cuchillo en la mano cuando Daniel lo detuvo...























El sentimiento un poco humillado de Juan al hacerse cargo de su tarea de mucamo en el hospital, disminuyó cuando vio de cerca el trabajo del cirujano. Juan llegó a admirarlo mucho, aunque jamás se atreviera a decirle que había sido camarada de su hijo.





















Juan tenía resuelto gritarle: ¿Qué esmero hay aquí? El comedor sin luz se abre a un patio sucio sin baldosas rotas. Las lunas de los armarios rencos tienen pecas de mosca. La ropa de cama es amarillenta y huele a cloro.

Una noche pudo estallar, al descubrir hollejos de uva en la sopa...

Doña Pura, fíjese en la higiene de su sopa.

¡Cállese la boca, hombre! Hablar usted de higiene...





Venció la frente, apartando el plato al ver el asomo de burla en los ojos del corredor de vinos que solía hacerlo blanco de sus chistes. Quizá fuera el autor de aquella broma.

—¿Hay mucha basura en el hospital, Nahad? —Le preguntó el empleado de tienda que venía a almorzar a la pensión. No respondió una palabra. Una tarde tropezó en la puerta con un huésped que pareció sorprenderse al ver que llevaba unos cuantos libros bajo el brazo, y le preguntó:





Luego comentó en la mesa: —El santiagueño no digiere a Marx. Lileta, la modista rubia, muy maquillada que comía frente a él, le sonrió:

Hay demasiados enfermos por culpa de esa pócima...



Juan Nadah se estiró de espaldas, rechazando el almohadón encontró la frescura de las sábanas. Mantuvo los ojos cerrados para impedir que la angustia que sentía en el estómago creciera: conocía el ardor insoportable...



...el peso, el ansia de vómitos, los síntomas de su úlcera irritada. ¡Qué taza es la vida! Evocaba los asados jugosos, tentación del paladar en otro tiempo, el pan casero, el vino áspero, caliente. Nada de eso podía llevarse a la boca. ¿Tal vez el champaña, bebida superior de ricos y reyes?



Y recordó lo que dijera el mozo de hotel, al saludarlo en la puerta: "Allí tiene el teléfono, si algo desea".

(¡Desearía un balde de plata con champaña helado!)



Abandonó la mano sobre el auricular sin descolgarlo. Era la vieja inhibición. ¿Por quién voy a brindar? Tengo otra satisfacción a mi alcance: poder dormir bien, en buena cama. Kafka ha dicho: "el hombre debe dormir lo justo."



Pero eran casi las tres de la mañana y no tenía sueño. Un calambre al estómago lo obligó a incorporarse.





Otra vez el dolor sordo. ¡Cómo apretaba! ¡Qué absurdo fue comprar jabones finos, colonia, y olvidar los analgésicos!



Esperando el amanecer, se levantó después de encender la lamparilla del velador, y fue descalzo hasta la maleta, buscando algo.



Lo abrió con mano temblorosa y comenzó a sacar los billetes, uno a uno, con extraña fruición que parecía acariciarlos. Los extendía sobre la cama como para el juego de un prodigioso solitario.



Brillaban con suaves colores, grandes, nuevos. Sentado en el lecho dejó caer el mentón sobre el pecho y algo como una ansiedad de llanto le conmovió el pecho, mientras pensaba: "mamá bajo su cruz de palo donde apenas se lee..."





Y de pronto le pareció ver los ojos hermosos en el semblante oscuro de la que le enseñara a rezar y a tener paciencia. Y en aquellos ojos había un reproche casi duro, una expresión de desprecio.



Rechazó la imagen diciendo en voz baja: —Me gustará ver el hocico de doña Pura dándole un puntapié a su escoba o volcando su sopa insípida le diga:



El dolor se hacía tan agudo que decidió caminar descalzo por la amplia habitación. Estaba insatisfecho, intranquilo, agotado, mientras se decía que en todo ser hay inclinaciones ruines y que casi todas las personas han cometido acciones reprobables que sólo Dios conoce. Y esta suya...



Muy difícil que nadie llegara a conocerla nunca. ¡Imposible! Por lo menos, así lo pensaba, dándose ánimos con el recuerdo. ¿Por qué hizo aquéllo? Las fuerzas de lo ínfimo lo empujaron. Doña Pura con su escoba atravesada cuando él entraba: —Pase por arriba si quiere; total usted y el agua sucia se conocen...





Aquella mañana llegó al hospital, amargado. Había tenido una de sus pesadillas en las que la miseria ponía siempre su sombra. La lluvia había removido la tumba de la madre y había borrado su nombre de la cruz de palo.

Solía madrugar y encerrarse en la biblioteca del doctor Lobos que lo distinguía mucho y estimulaba su deseo de aprender. Ahora gracias a él tenía otro puesto más decente en el hospital.



A veces preparaba café para sí y para el doctor, que por lo general, llegaba a las ocho de la mañana, muy puntual.





En aquella ala del hospital no había salas de enfermos. Juan se encontraba feliz leyendo algunas revistas médicas. Las recibía el doctor en distintos idiomas. Ahora estaba entregado a serios estudios sobre la poliomielitis.

El doctor Lobos era un sabio, infatigable en sus investigaciones y trabajos. La devoción que Juan profesara a Daniel se había extendido a su padre. "Es un carácter maravilloso."



Hojeaba una revista alemana padeciendo ante las ilustraciones que mostraban a las claras del terrible flagelo en niños y adultos, cuando un sonido muy suave, lo hizo volverse. En el vano de la puerta, sonreía una extraña mujer...



El vestido llamativo nada a tono con su edad indecisa pero más que madura, su rostro muy maquillado, su sonrisa, el brillo fuerte, casi extraviado de sus ojos, impresionaron a Juan. Parecía ebria, venía tambaleándose...



Juan se apresuró a ofrecerle uno de los cómodos sillones de cuero donde la mujer se dejó caer, aspirando el aire que parecía faltarle.

-¿No se siente bien? Voy a darle una taza de café...





Ella bebió la infusión con avidez y Juan no pudo menos de observar el contraste de las manos amarillas y curvas como garfios, ornadas de sortijas valiosísimas, al devolverle la taza, tintinearon sus numerosas pulseras llenas de dijes. Luego preguntó con acento extranjero...

...a qué horas llegaría el doctor Lobos. Se sentía morir, se sentía tan mal que había resuelto llegarse en un taxi hasta el hospital porque no respondía el teléfono particular del médico. Juan observaba impresionadísimo a la mujer.



Ella siguió hablando más bien para sí misma: —El doctor Lobos me salvó hace tiempo de mi... afición maldita a las drogas..., pero me dijo... que si reincidía..., se iba negar a tratarme más... Por eso...





Hurgando con sus manos horribles en el gran bolso de cocodrilo sacó un fajo primero y luego otro y otro de billetes. Luego miró al mozo con toda aquella fortuna sobre su falda: —Hasta la bondad tiene un precio...

—Esta es una donación de medio millón para las obras del doctor Lobos. A mí me sobra la plata, ¿sabe? Me sobra, sí... Ahí tiene la causa de lo que me sucede... que nunca supe qué hacer con todo lo que tenía, lo que me sobraba.



Sonrió fatigosamente, palideciendo, y luego con visible esfuerzo:—El doctor me atenderá, ¿no es cierto? Me siento morir... llámelo por teléfono...



Alarmado por el aspecto ceniciento de aquel semblante pensó llamar al médico de guardia. Estaba en el segundo piso y ellos tan aislados, allí donde difícilmente llegaba nadie a esas horas. Pero la mujer ahogándose, exclamó:



¡No! ¡No me deje sola, tengo miedo!

Descolgaba el auricular, y la vio presa de una convulsión echarse hacia atrás en el sillón y estertorar, con los ojos en blanco. Cuando llegó junto a ella, expiraba. Conocía el color de la muerte, y se espantó.



Sobrevino un instante dramático, de angustia, unos minutos eternos. Y luego vio los fajos de billetes en el suelo, como si la muerta los hubiera rechazado de sí, antes de salirse de su materia.



Los levantó despacio... y a su contacto, nació la idea como si el diablo se la sugeriese: —¿Quién te impide quedarte con ésto, con todo ésto? A ella le sobraba, tú has sido un mendigo de bienestar siempre, siempre...





Con la precisión fría de todos los delincuentes colocó los fajos en el portafolios que portaba siempre consigo, aseguró bien los cierres y lo escondió bajo el perramus que llevaba esa mañana. Suspiró aliviado...













—¡Lástima de mujer! Pecados como el suyo persiguen y acaban con una criatura humana. Juan veía el ir y venir del hospital; escuchaba los comentarios en voz baja. Su rostro cétrico, su natural condición reservada, lo protegían...







José Rivero - Columberos



El doctor Herrera lo trató mal en esos días. Aparte de esa antipatía inexplicable que suele existir entre dos personas, el médico había oído a Juan expresarse despectivamente de los jugadores, y como el juego era su debilidad, tomó inquina al protegido del doctor Lobos.





















..."que fuera un muchacho normal. Cos excepcionales condiciones, sigue a paso de carreta su tarea universitaria; lee demasiado pero sin orden, consume sus noches en extrañas conversaciones con gente que no conozco."





Aquí concluirían sus recuerdos y él deseaba cubrirlos de tierra hasta volverlos niebla, nada, como su nombre. Se oyeron pasos en el corredor del hotel. Sería un huésped madrugador de los que viajan en automóvil. ¡Qué bueno tener un coche!



Lo compraría. Deseaba hacer muchas cosas, vivir las mejores sensaciones posibles; por eso había elegido Mar del Plata en plena temporada. Necesitaba empaparse de bienestar, pulcritud, ropa limpia, baño, fresco, atención puntual.



Desayunó en el hermoso salón comedor, turbado ante el desfile de mujeres que podía ver desde su silla: atavío sumario, melenas al viento, pies casi desnudos en la chinela dorada... Juan se sintió incómodo en su traje de ciudad.



Su corbata chillona, el ambo oscuro identificaban la insignificancia de su persona común. Apuró el desayuno y subió al dormitorio, después de asegurar la puerta con llave abrió el maletín y separó algunos billetes, voluptuosamente.



Y se le ocurrió una extraña idea:
—Cuanto más gaste es menos posible que se me ocurra la idea de... *restituir*. Indiferente a la belleza del mar, buscó las calles donde los grandes negocios le recordaron Buenos Aires.



Vaciló antes de penetrar en una sastrería lujosa. Sonrió, al entrar, pensando:



Aconsejado por el sastre amable, eligió tres conjuntos deportivos dando la dirección del hotel para que se los mandaran. El viento pareció embestirlo cuando volvió al bulevard marítimo. A lo lejos, eran visible las barcas...



...pescadoras. Recordó que necesitaba unos analgésicos y los compró deseoso de abandonar pronto el local y volver al bulevard. La fuerza del viento es lo que buscó anhelante en los días que siguieron. Se dejaba vivir...



Sin deseo de comer, sin antojos, apenas soñoliento, inerte sobre la arena, hasta en las horas de la siesta cuando la playa estaba solitaria, y por las noches cuando la gente, más abrigada, evitaba la orilla del mar, él la buscaba.



El tónico del aire lo calmaba, lo ensordecía. Luego regresaba a su dormitorio donde la pulcritud, la belleza del ambiente, parecían darle la bienvenida.













Daniel se había puesto de pie, abandonando la servilleta sobre la mesa y avanzó hacia la de Juan, seguido por el mirar de algunas chicas. Con su modo calmo y a la vez tan lleno de vida, apartó la silla, sentándose.

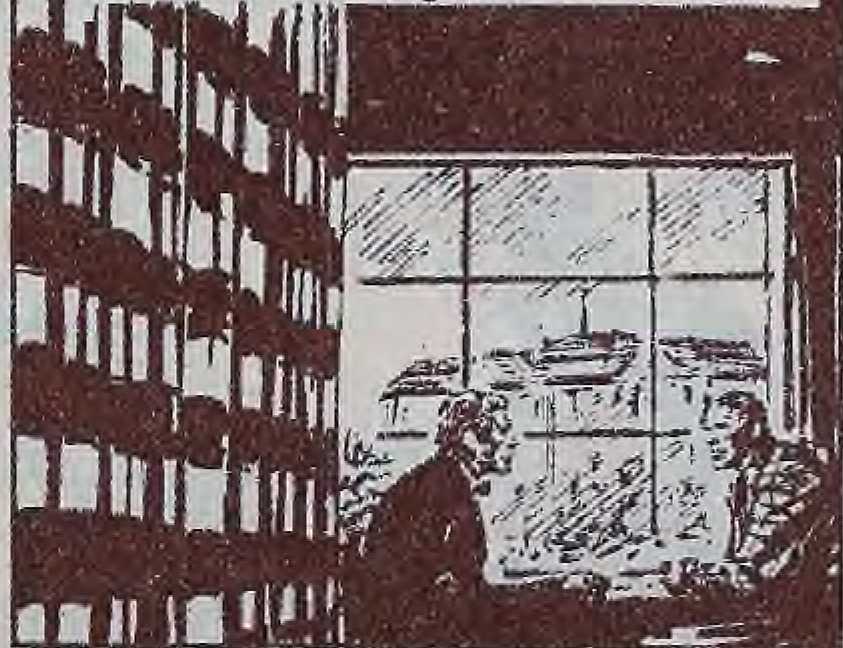












—Sí, sí, esperaba oirte decir eso... "pobre Juan". Parece que no te sientes bien, vamos.



Se sintió afirmado por la mano blanca y fina de Daniel y atravesaron juntos el comedor. La galería y la terraza estaban desiertas. Daniel eligió dos sillones para sentarse con su amigo. Luego se mantuvo en silencio, contemplando el mar, las distancias azules; persistía en su aislamiento como intencionalmente.



Los ojos que posó, enérgicos, en Juan, al cabo de un rato, lo estremecieron. Estaban expresando un reproche que era casi audible. Y el culpable se dijo:



Hubo una especie de diálogo intermental, intensísimo. Luego habló Daniel:



Tendió la mano a Juan y con un guiño y una sonrisa se despidió.





Buscó su dormitorio como ebrio. Se dejó caer en la cama sin desvertirse. Tenía la certeza de que Daniel "sabía". Como pudo informarse era un misterio. Su orden era terminante: había que partir. RESTITUIR.



La punzada de su estómago lo incorporó bruscamente. ¡Qué breve había sido aquella pausa que no podía llamarse brillante por más que él, Juan, se hubiera rodeado de las mejores cosas: lujo, comodidad, reposo, vida selecta, brillante!



De pronto, mientras encendía un cigarrillo tuvo un impulso rebelde. "¿Qué me impide marcharme... ahora... mismo, si quiero? Tengo dinero de sobra. Una maleta con lo necesario; me voy, me voy ahora mismo. Lejos, donde nadie pueda saber de mí." Pero en el acto volvió a sentir la imposición de la mirada y la mano...



...de Daniel. Su modo terminante de decidir el viaje, probaban que "sabía". Pero había sido cauto, noble, como siempre. Cuando pudo emplear la palabra LADRON, procedió de otro modo, habitual en su piedad humana, en su comprensión. Una vez lo salvó de convertirse en asesino. Y ahora...



No, no podía defraudar a Daniel, un espíritu fino, un hombre superior que por dos veces se inclinaba sobre su destino para tenderle una mano, a él, el pobre individuo a quien nadie miraba sino para desdeñarlo, disminuirlo...



Al otro día estuvo de pie, listo, muy temprano. Daniel lo esperaba en la mesa y desayunaron juntos, tras cambiar algunas palabras triviales.

Arreglé tu cuenta, Juan, vení, el coche está listo, abajo... Vamos.

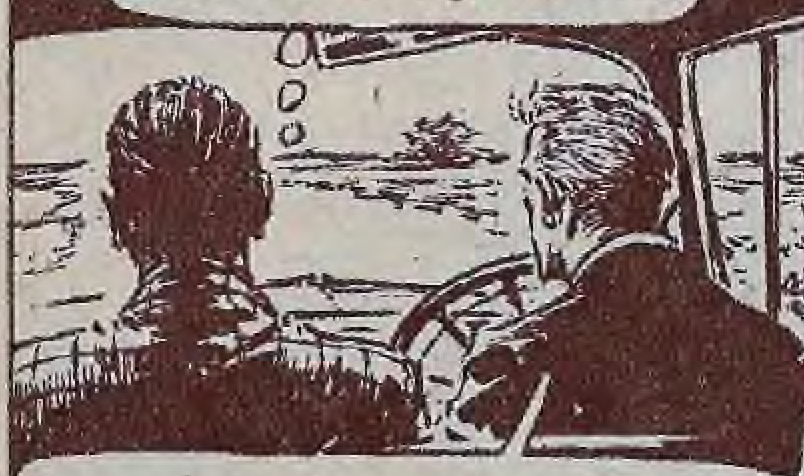


Lo siguió dócilmente, agradecido en el fondo hasta las lágrimas. Por lo menos de esa manera disminuía la deuda contraída. Observó por el espejo la cara armoniosa del amigo que manejaba, tendida la vista sobre el camino.



Juan, apenas osaba hablar, diciéndose: —Aquí está casi intacto el medio millón.

(¿Cuándo irá a pedírmelo?)



Mi padre te ha encontrado un empleo muy bien remunerado, a instancias mías...

¿Sólo habría venido entonces para eso? Miró el rostro sereno, con angustia...

Mi padre partirá para Viena llevado por sus estudios acerca de la polio, Juan.



El dolor de la úlcera le produjo un mareo pasajero; se quejó desde lo más hondo de su tiniebla humana.

¡Ay, Daniel, si... supieras! ¿Puedes parar un rato?

Sí, mira, llegamos a una hostería; tomarás una taza de té.



Ahora estaban a la sombra de grandes paraísos en el sitio desierto a esas horas tempranas. La taza tembló en la mano de Juan, al decir:

Voy a decirte algo, Daniel, y ojalá me comprendas.



Vio los ojos grises, tan hondos, que parecía llenarlos la mirada casi tierna, humana, compasiva: —Ya sé lo que vas a decirme, Juan. Que quieres devolverme ese depósito *que te confié*, para que mi padre disponga de él antes de su viaje...



La taza cayó de las manos del otro; agobió la cabeza entre los hombros hundidos, mientras Daniel hablaba sereno como un confesor inteligente detrás de la rejilla:



Frau Madchen me conocía desde chico, desde mis quince años... Era buena, a pesar de su vicio que la llevó a la muerte.



¡Si supieses qué momentos de contrición tenía! Fui yo quien la aconsejé que se tratase con papá y sanó por varios años. Pero el oro corruptor (aquí se oyó más vibrante la voz del muchacho), volvió a conducirla al mal camino.



—Esa mañana me habló por teléfono a casa de un amigo común donde yo había pasado la noche; y me contó que iba al hospital a someterse a mi padre: que llevaba... algo para él.



La reproché por andar con tanto dinero, ¿sabes?

Se rió dolorosamente y contestó que a veces le complacía ver una brizna de su fortuna en montones de billetes, que iba con su cartera de viaje de cocodrilo, que nada podía sucederle.



Antes de desmayarse, llegaron al automóvil. Ya en él, tendió el portafolios a Daniel: —Aquí está el depósito, querido, gracias, gracias...





Hizo en un sueño confuso la otra mitad del camino, asistido por el mirar compasivo de Daniel que de tanto en tanto, le palmeaba el brazo.





intervalo ALBUM

AÑO XIII — Nº 52

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Intervalo Album 52 - año 1962

Registro Nacional Nº 721.439 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B.	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372 / Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

562

ROSSO S.A.I.C.I. Doblas 955

COMO NACIÓ UN DIBUJANTE















¡JOVEN! HAGA USTED TAMBIÉN COMO YO. DÉ EL PRIMER PASO Y ENVÍE ESTE CUPÓN **HOY MISMO** A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE. **GRATIS** RECIBIRÁ FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS. ¡Y VEA QUÉ ARTISTAS!...

PROFESORADO

Alberto BRECCIA — Daniel HAUPT
Narciso BAYON — Joao MOTTINI
Angel BORISOFF — Hugo PRATT
Carlos FREIXAS — Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ — Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA — Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE
SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-5

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: ______
Calle y Nº: ______
Localidad: ______
Provincia: ______
Ocupación: ______ Edad: ______

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Junio comienzan del 1' al 9. **INSCRIBASE**